

EL ESPAÑOL

2'50 Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 21 - 27 de junio de 1953 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - II Epoca - Número 238



Uno de los elementos de la propaganda electoral en Italia.

**¿VOTAR ES
NECESARIO?**

**VIVIR ES
NECESARIO**

572 carteras
que cambian
de mano en
FRANCIA

Un fracaso
electoral
(en Italia) que
cuesta cien
millones de
dólares

**QUIEBRA Y
TRASPASO DE LAS
DEMOCRACIAS
EUROPEAS**



Pier Bidault, escaleras arriba. A pesar de la carrera no llegó a tiempo. Por un voto no pudo formar gobierno en Francia.

QUIEBRA Y TRASPASO DE LAS DEMOCRACIAS EUROPEAS

NI la coronación de la Reina Isabel II de Inglaterra, ni la crisis política francesa, ni el incierto resultado de las últimas elecciones generales en Italia han sido acontecimientos de repercusión mundial; decimos esto en el sentido de que ninguno de ellos ha alterado en lo más mínimo el inestable equilibrio internacional, ni ha afectado a la marcha de los pueblos. La coronación de Isabel II fué una gran atracción turística, revalorizada por el hecho de que en el mundo de hoy se presentan menos ocasiones de asistir a una coronación que a una abdicación. La crisis francesa, ni siquiera a los mismos franceses parece interesar demasiado, pues ya se han acostumbrado, hasta el aburrimiento, al tejer y destejer de Gobiernos. Y las elecciones italianas sólo parecen comprometer el porvenir político del señor De Gasperi.

Las cosas, no siempre sucedieron así. Tiempos hubo en los que las coronaciones, las crisis y los resultados electorales que ocurrían en las grandes potencias europeas hacían un profundo impacto en la política y en los acontecimientos mundiales. Aun en 1948, cuando se celebraron elecciones generales en Italia, una gran expectación escrutaba sus resultados; se tenía la impresión de que allí se estaba jugando un poco el porvenir de la Europa Occidental, y tal vez del mundo. Los cañones de la flota americana arribaban a distancia el veredicto de las urnas y en las cancellerías de todo el mundo las luces no se apagaron durante la noche del escrutinio de los votos. A su vez, las crisis gubernamentales francesas abrían un paréntesis de expectación en el mundo, porque la voz de Francia no podía faltar en las grandes conferencias internacionales de la postguerra. Ahora no ha faltado quien sugiriese que la conferencia de las Bermudas bien podía celebrarse sin Francia o con un «convitado de piedras», que podría ser el Presidente Auriol... Todo esto, lector amigo, habla bien elocuentemente de una realidad que ya nadie piensa en ocultar por más tiempo: Europa cuenta muy poco; Europa no de-



En este reportaje gráfico aparecen en los colegios electorales de Italia famosas estrellas del cine. Arriba: Totó y De Sica; abajo: Silvana Mangano y Silvana Pampanini.

cide; Europa está, virtualmente, fuera de combate. No es en Westminster, ni en el palacio Borbón, ni en Montecitorio donde se juega la gran partida de nuestro tiempo, el porvenir de la humanidad. Esa partida la dirigen Rusia y los Estados Unidos, utilizando simultáneamente, como los buenos ajedrecistas, el tablero de Europa, el tablero de Asia, el tablero del mundo, er una palabra. Ellos mueven los trebejos y la cuestión para la mayor parte de los países europeos es ser caballos, alfiles o peones, pero nada más. Los últimos acontecimientos que positivamente afectan a la totalidad de los pueblos, incluidos los europeos, han sido la muerte de un dictador georgiano tras los muros ciclópeos del Kremlin y la entronización en la Casa Blanca de un general del U. S. A. Army. Todo lo demás —que si Bidault, que si De Gasperi, que si Adenauer—es episódico, local, provinciano.

La pasada guerra mundial la ganó Rusia, la perdió Europa y la financiaron los Estados Unidos. Sobre todo, la perdió Euro-

pa. Por un momento pudo creerse que la Europa que había desaparecido del mapa era la que giraba sobre el Eje Roma-Berlín, la Europa totalitaria con vocación imperial que quería resucitar el Sacro Imperio Romano Germánico, que deflaba militarmente por la Unter der Linden, que se congregaba bajo el balcón del palacio de Venecia, que quería colonizar el Este y Abisinia... Todo esto, las águilas imperiales de Nuremberga, los fascios y lobas capitolinas, las Walhalas y sueños carolingios, fué barrido por la derrota militar.

LA COMEDIA DE LOS JUBILADOS

En su lugar se subió a las tribunas parlamentarias la vieja Europa de los primeros ministros enchisterados—los Orlandos, los Herriots, los Schumacher—con elecciones periódicas, con crisis periódicas, con turnos pacíficos... Hemos asistido en el transcurso de estos últimos años a la reposición de un drama sobre el que el telón había ya caído defi-

Recibirá Vd. en su casa

EL ESPAÑOL

todas las semanas.

si solicita una suscripción.

nitivamente, interpretado por unos personajes que ya disfrutaban de retiros y pensiones vitalicias cuando la paz de Versalles Y una vez más fueron los Estados Unidos «el caballo blanco» que reestrenó esta obra costosísima de la reposición democrática de Europa para un público cansado o indiferente.

LA EUROPA DEL «IR TIRANDO»

Digámoslo de una vez: La democracia, entendida al modo anglosajón, ha fracasado en Europa. Ha fracasado, sencillamente, porque ha venido a consagrar la decadencia, la impotencia de Europa; porque no ha sabido ni ha podido movilizar todas sus energías soterradas; porque ha condeñado a grandes naciones, como Francia, Alemania e Italia, a la mediocridad, al «ir tirando» de cada día, a no pinchar ni cortar en el mundo, limitándose, por un lado, a soñar en imposibles terceras fuerzas y, por otro, a equilibrar sus presupuestos con la circunstancialidad, cada vez más problemática, de la ayuda norteamericana, mendigando una silla en las conferencias internacionales y vacilando entre el miedo a Rusia y a las barreras aduaneras americanas, sin aliento para unificarse y sin decisión para defenderse.

¿Qué queda hoy de la Europa democrática? Una Francia ingobernable, en la que nadie cree ya en las instituciones republicanas, cuyos políticos están completamente gastados, como Bidault, o decepcionados, como De Gaulle; una Italia que sólo cuenta con un hombre de Estado de verdadera talla, De Gasperi, agotado por ocho años de navajeo en el Poder, y al que ni siquiera ha bastado una reforma leonina de la ley electoral para seguir gobernando con cierta comodidad; una Alemania dividida que no tiene puestos sus ojos en la Bundestag, sino en la frontera Oder-Neisse, y cuya fantástica vitalidad no la saca ciertamente de sus instituciones federales.

La democracia italiana no ha podido resolver la suerte de 2.500.000 obreros parados, ni devolver a Italia el rango de primera potencia mundial que por tantos títulos le corresponde; la democracia francesa está en trance de liquidación de su imperio colonial, obligando al pueblo a vivir peligrosamente por encima de sus medios, como denunció el director del Banco de Francia, Wilfried Baumgartner en una patética carta a Edgard Faure.

LOS POLITICOS SIN IMAGINACION. «EMPARIENTAMIENTOS» FRENTE A LOS P. C.

A esta impotencia, consagrada por instituciones democráticas que parecen funcionar gracias a una constante respiración artificial, se añade una triste falta de imaginación para afrontar soluciones. Quienes al terminar la guerra se inclinaban sobre la Europa vencida para adelantar un



De Gaulle-Molotov. Luna de miel en Moscú; luna de hiel en Colombey...

vaticinio sobre su porvenir, nos decían que la postguerra europea sería socialista: ¡Buena «innovación», vive Dios! Pero el vaticinio resultó equivocado: Los zapatos nuevos que estrenó Europa «au landemain de la défaite» fué la democracia cristiana, nacida «de la sustancia mística de la Resistencia», como dijo Maritain. Fué el canto del cisne del populismo social, para naufragar después, poco a poco, en las urnas electorales y para nadar entre dos aguas en el Poder, compartido con marxistas de derechas, incluso. Nada. Y frente a este nada ortopédicamente montada sobre «emparentamientos» espúreos y oportunistas, los P. C. europeos mantienen intacta toda su fuerza de sedición de signo extranacional. La democracia francesa no ha logrado «nacionalizar» cinco millones de votos comunistas y otro tanto le ha ocurrido a la democracia italiana. Este es el capítulo más inquietante del balance de ocho años de postguerra.

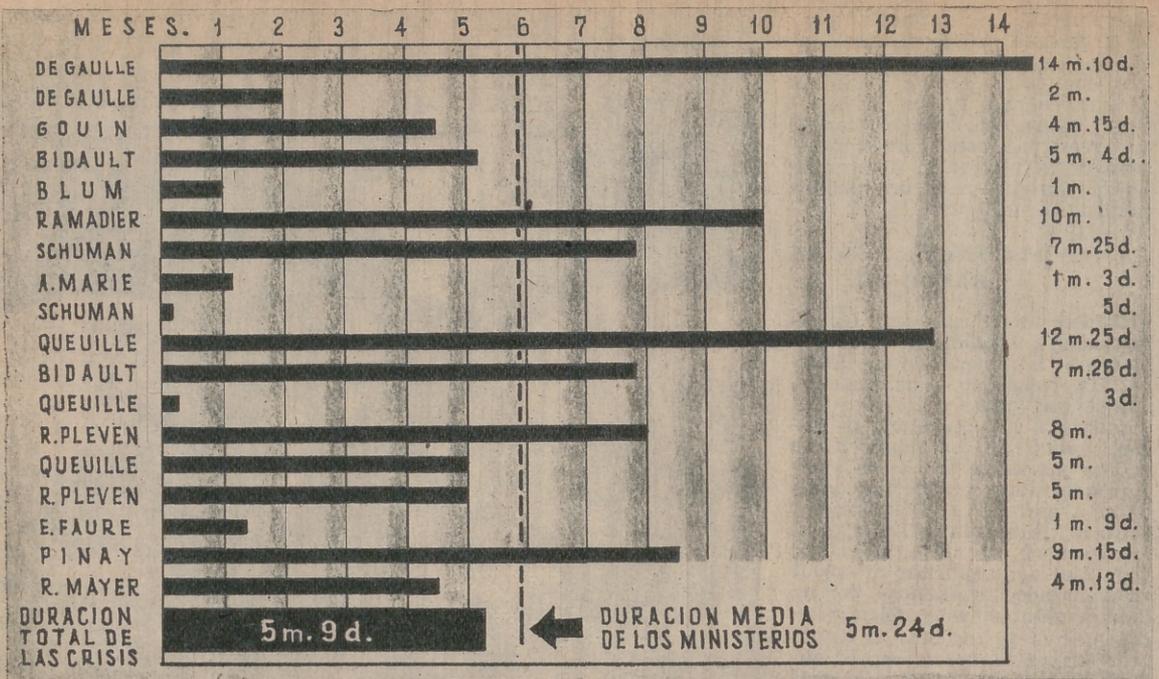
Al expresarnos así no lo hacemos por nostalgia de otros tiempos, en los que una sola potencia europea se sentía con arresos suficientes para desafiar al mundo entero, en contraste con estos tiempos de ahora, en los que 175 divisiones soviéticas pueden presentarse en París haciendo un paseo militar de una semana. Nos limitamos a anunciar el hecho desgraciadamente cierto de que la democracia europea tipo liberal ha convertido a lo que queda de nuestro continente en el pariente definitivamente pobre de los Estados Unidos, de un lado, y en el gendarme de la Unión Soviética, de otro. Confían unos en los americanos y otros en los rusos; en cualquiera de los dos casos, la solución, para ellos, vendría de fuera de Europa, de esa Europa que se resigna a morir rodeada de todas las garantías constitucionales. Hay que ver los hechos, y verlos con claridad.

EL SOLITARIO DE COLOMBEY (DE GAULLE) MEDITA SOBRE LOS MALES DE FRANCIA

EN el silencio de la casita de Colombey les Deux Eglises un hombre medita. Peina canas y lleva enormes gafas. En su despacho, muchos retratos de familia, principalmente un apuesto oficial de «spahis», con la capa roja sobre los hombros; semblantes de mujercitas gráciles y alguna que otra fotografía orlada de luto y con dedicatoria: «A mon chef, son toujours devoué.— Leclerc de Hauteclocque.» En la pared se advierte, por el marco vacío que deja un cuadro retirado, que faltan algunos recuerdos... Ya no tiene el teléfono sobre su mesa: lo ha relegado al pasillo



Vicente Auriol, presidente de la República francesa, que este año termina su mandato.



Lo que han durado los ministerios de la IV República.

para que contesten los familiares o el oficial de ordenanza fuera del despacho. El general no espera ninguna llamada o está dispuesto a no contestar. Se anuncia una visita: «He dicho que no estoy para nadie.» «Es Pierre.» «Que pase.»

El general recuesta su voluminosa persona en el sillón, se quita los lentes y se ve una cicatriz junto a los párpados. Pierre de Gaulle, de relativa estatura, se acerca a su hermano y le pregunta:

—¿Estás mejor?

—Sí; parece que respiro... ¿Cómo va Adela? ¿Y los chicos?

—Bien, gracias; ya he visto a tu mujer. ¿Hay noticias de Charles?

—Se empeña en irse a Indochina; se le ha metido en la cabeza rescatar al hijo de Leclerc, prisionero de los viet... Procuero disuadirle.

—¿No me preguntas por nadie más? ¿No te interesa saber lo que se dice en la rue de Solferino?

—Cada vez me siento más lejos de París... Que se arreglen...; quizás después de la elección, a fin de año, del Presidente de la República, pueda hacerse algo.

¡AQUEL DIALOGO EN TOURS!

Charles de Gaulle era coronel de un regimiento de carros blindados cuando estalló la guerra de 1939. Fué de guarnición en guarnición, sin pena ni gloria. Sólo un pequeño encuentro con una vanguardia alemana cuando se produjo la sorpresa de 1940. De Gaulle, como todos los oficiales superiores del Ejército, fué replegándose tras de sus tropas hasta alcanzar París, donde perdió de vista a todo su regimiento. Por haber escrito un librito celebrando la nueva arma de los carros blindados y haberlo dedicado efusivamente y admirativamente al mariscal Pétain se le llamó al Gobierno presidido por Paul Reynaud. El coronel De Gaulle, más tarde conocido por el «Grand

Charles», recibió el nombramiento de subsecretario de Guerra, en un período en que la guerra sorprendía a todos.

Mas aún, en plena mudanza. El coronel, que ya venía replegándose desde los llanos loreneses, se incorporó a la marcha vagabunda del Estado, llegando a Orléans; luego, a Tours, donde se quiso hacer alto para recibir a la Comisión británica.

Poco familiarizado con la lengua inglesa, le bastaban sus nociones para presentarse a Churchill como un francés que no consideraba perdida la guerra, ni mucho menos. Fumando su eterno cigarro, el hoy sir Winston le decía:

—¿Cee usted que Francia puede resistir?

—En el reducto bretón, como pretende Reynaud, no; en el norte de Africa, como preconizan Mandel y Mendes Frances, tampoco.

—¿Dónde entonces?

—En Londres, concentrando, para lanzarlas sobre Francia, todas las fuerzas aliadas.

UNA FRASE ANTE LOS MICROFONOS DE LA B. B. C.

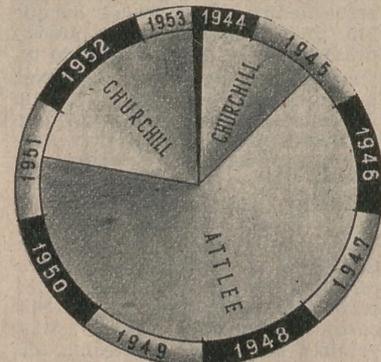
Cuando llegó a Londres se acordó De Gaulle que a última hora Paul Reynaud le había llamado

general, y desde entonces lo cree firmemente. Lo cierto es que, como no se haya promulgado luego el decreto, hubo usurpación de grado. Dicen que con posterioridad se ha hecho.

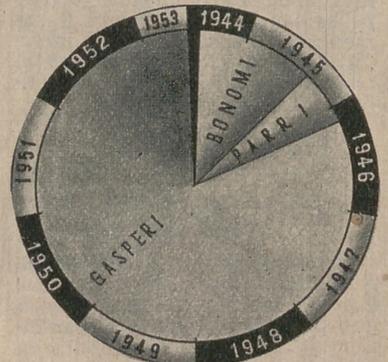
No importa; el general de Gaulle, en la capital inglesa, absteniéndose de colaborar con Monnet en una fusión, de la que el propio Churchill ya no se acordaba, se dedicó a hablar por radio, y es aquí donde empieza la tragedia de este hombre, que no aspiraba a ningún destino histórico y a quien una sola frase encadenó para siempre a la situación:

—Francia no ha perdido más que una batalla, pero no la guerra.

Creía firmemente De Gaulle que toda Francia le escuchaba, que se estaba pendiente de su palabra, y poco a poco la esperanza que infundía a los que, según la frase del comunista Vercors, observaban «el silencio del mar» alcanzó al propio protagonista de la singular aventura. Bien lo vieron en el Foreign Office, al rechazar el general las intromisiones de la grey gubernamental, al exigir locales decorosos y una residencia particular digna del Jefe de Estado que él se creía. En De



En INGLATERRA ha habido desde 1944 tres gobiernos con dos primeros ministros.



En ITALIA, De Gasperi lleva ocho años en el Poder. Le precedieron Bonomi y Parri.

Gaulle se injertó artificialmente el espíritu de un conductor de masas, persuadiéndose que le seguía toda Francia, anhelante al conjuro de las ondas. Era el jefe de la Francia Libre y los fugitivos fueron a rendirle pleitesía, creándose a su alrededor las oficinas de propaganda y los centros de información, que celosamente se ocultaban al servicio de espionaje británico.

Tan alto se veía, por encima de su talla física, que en Londres se le consideró intransigente y receloso. En cambio, sus amigos refugiados lo atribuyeron a la suma considerable de patriotismo que albergaba en su alma. El patriota de fe monárquica, amamantado en la teoría de la «Action Française» y creyendo en la nación «que todo lo debía a cien reyes que la hicieron grande». En la niebla de Londres se fraguó el destino del general De Gaulle. ¡Quién le había de decir en sus años mozos que se le compararía con los caudillos populares de Alemania y de Italia! Así fué, sin embargo, y esclavo de la creencia ajena, infundida en la propia, en su soledad británica, se arrojó a los grandes destinos que el azar le brindaba, sin preparación política ni técnica.

Había que entregarse a la misión de levantar al país, de reorganizarlo todo. El desembarco de los aliados en el norte de Africa le ofrecía la ocasión de enfrentarse con la realidad, y allí, en Argel, como cerca de Casablanca, tuvo que resolver, es decir, dejar que las circunstancias lo resolvieran, el pleito con el almirante Darlan y con el general Giraud.

En la capital de Argelia se forjaron las armas del Gobierno de la Liberación, con Auriol en la cartera de Hacienda, con Menthon en la de Justicia, y cada arma de los miembros de aquel Gobierno, como de la Asamblea Consultiva, fueron eslabones de la cadena que durante años y años inmovilizaría en París a De Gaulle.

PRISIONERO DE SUS CULPAS

Del solitario de Colombey no puede decirse que sea un hombre versátil. Su educación castrense, sus antecedentes familiares, la honda tradición burguesa de su sangre, le conforman duro y tenaz. Pero en política tales facultades han de utilizarse de acuerdo con el ambiente en que se actúa. El general De Gaulle preparó meticulosamente su vuelta triunfal a Francia; mas de improviso, y de una forma que no

esperaba, se cristalizó la victoria. En su discurso de Brazzaville inventó la Unión Francesa, para no ser menos que la Inglaterra del Commonwealth...; concedió excesivos poderes represivos a su ministro de Justicia de Argel, De Menthon; abrió las puertas a Auriol y a Le Trocquer, socialistas, y también, por anglofobia, una vez instalado en París corrió con Bidault a Moscú para firmar con Stalin el inútil pacto franco-soviético.

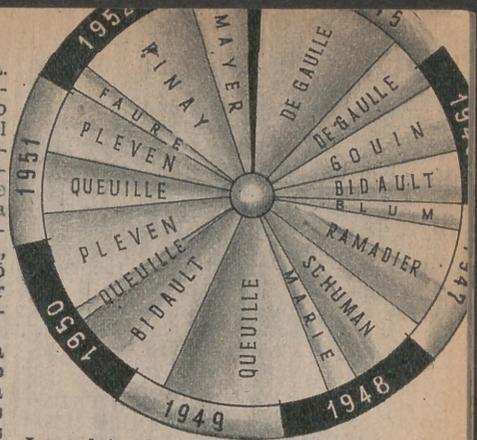
La carga era pesadísima y ha aplastado a un hombre que sólo ha podido educarse en política en el contacto con las mezquinas realidades. ¡El prisionero de sus culpas!... Este es De Gaulle, y en su soledad de Colombey, si se las explica, debe sentirse culpable de su pusilanimidad. No puede uno impunemente atarse con tantas cadenas.

Fuó en París, en 1945, y en el recorrido por las calles desde el Hotel de Ville a Notre Dame—los tírtiros de los F. F. I. ponían el contrapunto adecuado al desfile turbulento por la avenida de los Campos Eliseos—, cuando se consumó la reclusión del general en el cerco de sus compromisos. En los primeros Consejos de ministros tuvo como consejeros a sus irreconciliables enemigos los comunistas Thorez, Billiox, etc. ¿Cómo desairarles, si en Bruselas y en Roma, por imperativos rooseveltianos, también los filosoviéticos formaban parte de los Gobiernos? Los poderes represivos, confiados imprudentemente al rencor de un Menthon, dieron por resultado la Alta Corte de Justicia, con Mornet y Boissérie, y la condena a muerte de su gran jefe y maestro, el mariscal Pétain. Para salvarle de un linchamiento comunista; tenía ya preparada la conmutación de pena y el piquete de tropa que arrancaría a Pétain de las garras comunistas, llevándole a los Pirineos, a Portalet.

Auriol, presidente, por sus dotes técnicas, de la Asamblea Consultiva, subió después, en 1946, a la de la República, cuando De Gaulle, en su impotencia, había negado a Thorez y a Duclos, en la entrevista de Neuilly, las carteras de Asuntos Exteriores y de la Defensa Nacional, que se le exigían.

EL R. P. F., ESPERANZA DE LOS FRANCESES

Abandonó el Poder para realizar fuera de él la concentración que le daría fuerza y autoridad. El R. P. F. tuvo gran éxito al nacer. Era una esperanza más. Re-



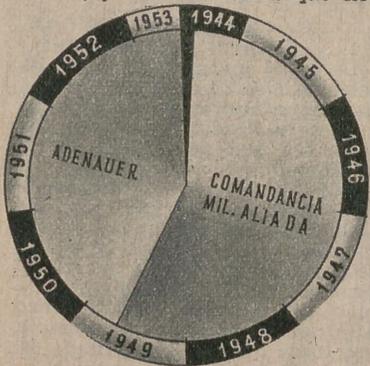
La ruleta de la política francesa ha jugado desde 1944 con diecisiete gobiernos.

quería a los franceses al abandono de los partidos tradicionales, según el ejemplo que había dado el General cuando puso largo tiempo en cuarentena a los partidos radical y radical-socialista. De todas partes afuyeron afiliados, y las primeras elecciones, en 1947, revelaron que una masa enorme se lanzaba a la conquista del Poder por los medios legales. Era el mismo hombre que en el único debate parlamentario no contentó a nadie con aquella frase vaga relativa a nuestro país: «Confío en que alguna vez nos encontraremos con España en el terreno de la democracia.» Fué una concesión a las izquierdas esta reverencia al mito democrática y una dedada de miel, que supo a rejalgas, a las derechas. Perdió el tiempo. Ahora ya se ha desterrado aquella palabra y sólo se habla del mundo libre.

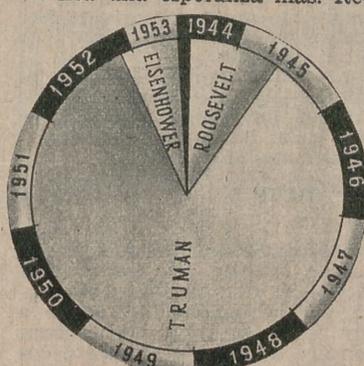
Pensó al crear el R. P. F. constituir una concentración de todos los elementos franceses. El Comité directivo era la imagen ideal. El misticismo reciente de Andrés Malraux, de vuelta de sus aventuras soviéticas; el realismo impulsivo de Luis Vallon, director de la Casa de la Moneda y espíritu indisciplinado y vehemente; la pericia política de Jacques Soustelle, los tres de procedencia ideológica extrema; los conocimientos internacionales de Gaston Palewski, ex jefe de gabinete de Paul Reynaud; los antecedentes de Luis Terrenoire, transfuga del M. R. P. y yerno del democristiano Francisque Gay, fundador del partido; la habilidad parlamentaria de Barrachin, que en poco tiempo se hizo el amo de las Comisiones más importantes de la Asamblea, y por último, con Federico Dupont, diputado del Partido Republicano de la Libertad, y el prestigio resistencialista y periodístico de Juan Pablo Vigier, formaban un Estado Mayor en el que todos los matices del arco iris francés podían considerarse representados.

LOS QUE VOLVIERON AL «CESTO DEL PAN»

No constó el ingenio general con que, si podía esperar de cierta parte de su Plana Mayor una despreocupación absoluta por los beneficios inmediatos, la política recobraría sus derechos en muchos de ellos y que la oposición sistemática sería reputada labor negativa. Vallon de vez en cuando se rebelaba, y si volvía al redil era por devoción personal a De Gaulle. Barrachin fué el primero en plantear la disidencia,



En ALEMANIA, Adenauer es el único canciller desde que desapareció el gobierno aliado.



ESTADOS UNIDOS ha tenido tres Presidentes en los últimos diez años.

recordando su afinidad de parentesco con el ex ministro Pietri. Vigier se sentiría descorazonado por una recepción glacial de su jefe, que no quiso atenderle. Se fueron del R. P. F., es decir, regresaron a sus antiguos lares (al «cesto del pan», como dijo desdenosamente De Gaulle), los residuos del P. R. L., los del M. R. P., y en las últimas elecciones ganaron la partida los que sostenían que la Concentración era «un partido más».

«YO NO HE LIBERTADO A FRANCIA PARA ENTREGARLA A UN PINAY»

«Las apetencias políticas son incompatibles con la oposición... ¿Por qué no esperan, como esperaron la liberación con la victoria de los Ejércitos aliados?»

El mismo Andrés Malraux se lo decía recientemente:

—Las circunstancias son distintas. Esperaron por fuerza y les mantuvo la esperanza de Radio Londres. Para ellos como para la mayor parte del cuerpo electoral, la oposición que espera que los resultados del régimen ocasionen la catástrofe sigue una política negativa, mientras que la incorporación al Gobierno y al Parlamento es, para ellos, obra positiva. Mire usted a Pinay, mi general; ha transigido con el mal menor para evitar, en lo inmediato, el peor.

La respuesta de De Gaulle fue digna de su ceguera obstinada:

—Yo no he libertado a Francia para entregarla a «un» Pinay.

Se dejó desbordar, se dejó prender en las redes de la política, que había querido desterrar; quiso que sus amigos no entrasen en tratos con el Régimen y acabó por tolerarlo, como si la operación de la vista que había sufrido no le dejase ver. Hasta hizo últimamente un viaje a Africa.

«BUENAS NOCHES, CHARLES»

Melancólicamente, un hombre que ya no es el brillante oficial, de pelo cano, de estatura que se encorva, pretende dar marcha atrás, volviendo al punto de partida.

La señora de Hauteclocque, viuda del general Leclerc, trata de consolarle:

—Aunque mi marido viviese, nada podría usted hacer ya... Con todo su prestigio, se le combatiría por los mismos que le han elevado, a título póstumo, al mariscalato.

—¿Quiere usted decir que debería haberme muerto y que infinidad de estatuas perpetuarían mi memoria?... No; lo que quiero es que los franceses vayan dándose cuenta de la situación y vengan a mí... ¿No interpreto su pensamiento declarando la guerra al rearme alemán?»

—Sí; pero no propone usted nada en cambio...

La dulce Genevieve, antes de acostarse, viene a besar a su padre. Le molesta la luz. Apaga. Soustelle, desde París, llama por teléfono. De Gaulle murmura: «Ya vendrán todos a mí cuando termine Auriol su mandato, cuando falten los dólares de Norteamérica, cuando se derrumbe la Unión Francesa...»

Es verdad que ya no está maniatado, que recobra la libertad... ¿Pero volver a 1946?...

Apresuradamente se cantan en Francia las exequias del general De Gaulle... La Prensa inglesa adopta una postura compasiva. Pierre de Gaulle explica a su hermano:

—No quieres ver; sin embargo, oye: Luis Vallon, nuestro fiel amigo, me ha dicho antes de salir de París: «Sigo creyendo que mientras viva será el árbitro nacional; pero el papel "hombre providencial" exige una sola aparición en el momento decisivo y no se repite en la Historia. Tres corrientes imperan en nuestras huestes: la de los disidentes y la de los que se irán con ellos para obtener prebendas; el hombre, sobre todo el político, se cansa de esperar; esto es asqueroso, pero muy humano. Otra corriente la forma el núcleo de fieles que no le abandonarán nunca. Quedan, por último, los indecisos, los vacilantes, a quienes placiera salvar la unidad, y que si no llega, también se irán, aunque no saben dónde.»

—Para convencerse de que siguen fieles formarán Uniones Gaullistas, ¿verdad?—interrumpió, con sarcasmo, De Gaulle.

Luego, añadió:

—Poseo un capital nacional y me niego a malgastarlo en la caza de carteras ministeriales y de otras sinecuras. Los que han perdido la fe, que se vayan.

—Buenas noches, Charles; des-cansa.

¿HABRA QUE LEVANTAR BARRICADAS?

Por la mañana, al desgaire, el general preguntó a su oficial de ordenanza:

—¿Ha dicho algo la radio de Londres?

—No lo crea, general; allí no ha sido usted nunca persona grata...

—Desde que llegué decían que tenía mal genio...

—Churchill en sus «Memorias» publica las cartas que se cruzaron entre él y Roosevelt respecto a usted y dice que ya en 1943 no se le quería. Pero al inglés le duele la deslealtad, la infidelidad, y reprueba el abandono de aquellos que se le juntaron en Londres y que al volver a Francia, a su sombra, escalaron los más altos puestos. Ellos han sido los primeros en irse... El «Times» dice que son unos vulgares oportunistas...

El general hace un gesto expresivo:

—Mas que recordarles su mala acción, lo que les ha dolido es mi desprecio: aquel «me pris de fer» que les volvió locos de rabia. Sigo despreciándoles...

—Si no logramos resucitar los valores morales y espirituales de Francia no quedará otro remedio que levantar barricadas... —murmura, el oficial.

DESPUES DEL «ROMPAN FILAS»

Los partidos políticos franceses habían acogido con cierta satisfacción el «rompan filas» decretado por el general De Gaulle a sus parlamentarios. Cada grupo pensaba atraerse a algunos de los que indudablemente se verían desamparados. Convenía, en efecto, reconstituir la mayoría que el Gobierno necesitaba para seguir actuando, y que hasta ahora con-

taba con la minoría gaullista. Pero reunidos últimamente, a pesar de las vacilaciones de algunos, lo cierto es que se aprobó por aclamación seguir manteniendo la minoría tal como quedó después de la disidencia de Barrachin y compañía. Estos diputados consideraban que cualquier otra actitud era una infidelidad, aún más que al jefe, a la doctrina generadora del movimiento de concentración gaullista.

Decía el señor Prélot:

—No somos huérfanos aunque el general nos haya dejado.

Todos se quejan del «rompan filas», y el propio general Ca-troux, que es una de las figuras preeminentes del partido, no disimula su descontento.

Por ahora no hay indicios de que ninguno de los miembros de la actual minoría gaullista vaya a engrosar las filas de otro grupo.

MALRAUX, CARLOS MARX DEL SIGLO XX

Se cuenta, como demostración de que el general De Gaulle no se retira, que va a ocuparse de una nueva organización de propaganda y que ha llamado a su consejero social, André Malraux, pidiéndole:

—Va a prepararme un código social, porque quiero hacer de usted el Carlos Marx del siglo XX.

En realidad lo que retiene a muchos diputados y senadores del R. P. F. es la mala suerte que han corrido los disidentes de primera hora. Federico Dupont no ha vuelto a ser diputado por el mismo distrito que le eligió cuando pertenecía a otro partido de derechas; Barrachin, promotor de la disidencia, no ha conseguido la cartera ministerial que perseguía, y el único que se la lleva es Bergasse, que pierde, sin embargo, la Alcaldía de Marsella, llevándose una socialista. Siempre se había negado el general a presentar su candidatura y todavía continúan criticándose los 85 que quedan de los 125 diputados que formaron la minoría primitiva.

En principio el general De Gaulle ha dejado en libertad a sus parlamentarios; pero no por ello rompe la relación con muchos hombres políticos, incluso con Bidault, que confiaba con los votos del R. P. F. para la vacante, a fin de año, de la Presidencia de la República.

Con estos acontecimientos se empalma la quiebra total de las instituciones y del sistema parlamentario de Francia.

572 CARTERAS QUE CAMBIARON DE MINISTRO

La crisis que trata ahora de resolver André Marie y que no consiguieron resolver antes Reynaud y Mendes France, es la décimocinco vez que se produce en la IV República.

Quinientas setenta y dos carteras cambiaron de titular. Estos Gabinetes tuvieron una duración media de cinco meses y veintiséis días, batiendo la marca el primero de De Gaulle, que se mantuvo de 1945 a 1947; cinco Ministerios duraron de cinco a veintiséis días; han alternado en la presidencia del Consejo 18 titulares; en la cartera de Justicia, ocho; en Asuntos Exteriores, cuatro; en el de Interior, seis; en Hacienda, ocho economistas, que

no resolvieron, según se ha ido viendo, la crisis económica; nueve en Educación Nacional, radicales en su mayoría; ocho en Obras Públicas, otros ocho en Industria, seis en Comunicaciones, seis en Agricultura, nueve en el Ministerio de Ultramar, que tuvo al principio la carga de Indochina, hasta que el M. R. P. le desglósó para constituir el ministerio de los Estados Asociados, con la plaza de alto comisario permanente; siete en Reconstrucción, 11 en Ex Combatientes, único ministerio que ha desempeñado hasta ahora el primer disidente del R. P. F., Bergasse, y que le ha costado la pérdida del Municipio de Marsella; seis en Trabajo, 10 en Comercio... El Ministerio que duró menos tiempo fué el de Queuille, que sólo tuvo tres días de vida.

Han sido ministros diez veces M. Jacquinet, André Marie, Scheiney y René Mayer; once veces, Bourges Manoury (Hacienda y aledaños económicos), Letourneau, Marie, Plevin, Teitgen y Thomas; trece veces, Bidault, Pflimin y Moch, y catorce veces, Queuille y Robert Schuman.

Se ha considerado como árbitro de la situación al ex R. P. F. por el número de diputados de que dispone; pero ya se ha visto que si antes algunos se lamentaban de las consignas imperativas del general De Gaulle y de su oposición sistemática, ahora se duelen de su orfandad. Sin embargo, todos respetan la posición de De Gaulle, contraria a la ratificación del Tratado del Ejército europeo e inclinada a mantener los privilegios tradicionales tanto en Indochina como en Túnez y Marruecos.

A este respecto—y para que se vea que en los medios parlamentarios persiste la oposición al general De Gaulle, se recuerda una anécdota del canónigo Krier, diputado y alcalde de Dijon: «El general De Gaulle me dió un susto terrible cuando era presidente del Consejo. Si llega a morir entonces, le sustituiría automáticamente en el cargo el vicepresidente... Maurice Thorez.» No dice que en aquella época el criterio de Churchill y de Roosevelt imponía en Bélgica, Italia, Noruega y Holanda ministros comunistas, y todos, incluso los de París, desaparecieron al mismo tiempo, como por encanto, cuando Stalin así lo dispuso.

HORARIO DE UNA CRISIS

Después de tres horas de sesión, el 23 de mayo último la Asamblea Nacional rechazó los poderes especiales solicitados por René Mayer, por 328 votos contra 244. Este, naturalmente, tuvo que volver en seguida al Elíseo con su renuncia.

El 28 del mismo mes, Paul Reynaud sólo obtuvo 276 votos y hubo 235 hostiles. Le faltaba mucho para alcanzar los 314 votos que exigía la Constitución para la investidura presidencial. En su programa exigía el candidato, antes de aceptar la formación de Gobierno, la reforma de la Constitución en ocho días, la disolución automática del Parlamento si un Gobierno caía antes de cumplir los dieciocho meses de su existencia.

El 3 de junio, Pierre Mendes France, radical, con el apoyo de su partido y contando también

con el de los socialistas, lee su declaración ministerial. En ella no se manifiesta partidario de la revisión previa de la Constitución, aunque no oculta su verdadera necesidad; preconiza una política de inversiones, reduciendo los gastos suntuarios y terminando para ello con el derroche de energías y de dinero en la guerra de Indochina. Le faltaron, naturalmente, los votos necesarios para conseguir los 314.

El 10 se presenta ante la Asamblea Georges Bidault y preconiza una política financiera que no ofrece notas de gran originalidad. Quiere poderes, decretos-leyes, a ejecutar en quince días, para el equilibrio presupuestario; poderes económicos de un año, acelerar el estudio de la revisión constitucional y ninguna revisión inmediata. En Indochina quiere independencia sin evacuación militar por parte de Francia; en el norte de Africa, política de conciliación de largo alcance. En lo que se refiere al Ejército europeo, anunció que plantearía la cuestión de confianza para ratificar el tratado. A Bidault le faltó un voto para obtener los famosos 314.

Por su parte, el radical-socialista André Marie, después de laboriosas negociaciones con el director del Banco de Francia y algunos técnicos de Hacienda, anunció al Presidente de la República que no podría comprometerse a formar Gobierno en seguida porque los jefes de los partidos parlamentarios se habían marchado tranquilamente de vacaciones para disfrutar del fin de semana.

UN PARLAMENTO INGOBERNABLE

Con trémolos en la voz, Eduardo Herriot, presidente de la Asamblea Nacional, confesó en una reunión del Comité radical que el antiparlamentarismo iba ganando mucho terreno en Francia y que, por tanto, convenía resolver la crisis, que ya duraba veinticinco días.

Toda la Prensa francesa, ante el desconcierto político, considera que este Parlamento es ingobernable. El diputado monsieur Leortad presentó una proposición para la disolución automática del Parlamento, acordada por él mismo; pero al someterla a la Comisión del sufragio universal fué rechazada con indignación, unánimemente, por todos los miembros, incluyendo socialistas y comunistas, a quienes alegra que siga el caos.

ITALIA, CUATRO PASOS EN LAS NUBES

LOS UJIERES LIMPIAN LOS ESCANOS DE MONTECITORIO

Cuando terminó oficialmente la segunda guerra mundial Italia se había olvidado por completo de que había perdido la contienda.

El golpe de Badoglio venía a ser un «reversement des alliances» sobre la marcha, y cuando más adelante los vencedores le impusieron un leonino tratado de paz alguien se atrevió a llamar seriamente a los norteamericanos «nuestros desagradecidos aliados». Benito Mussolini fué colgado por los pies en la trágica plaza de Loreto, en Milán; quedaba ya muy atrás la dramática reunión del Consejo Fascista, y el pueblo italiano, que había gritado hasta enronquecer al pie del balcón del palacio de Venecia, eliminó rápidamente todos los símbolos del fascismo, aclamando a sus ancianos y olvidados líderes democráticos. Surgieron entonces los amarillos retratos de los Orlando, los Benedetto Croce y los Sforza, y al lado de ellos, caras nuevas, como las de un famoso locutor de Radio Tiflis, Palmiro Togliatti, o de un refugiado en el Vaticano, Alfredo de Gasperi. El coronel Valerio era saludado como un héroe popular y un ejército de uterinos limpió el polvo de los escaños de Montecitorio para que en ellos se instalasen cómodamente los nuevos padres de la Patria: unos, viejos profesores que habían renunciado a su cátedra; otros, antiguos inquilinos de algunas cárceles, algunos, ex desterrados en la isla de Lipari, y unos cuantos, más o menos héroes de la resistencia.

UN BARCO SALE PARA EL CAIRO

En este brusco cambio de hombres y de decoración, el Rey Víctor Manuel estaba descolocado. Su actitud última con el Duce no bastaba para indultar a la Casa de Saboya de su convivencia pasiva con el fascismo, y para todos era evidente que, por lo menos, la mitad del pueblo italiano prefería la República. Esta llegó el 2 de junio de 1946, con un plebiscito del que resultó que 12.717.923 italianos con derecho a voto eran republicanos, y monárquicos, 10.719.284. Víctor Manuel, cada vez más entregado a su colección de monedas, tomó el barco para El Cairo y allí murió sin pena ni gloria.

CIEN PARTIDOS POLITICOS

Proclamada la República y vueltas al uso y abuso todas las libertades democráticas, comenzaron a proliferar medropícamamente los partidos políticos. El pueblo italiano se enroló bajo las antiguas banderas comunistas, socialistas, populistas y republicanas, invocando unos a Stalin, otros a Garibaldi, otros a Cavour y algunos al propio Mussolini, berrajándose las doctrinas de Carlos Marx, las de Jaures y las de Don Sturzo en la primera contienda electoral, que tuvo lugar en el mismo año 1946. Estas elecciones tuvieron una revelación: la de que el partido político más fuerte de Italia era el demócrata cristiano, capitaneado por De Gasperi. Obtuvo en aquella ocasión cerca de ocho millones de votos y 207 puestos en la Cámara de Diputados. Inmediatamente detrás de él iban los socialistas y los comunistas. Se vió claro, a partir de entonces, que las luchas electorales italianas iban a polarizarse en la pugna de estos dos partidos, que llegaban a la palestra con propósitos decididamente revolucionarios, dispuestos

unos a hacer de Italia una democracia social que aceptara los principios de las encíclicas pontificias, y dispuestos otros a hacer del país una democracia popular inspirada en los principios del socialismo «progresista». Al lado de estos dos grandes partidos habían de cristalizar otros muchos, hasta cerca de un centenar. El más efímero y el más brillante de todos fué el «Uomo Qualunque», de Gianini; el más proteico, el socialista, que había de dividirse más adelante en ala izquierda de Nenni y ala derecha de Saragat; el más constitucional, el republicano. Dentro del mismo régimen comenzaron a operar contra las instituciones republicanas los monárquicos del alcalde napolitano, Aquiles Lauro, y los neofascistas del movimiento social italiano del príncipe Valerio Borghese.

«ARMAS PARA EL DÍA DE LA LIBERACION»

En febrero de 1947 vamos ya por el sexto Gobierno. Han alternado en el Poder todos los personajes conspicuos de la escena política italiana. De Gasperi se ha convertido en el hombre fuerte de la situación, y los comunistas, después de ensayar lo que Moscú llama la colaboración táctica, se encuentran decididamente emplazados en la oposición, organizando huelgas, perpetrando atentados y acumulando armas «para el día de la liberación». Emplea como instrumento de brega la más poderosa organización sindical del país: la C. G. T., fomentando y estimulando la revuelta de los agricultores del Sur contra los latifundios.

UNA CAMPANA ELECTORAL INQUIETANTE

En vísperas de las elecciones generales de 1948 se ha alterado por completo el cuadro político internacional de la postguerra. Rusia acaba de convertir a Checoslovaquia en un Estado sa-

télite y Tito todavía no había roto con el Kominform. El partido comunista italiano era el más sólido y mejor organizado de la Europa libre, contando con cerca de tres millones de afiliados. Había razones para temer seriamente que, dadas estas circunstancias, Italia, por el democrático camino de las urnas electorales, se transformase de la noche a la mañana en un Estado comunista, que vendría a situar las avanzadillas soviéticas en el Mediterráneo occidental y a dos pasos de la costa del Norte de África. Semejante acontecimiento alteraría el ya acusado desequilibrio de fuerzas entre el Este y el Oeste, y se comprende así que todo el mundo occidental estuviese pendiente de los resultados del escrutinio. De Gasperi y los demócratas cristianos, juntamente con sus aliados, aprovecharon oportunamente estas dramáticas circunstancias para levantar una bandera electoral de extremada emergencia: no se trataba de elegir entre varios partidos políticos, sino de elegir entre Italia y Rusia, entre la democracia y el comunismo. Por primera vez, al cabo de muchos años, asistimos entonces a una movilización de todas las fuerzas nacionales italianas. Fué la de 1948, sin duda, la campaña electoral más dramática, inquietante y decisiva de Europa.

NACE EL M. I. S.

Los resultados que arrojaron las urnas no respondieron a tan vasta movilización de los instintos de conservación nacional, pero bastaron para decidir la partida a favor de De Gasperi, su partido y sus coaligados. La democracia cristiana obtuvo 12.751.841 votos o sea el 48,1 por 100 de los sufragios, con 306 actas en la Cámara de Diputados. Los comunistas y socialistas de izquierdas obtuvieron 8.125.990 votos, con el 31,0 por 100 de los sufragios y 183 actas. Unos porcentajes parecidos se registraron en las votaciones para el Senado.

En estos comicios, los monárquicos sólo consiguieron 14 actas en la Cámara de Diputados y cuatro en el Senado. El Movimiento Social Italiano, que acababa de nacer, reunió seis actas en la Cámara de Diputados y únicamente una en el Senado.

LA ESCUADRA YANQUI VIGILA UNOS COMICIOS

Como puede verse, la gran encrucijada de 1948 se resolvió a favor de la democracia y del bloque anticomunista. Pero los comunistas, esta es la verdad, se llevaron más de ocho millones de sufragios. Difícilmente puede considerarse esto como una derrota, si tenemos en cuenta el sentido que sus adversarios dieron a la campaña electoral, la cuantía de los dólares americanos, que llegaban para tapan todos los agujeros de la maltrecha economía italiana—una suma equivalente al total de siete años del presupuesto general del Estado español—y la presencia en aguas italianas de la flota americana como símbolo de una advertencia para tirios y troyanos.

La victoria de De Gasperi fué saludada con alborozo en todas las Cancillerías occidentales. Pe-

ro la lucha entre demócratas cristianos y comunistas había de seguir adelante cada vez más encarnizadamente. El primer ministro italiano comenzó a desconfiar en lo sucesivo del veredicto de las urnas, temiendo que cualquier día le fuese adverso, y como ocurre siempre en estas ocasiones, cuando se está en el Poder, dió en la flor de ir hacia la montaña, ya que la montaña no venía hacia él; pensó, en una palabra, que lo que no podían garantizar las urnas lo garantizaría la reforma de la ley electoral. Fué así como nació la famosa ley de los emparentamientos, obligando a los partidos que no se casaban por amor a que se casasen por razón de Estado. Este instrumento, dudosamente democrático, lo blandió De Gasperi en las elecciones municipales de mayo de 1951. Gracias a esto pudo repetirse la historia de 1948: triunfo de los emparentados anticomunistas y derrota de los emparentados socialcomunistas. El propio De Gasperi no quedó muy satisfecho de este experimento, pues a los pocos días de su victoria electoral declaró al correspondiente del «Paris - Presse», Servan-Schreiber, que la táctica de los emparentamientos constituía una inmoralidad y eliminaba, además, el dramatismo de la lucha política.

«EMIGRAR O MORIR»

Sea como quiera, el señor De Gasperi siguió atornillado en el Poder, interpretando la sanción de las urnas en 1948 como un referéndum a favor de su política. Esto es por lo menos lo que le reprochan sus adversarios y algunos de sus partidarios, y algo de verdad hay en ello. Los ocho años que De Gasperi lleva en el Poder, al frente de una democracia todavía balbuciente, no han bastado para remediar el mal estado económico y social del país. Sólo bajo la presión de los comunistas y del campesinado sedicente se decidió la demo-



Un elector de Milán comprueba su inscripción en las listas de votantes.



Han pasado las elecciones y los servicios de limpieza de Roma vuelven a descubrir las fachadas.

cracia cristiana a iniciar la reforma social, sobre todo en el terreno agrario. Según nuestras noticias, son dos millones y medio los obreros parados que hay en Italia, y cada vez se hace más imperativo el viejo «slogan» fascista, con una variante tranquilizadora: «emigrar o morir».

MATERIAL DE GUERRA SUFICIENTE PARA DOS DIVISIONES

El partido comunista italiano no ha renunciado a la revolución. No ha renunciado a la idea de pasarse con toda Italia al bando de la Unión Soviética. Claro testimonio de estos propósitos es el constante descubrimiento de depósitos clandestinos de armas que lleva a cabo la Policía de Scelba. Recientemente decía el «New York Herald Tribune» que con el material escondido por los comunistas se podrían equipar perfectamente dos divisiones. Pero también es evidente que la situación internacional no les es ya tan propicia como en la encrucijada de 1948.

EL AUTOR DE «DON CAMILO» DA SIETE RAZONES

El escritor italiano Giovanni Guareschi, autor de «Don Camilo», ha enumerado las siete razones fundamentales por las que las elecciones de 1953 arrancan de supuestos muy diferentes de los que partió la consulta electoral de 1948. Nadie conocía entonces la fuerza efectiva de los comunistas; Tito todavía no se había separado de la Unión Soviética; Italia contaba con el apoyo americano, pero todavía no tenía la garantía del Pacto Atlántico; los comunistas italianos se mostraban entonces muy belicosos; el recuerdo de las violencias de 1945 a 1947 era muy vivo; en víspera de las elecciones del 48, Rusia había dado el golpe de Estado en Checoslovaquia, etcétera.

Pero con todo, De Gasperi, aunque esta vez no se tratase ya



Resaca electoral: papel mojado. Los residuos de los carteles otra vez se harán pasta de papel.



Este es uno de los carteles utilizados para la propaganda electoral en Italia. Dice: «Escuchadme a mí: Votamos todavía por la Democracia Cristiana», y sobre él un «afiche» dice: «Lo han comprendido también los burros».

de salvar a Italia, quería asegurarse por lo menos de salvarse él y sus emparentados. Fué así como en medio de fenomenales escándalos fué aprobada por los cuerpos legislativos de la nación la reforma de la ley electoral, verdaderamente leonina y una vez más dudosamente democrática. Quien hace la ley hace la trampa.

QUINCE MIL GARGANTAS PRONUNCIAN DOSCIENTOS MIL DISCURSOS

La campaña electoral para estas elecciones que acaban de celebrarse tuvo un aire mucho más doméstico y local que la de 1948. Fué también mucho más pintoresca y mucho menos dramática. Los partidos políticos, seguros de que la opinión italiana acudiría esta vez con más desgana a las urnas, recurrieron a todos los procedimientos publicitarios, a la «Coca-Cola» de la propaganda política. Cantantes como Beniamino Gigli, ciclistas como Binda, delanteros centros como Amadei, arrastraron tras las banderas políticas a «hinchas», melómanos y «pedaleurs». Los aficionados a la estadística apuntaron estos datos curiosos: los gastos que ha hecho Italia en la propaganda electoral se elevan a cien millones de dólares, lo que significa el doble de lo que recibirá este año en concepto de ayuda americana. Se lanzaron treinta millones de manifiestos, cincuenta mil carteles en tela. Se celebraron veinte mil mítines y se pronunciaron doscientos mil discursos por quince mil gargantas. Puede decirse que toda Italia fué empapelada desde los Alpes marítimos hasta la puntera de la bota peninsular.

Los resultados de esta escenografía electoral ya los conocen nuestros lectores. De Gasperi y sus demócratas cristianos, sus socialdemócratas, sus liberales y sus republicanos sólo han conseguido

el 50,2 por 100 de los votos del cuerpo electoral, y cabe prever que, teniendo en Montecitorio una exigua mayoría de ocho escaños, Italia va a conocer una etapa como la que viene atravesando Francia desde la liberación.

Lo único que no estaba previsto en este programa electoral de 1953 era el avance del Movimiento Social Italiano. En 1948 sólo habían obtenido poco más de medio millón de votos y seis actas en la Cámara de Diputados. En 1953 han tenido más de millón y medio de votos y 29 actas en dicha Cámara. Ahora, más que nunca, la democracia italiana está bailando en la cuerda floja.

Para que su Gobierno fuese estable, De Gasperi tendría que apoyarse, hacia la izquierda, en los socialistas de Nenni, lo cual sería un éxito indudable para los comunistas, a los que apoya descaradamente, o en los monárquicos y neofascistas, en un cambio hacia la derecha, que no querrá seguramente aceptar su prurito de ortodoxia democrática y republicana, aun a trueque de vivir en precario.

La problemática durabilidad de los nuevos Gabinetes ministeriales italianos acentúa su grave amenaza ante la posible concentración de fuerzas de signo similar, pero hasta hoy divididas. Ya apuntan algunos comentaristas la posible colaboración del nennismo con los socialistas de derechas, que acaudilla Saragat. Y si esta unión llegara a forjarse, la vida del Gobierno, en general, y toda eficacia positiva de su gestión quedarían sometidas a contingencias insoslayables.

(En este reportaje han intervenido: Blanco Tobío, Premio Nacional de Periodismo 1952, Besada, Calderón Fonte y Eugenio Serrano, enviado de EL ESPAÑOL en Roma.)

CARTA DEL DIRECTOR PARA LOS VIVOS

Sr. gacetillero de «Ya»

PERDONEME que no le nombre con su nombre de bautismo y con sus dos apellidos, paterno y materno; pero no habiendo dado la cara, que es la firma personal que rubrica nuestras opiniones, tengo que dirigirme a usted un tanto vagamente para agradecerle sus elogios y para clarificarle sus reticencias.

Sirva este párrafo de gracias como expresión de la gratitud del director, de la Redacción y de los colaboradores de EL ESPANOL a la Prensa y a la radio españolas, cuyas alabanzas se las devolvemos multiplicadas por la satisfacción de todos nosotros, porque esta vez han batido al unísono y dadivosamente palmas y corazones. Nuestra lacónica gratitud, aunque anchísima en su perímetro, asimismo se encamina a los tipógrafos e impresores que intervinieron en el ciclo de convertir el papel y la tinta en ese algo tan hermoso como es un ejemplar de EL ESPANOL vendiéndose en la calle. Gracias también al desconocido vendedor y a la vendedora desconocida del semanario, que lo manejaron con tal arte que sólo a la hora de haber llegado a Barcelona nos telegrafaba su activísimo distribuidor que se había agotado la remesa completa. Lo mismo que avisaba el avizor distribuidor de Madrid casi al mismo tiempo. Gratitud, por lo cual, a los distribuidores, y nuestra gratitud, repetida bajo todas las formas y maneras, al público, a los miles y miles de españoles que habiendo comprado EL ESPANOL al cabo de seis años de haber perdido su contacto con el semanario nos demuestran, señor gacetillero de «Ya», el espíritu, que ya es casi hábito, de continuidad y permanencia que hay en la España de Franco, donde ningún esfuerzo es baldío, ninguna sementera es estéril y cuanto es esencia, más bien que apariencia, siempre persiste y resplandece. Conviene meter la vida en la casilla o casillero de la verdad mucho mejor que en el fichero de la simulación.

Ahora vamos a despachar la parte de su gacetilla dedicada a reparos, habida cuenta, por mi parte, que los reparos de usted pueden ser igualmente los reparos de muchos, los reparos de otros. Y como lo que es de EL ESPANOL es de los españoles, yo les debo y les pago la explicación siguiente a usted, señor, y a esos señores hipotéticos cuya existencia y desilusa perplejidad suponemos. Los reparos son: EL ESPANOL de antes era más grande, de formato mayor, de amplísimas y más plásticas páginas; EL ESPANOL de la primera época se dedicaba con exclusividad al artículo y al ensayo, mientras que «El Españolito» o «El Españolín» o «El Españolillo» o «El pequeño ESPANOL», según las diferentes prosodias regionales o las malas lenguas que ponen apodoso lo motejen, ha preferido otro módulo para informar y dirigir la orientación del público. O sea que son reparos de fondo y de forma, de materia y de contenido, y quizás así sean reparos fundamentales, de padre y muy señor mío. Pues bien, señor gacetillero de «Ya», nuestra máxima, aprendida en el Evangelio y contraria a la minoritaria de Juan Ramón Jiménez, es «A la mayoría siempre»; a la mayoría, que se enredaba y entorpecía con las páginas como pampas del formato antiguo de EL ESPANOL y se acomoda con el tamaño de bolsillo para hojear en el tranvía, en el Metro o en la cama. Hubo un personaje eminentísimo y de abultada humanidad que nos reprochó con frecuencia lo dificultosamente que podía repasarse EL ESPANOL desde el lecho. He pensado en los millares de españoles que no disponen de solaz y que no son estetas enamorados de los anchos vitrales y del uso del facistol; pero también en este personaje que no es español, para achicar nuestro tamaño y ponerlo a tono con la medida de las publicaciones de máxima circulación y prestigio en el mundo. Hace doce años vivíamos un poco—o por lo menos yo—en la Meca de la petulancia, al subtítular a EL ESPANOL como «Semanao de la

política y del espíritu», cuando todo es política y en todo hay política, hasta en el prospecto de propaganda de un específico farmacéutico, y cuando el espíritu no sopla donde nosotros queremos. Después he huído de aquella lejana pedantería, y estoy en la ciudad campechana y cordial de todos los españoles, sin olvidarme de que esta ciudad está situada en la España de Francisco Franco y que me hice y moriré falangista. Señor gacetillero de «Ya»: EL ESPANOL no podrá competir con «Insula», con «Índice», con «Revista», con «Ateneo», con «Destino», con «Alcalá», con «Octubre», etc., etc., aunque en este etcétera y entre las nombradas haya algunas revistas que hayan sido y son hijuelas suyas. Dejemos el alto porte a tales revistas y también el profundísimo contenido.

Nosotros, de acuerdo con la vetérrima consigna de Ledesma Ramos en «La conquista del Estado», somos actuales, frente a los intelectuales. Claro está que nosotros hemos pasado por las Universidades y nos hemos despeñado encima de los libros y traducimos idiomas vivos y muertos y hemos viajado...; pero nosotros aplicamos a nuestra inteligencia y a nuestra cultura un valor instrumental al servicio de Dios, de la Patria, del bien común y del pueblo. Es decir, que no nos crecemos como enanos que quieren ser barrocamente gigantes, ni nos hinchamos como batracios. La medida es nuestra medida y nuestra modestia de hombres capaces de servirse de su cerebro con cierta destreza; porque, señor gacetillero de «Ya», tenga en cuenta que quien se hincha, si se pincha, revienta. En cada ensayista y en cada articulista a palo seco hay siempre larvado un crítico. También Ramiro nos enseñó en el «Discurso a las juventudes de España» la infelicidad de la crítica, a la que son tan morbosamente afeitados los intelectuales sin fe y sin creación. Cada crítico en ciernes debería empezar por un examen de conciencia, por una crítica cotidiana de sí propio, de sus acciones e intenciones, y luego hablaríamos. Señor gacetillero de «Ya», las actuales páginas de EL ESPANOL están escritas por universitarios e intelectuales que, sin renunciar a su sabiduría ni a su cacamen, hacen lo imposible por no aparentar lo que son, intentando distraer y educar al prójimo.

Al final de su gacetilla nos ofrecía sus votos por un futuro mejoramiento de la prestancia técnica y del espíritu de EL ESPANOL. Yo así lo deseo, como asimismo he deseado y deseo esa mejora y ese perfeccionamiento para ustedes.

Mañana será otro día

NO hay quien se ponga en las tarjetas «burócrata», porque esas cosas, aunque sean verdad, como decía de su oficio la madre del buscador Don Pablos, no está bien que se digan. La burocracia, organismo vivo del Estado, cuenta con tanta antipatía y desdén, que al leer el título de este artículo más de uno habrá alzado los ojos los cielos indignado: «¡Válgame Dios!... ¡Si es burocracia y burócratas lo que sobra, lo que estorba lo que incordia, lo que entorpece!»

Pues parece que en el Anuario Estadístico hay más que un burócrata por cada trescientos o cuatrocientos españoles; de cada trescientos miembros de la Nación sólo uno es funcionario del Estado.

Imagínese qué ejército sería uno en el que hubiera un solo jefe—sargento o general—para cada trescientos soldados.

Rápidamente el lector opone que el Estado es un ejército. Que el Estado es, gracias a Dios, una institución civil, pacífica, mansa y humilde de corazón, y nada semejante a una orquesta de regimientos y batallones.

Desgraciadamente, semejante pacifismo se reduce a un ensueño democrático. Desgraciadamente el Estado ha de suponer e imponer la coherencia, la disciplina, el grado de control interno, la indiscusión, de automaticidad de un ejército. Esta desagradable necesidad nadie tiene la culpa en este mundo, aunque los pacifistas se

UN EJERCITO

AGIL, FUERTE
Y EFICIENTE

UN balance imparcial y objetivo nos confirma que, en el año 1953, el pueblo español ha logrado ya una sensibilidad y madurez políticas muy envidiables. Prueba de ello, la rapidez con que han captado, aun los medios sociales más sencillos, la importancia que tiene el proyecto de ley presentado por el Gobierno a las Cortes creando la «Primera reserva» para jefes y oficiales de las Armas y Cuerpos de Estado Mayor e Intendencia, proyecto que profundiza en la orientación de la ley similar, ya en vigor, referente a suboficiales y clases de tropa. Sin embargo, es posible que no sea tan absolutamente claro para todos en qué radica la verdadera trascendencia de estas disposiciones.

Evidentemente, suponen una respetable degravación de nuestros Presupuestos. Pero, aun siendo ello muy digno de consideración, representaría enorme error enjuiciar dichas disposiciones solamente desde este ángulo de vista. Aquello de «menos cuarteles y más talleres» es un sofisma que no clava diente en la conciencia española. En la balanza internacional—aun en la de pagos y comercio exterior—, la potencialidad militar de los países cuenta bastante más de lo que algunos piensan. Por otra parte, hoy por hoy no se registra el más mínimo dato o sintoma realmente convincentes que aconsejen la reducción de las partidas presupuestarias destinadas a gastos «de naturaleza militar». Desgraciadamente así es, y la realidad manda.

No obstante, son esta misma realidad, y las lecciones concretas que se desprenden con claridad de la última contienda internacional, las que enseñan que un país posee una mayor capacidad y potencialidad militar cuanto más amplios son sus cuadros de mandos, cuanto mayor es la capacidad de encuadramiento de tropas que posee un ejército en el momento de emergencia bélica, supuesta, naturalmente, la modernización de las armas y el volumen de las mismas hasta el límite que sea posible alcanzar.

Si por circunstancias tales como las derivadas de nuestra guerra de Liberación y las exigencias que supuso para nosotros el hecho y la proximidad física de la última guerra internacional, tanto en los mandos superiores del Ejército, como en la oficialidad, se produce una congestión de los escalafones, hasta el punto que se origina el estancamiento forzado de este personal en sus actuales situaciones y cargos, de modo que necesariamente puedan padecer el estímulo conveniente y la precisa renovación de los mismos, se impone un saneamiento de este «statu quo», que permita, de un lado, la superación de tan perjudicial estancamiento, y, de otro, la conservación y aumento de la virtualidad y eficiencia militares del país. Ni más ni menos ésta es la tendencia, estos son los propósitos y la finalidad sustancial del proyecto de ley, que ahora tienen las Cortes en estudio. Como el perjuicio económico y profesional, si alguno existiera, para aquellos que opten—se trata de una decisión estrictamente voluntaria—por pasar a la «Primera reserva» quedan reducidos al mínimo y, a la vez, se consiguen los objetivos, indiscutiblemente loables, antes señalados, las medidas adoptadas en la escala de subalternos y la que ahora comentamos resultan, en sus fundamentos, absolutamente congruentes y de una sagaz previsión política. Al mismo tiempo, no podemos olvidar que las extraordinarias virtudes que el actual Ejército español tiene comprobadas y demostradas—son los hombres que ganaron limpiamente, heroicamente, una Cruzada—representan un acervo de modos de obrar y de pensar, que deben repercutir beneficiosamente en las actividades civiles a que puedan dedicarse. La reversión del militar a estas actividades civiles, sin dejar de ser militar, cierra un ciclo, un proceso en la vida nacional de consecuencias altamente provechosas.

EL ESPAÑOL

LOS FALTA BUROCRACIA

ten otra cosa, es militarista «a priori» ni a ultranza; ni aun los malhadados fascistas eligen el estilo militar por una especie de preferencia arbitraria y viciosa que llevan disuelta en sus perversos humores. No. Si el Estado ha de hacer asumir a la Nación la forma y el rigor de un ejército es porque se han ido a pique o resultan insuficientes los valores y las instituciones en que el individuo podía asentar la planta para vivir, con excepción del Estado. Nadie ha inventado el estatismo (llamadle totalitarismo, fascismo, intervencionismo, lo que queráis), como nadie ha inventado pegar un salto y un grito cuando advierte que la tierra vacila bajo sus pies, o agarrarse a una tabla cuando le arrastra la mar.

Si el norteamericano disfruta de comodidades materiales no es porque sea un hombre singularmente hábil, laborioso, inteligente, robusto o preparado, sino porque es norteamericano. No por sus condiciones personales, sino por las condiciones del Estado a que pertenece. Y por las condiciones externas—riqueza, poderío—tanto, al menos, como por las internas—organización política o social—del Estado.

Entonces, ¿cómo no volvernos todos al Estado en demanda de solución para nuestros problemas? De hecho ¿no buscamos en el Estado o en organismos cuasi estatales el remedio para nuestra falta de vivienda, nuestra dificultad de transportarnos, nuestra necesidad de saber, la insuficiente

retribución de nuestro trabajo, la deslealtad de nuestros competidores, la enfermedad de nuestros hijos? Nos apoyamos en el Estado como los soldados combatientes se apoyan en la estructura y poder de su Ejército, que les da desde el vestido y el alimento hasta la posibilidad de subsistir y el sentido y el destino de la vida: desde la intención hasta la bandera.

Pues consideradas así las cosas (porque así son, con o sin nuestro gusto), resulta evidente la falta de instrumentos humanos con que el Estado cuenta para sus misiones civiles. Para vivir en nuestro tiempo con alguna seguridad, la Nación necesita un Estado que la penetre más, que la irrigue y la inerve hasta en sus más remotas provincias sociales, que extienda los cauces de la percepción y de la voluntad hasta las puntas de sus miembros y hasta lo más ciego y automático de sus vísceras. Y para todo esto el Estado necesita un funcionario más numeroso.

...Más numeroso, por lo pronto. ¿Que la cuestión no es solamente de número? Eso lo veremos el próximo día, como veremos el posible sofisma de la cifra estadística aducida. Por hoy quedémosnos con la noción clara de una escasez que hay que remediar; noción, ya lo sé, que a muchos les parecerá tan sorprendente como, tal vez, cínica.

Luis PONCE DE LEON

DEFENSA DE LA OLIGARQUÍA

MONARQUÍA, democracia, oligarquía. He aquí una división clásica de las formas de gobierno. La Monarquía y la democracia son, desde el punto de vista histórico, simples abstracciones teóricas. Nunca el mando ha sido exclusivamente personal ni tampoco de la totalidad del pueblo. Si valoramos los sistemas en función de continuidad, no de su establecimiento, podemos decir que Monarquía y democracia no han existido jamás. Porque el único sistema que ofrece continuidad histórica es la oligarquía. En lo que anotamos se involucra el problema teórico de la soberanía. Pero nosotros no queremos entrar en esa cuestión doctrinaria. Nos importa tan sólo apuntar algunas ideas que ofrezcan algún interés práctico, inmediato, para os hombres—*«the statement»*, dicen los ingleses—que deben utilizar los sentimientos y aspiraciones de la multitud para la creación de obras y empresas que sirvan al bien común.

Ruego a usted, querido lector, que perdone el vocabulario profesoral del presente artículo. Es difícil hablar de oligarquía sin utilizar los «slogans» del Derecho político clásico: bien común, soberanía, etc. Todo muy aburrido. Pero volvamos a nuestro tema: la continuidad política sólo la ofrecen las oligarquías. Mussolini hablaba con frecuencia de la falsedad práctica que implica el concepto de soberanía popular. «El pueblo—decía en uno de sus discursos primarios—no hace más que delegar, y esto aun en tiempos normales. Cuando llega un momento difícil son otros los que deciden una Revolución, una Guerra, una Paz». Efectivamente, la política activa siempre ha sido ejercida por una «élite», por un grupo reducido de hombres, y esto es pura oligarquía. Claro está, oligarquía atendiendo a la semántica de la palabra, ciencia en política tan falsa como la estadística en economía.

El término oligarquía evoca inmediatamente un régimen de castas, de privilegios o de aristocracias cerradas. Por eso, la palabra oligarquía, a pesar de su significación etimológica, no nos sirve, es poco sugestiva, es antipropagandística. Debemos sustituirla por otra, algo así como un grupo dirigente, minorías de acción política, «élite», etc. El término aristocracia, tampoco nos es útil. Recuerda aquellos regímenes en los que la clase dirigente llegó a ser en el Estado un orden cerrado, con grandes privilegios jurídicos. La oligarquía que defendemos es una minoría, sin otros privilegios que los derivados de su efectividad personal, no hereditarios. Por lo tanto, el problema reside en cómo ha de constituirse nuestra minoría, no en la necesidad que tenemos de la misma.

En política, nos puede advertir cualquier lector justamente escéptico

frente a nuestra dogmatización, todo reside en el cómo, no en el qué. En el fin, nadie ofrece discrepancias. Todos los españoles queremos la prosperidad moral y económica del país; todos anhelamos que nuestro pueblo viva con el mayor bienestar posible. Pero en el cómo ha de lograrse, es donde anidan los denominados «matices». Asimismo en el cómo ha de reclutarse esa minoría es también donde pueden existir las discrepancias.

Por de pronto, advertimos que la minoría política activa ha existido en las mismas Monarquías absolutas. El poder efectivo podía estar, en última instancia, en manos del Rey, pero la acción de gobierno era desarrollada por un grupo oligárquico, en algunos casos algo más independiente de lo que el Monarca absoluto suponía. Esa oligarquía, jerarquizada por el poder monárquico, al servicio de una ideología estatal indiscutible, aseguraba el funcionamiento y la continuidad de la Corona. El principio hereditario, baladí y circunstancial, ha tenido eficacia porque la oligarquía o la minoría, que no muere nunca, a diferencia del Rey, aseguraba su cumplimiento.

En las democracias europeas de sufragio universal—E. U.—son un fenómeno aparte—ha sido muy difícil a existencia de minorías jerárquicas leales, efectivas. El triunfo electoral momentáneo les ha importado con frecuencia más que la fidelidad a una empresa y a una idealidad política integradora. Y cada grupo se ha marginado de la empresa política estatal, para acentuar lo que podía darle este triunfo. Así en España, la oligarquía política de la Restauración—nacional, religiosa, etc.—, unas veces se aliaba con grupos republicanos y otras con sectores separatistas, en desacuerdo con su íntimo sentir. Por ganar una popularidad momentánea, aquellos hombres estuvieron dispuestos en cada ocasión a traicionar la mecánica, la estructura—buena o mala, ahora no hablamos de ello—creada por Cánovas del Castillo. Todo se vino abajo porque la minoría dirigente fué una minoría desleal a la idea del Estado restaurador y agrestiva sin limitación de argumentos, consiguio misma. No hubo auténtico equipo dirigente.

Por ello, cuando descubrimos en algunos escritores y políticos la búsqueda de aplausos, de éxitos momentáneos, a base de mixtificar el contenido del 18 de Julio, creemos asistir a un espectáculo trágico y viejo, a la exhibición de una técnica «democrática» ya superada. Desde Cataluña estas cosas se observan muy bien. Pero de este aspecto—política nacional desde Cataluña—hablaremos en otra ocasión. El tema requiere algo más que el párrafo final de un artículo.

Claudio COLOMER MARQUES



El puerto de Alguer

ALGUER, LA CIUDAD "BONITA Y BIEN ASENTADA" DE CARLOS V, QUE A LO MENOS CIENTO VECES LA MALARIA Y SIEMPRE PUDO RECUPERAR EL HABLA DE "LO BELL CATALANESC"

ALREVESABA toda la isla de Cerdeña de Sur a Norte. Desde Cágliari (la antigua Caller de los reyes aragoneses) hasta Sássari; más de trecientos kilómetros de paisaje rocoso y un poco salvaje, de oeste americano, si no fuera porque en él abundan unos monumentos de antiquísima civilización europea, los «nuraghi», edificaciones prehistóricas de origen similar a los «talayots» mallorquines.

Los trenes de Cerdeña son como un pariente pobre del eficiente sistema ferroviario de la Italia continental. Los trenes sardos van despacio, con pies de plomo, como si un arranque de velocidad les pudiera hacer salir de la isla y caer al mar. Tuve pues, tiempo de ver las características de la isla que atravesaba, cuyo espíritu indomable se revela más a la imaginación de un artista que al frío análisis de cifras de quien quiera interpretarla desde un gabinete de estudio.

La indómita Cerdeña, que ha resistido a las águilas romanas, a los asaltos de vándalos y visigodos, que respondió con la violencia al bizantinismo de Bizancio; la tierra que con sus «nuraghi», medio fortaleza, medio templo solar, burló, en nombre del sol, a la media luna de turcos y sarracenos y ha teñido de sangre las barras de Aragón..., la isla de la «vendetta» discurría lentamente por la ventanilla del tren.

ALGUER BIEN VALE UNA MINA

No me pesa el que, por conocer L'Alguer, haya corrido el riesgo de topar con una mina de las que, mal rastreadas, se pueden encontrar aún por aquellas costas. «Alguer bien vale una mina», me dijo un elocuente compañero de viaje del barco y del tren.

L'Alguer, la ciudad catalana de Italia, es la gran sorpresa reservada a un español que, errante y distraído por Cerdeña, aborta en el misterio de la isla y no muy informado de las incli-

De nuestro enviado especial Francisco COSTA TORRO

dencias de su historia, siente que su sensibilidad se impresiona de un algo intensamente familiar y, se encuentra, de pronto, a la vuelta de un recodo, con un campionario de estilo ampurdanés en medio de una gran sardana de edificaciones conocidas.

LA RAZA, EN LA TIERRA

En Sássari, la segunda capital de Cerdeña, cogí el «trenino», un tren de vía estrecha muy pintoresco que va hasta el Alguer. Los vagones se llenaron de campesinos, pastores de olor a majada, mujerucas, cestas, sacos y garrafas hasta parecer el convoy una feria del campo ambulante. Mi equipaje, con sus etiquetas internacionales y sus señales de aduanas, era una nota distinta en medio de todo aquel cargamento agropecuario.

Mezcladas con el ruido de la marcha y, el del cacareo, pronto se empezaron a oír las primeras palabras en «alguerés». Hablaban de sus campos, de «la segada», «la Pedrissa», «Serra bona», «la Figuera», «Punta Negra», «la Vall de l'Infern»... y procuré entablar pronto conversación con aquellos payeses italianos, en su misma lengua vernácula.

Jamás habían oído aquellos payeses el catalán de España, y a cada coincidencia con su alguerés aumentaba su sorpresa. Ya habían oído decir de su origen español, pero eso de comprobarlo de viva voz les llenaba de asombro. «Accidenti», decían «accidenti» indicando, en lengua italiana, su sorpresa.

Me contaron de L'Alguer, de sus veintitantos mil habitantes, de sus «bastions», aragoneses; de los restos que la presencia española dejó en sus costumbres populares

VEINTE MIL CATALANES

EN LA TIERRA DE LA VENGANZA



Cartel de propaganda de la famosa «cavalcata sarda»

POR LA CALLE DEL «PA I AIGUA»

El «trenino» llegó, finalmente, a L'Alguer, y pronto pudimos pasear nuestra curiosidad por las calles tortuosas, con sus tabernas típicas, donde puede verse aun la «barretta» o barretina. Contemplar los «bastions» con sus mudos cañones españoles que apuntan aún a la bocana del puerto.

La calle «Serra», la de «Maglorca», la de «Barcelona», la de «Menorca», con sus típicas arcadas; la pequeña travesera del «Pa i aigua»... todas las calles del viejo Alguer que hacen conjunto con las fortificaciones de la «Magdalenetta», «L'Esperó» y la «Torretta».

Fué en la calleja del «Pa i Aigua», donde oímos una canción popular catalana, que debe ser muy antigua, cuando se canta también en un alguerés, infiltrado de italianismos.

A LA ALTURA DE BARCELONA

Los alguerenses llaman a su ciudad la «Barcelonetta», y el bajo pueblo ni siquiera sabe bien el porqué, ya que no tiene una exacta referencia de que fueron de las comarcas barcelonesas sus antepasados, y hasta se puede encontrar gente que ponga en duda la existencia, al otro lado del mar, de una gran ciudad donde el oír hablar «alguerés» es cosa usual y corriente.

Alguer, al noroeste de la isla de Cerdeña está casi a la altura geográfica de Barcelona, y hace solamente unos años existía un tráfico marítimo regular entre L'Alguer y la capital catalana por medio de un velero barcelonés que traficaba la excelente langosta sarda. Aquel barco es recordado con nostalgia, y en Alguer se habla aún de su tripulación que, por lo visto, dejó por allí algunos hijos naturales para refuerzo de la vieja estirpe.

La guerra civil española permitió a un grupo de jóvenes alguerenses visitar la «Madre Patria» como soldados del Cuerpo de Tropas Voluntarias. Varios de ellos se quedaron aquí, unos

muertos y otros vivos, pero los que regresaron a L'Alguer presumen ahora de que son los únicos alguerenses que conocen la tierra española, y también de que durante toda la ofensiva de Cataluña dispararon al aire cumpliendo, a medias, la estrofa del himno de Alguer que prohíbe disparar nunca contra catalanes:
«Oh germans, no disparem:
Catalunya está fent via...»
Oh rermanos, no disparar.
Cataluña marcha...

COMO UN PRESENTIMIENTO

Los viejos alguerenses anotaron todo cuanto ocurría en su villa en los libros y registros del archivo municipal. Tan cuidadosas son las relaciones de los acontecimientos de L'Alguer, que parece que había el presentimiento de que un día la política iba a separar a L'Alguer de España. Y que aquel puerto, que vio llegar tan floridas escuadras y tan esforzados guerreros, sería un sencillo refugio de pescadores que repararían las redes al son de

canciones suaves, como si la música de la «Puntaire», que hace encaje a la orilla del mar y espera la llegada de una nave, estuviera también con ellos, y en las noches de luna hubiera que velar el sueño de la vieja ciudad con una «nina nana algueresa» acompañada por las olas.

El presentimiento de que un día en Alguer los viejos cañones de los «bastions» aragoneses ya no saludarían la llegada de barcos de España. Las troneras de la «Torretta», de «L'Esperó», de la «Magdalenetta» mostrarían sus cuencas vacías de lombardas y culebrinas. Y en lo alto del campanario Ampurdanés de la Seo de Santa María d'Alguer no habría ya ningún vigía dispuesto a avisar a «lo Conseller en cap» la llegada de una escuadra con gallardetes de oro y grana; con barras de rojo y gualdá.

Las relaciones algeresas que hemos leído en el «Archivo Comunal» tienen la misma nota de melancolía que oímos a una anciana que acunaba a un niño con esta canción, resumen de toda la nostalgia histórica de L'Alguer, que en tono dulce y lento dice así:

«Torna a ta mare,
fills negretta.
Oh bella esclava
Barcelonetta.»
Vuelve a tu madre,
hija negrita.
Oh bella esclava
Barceloneta.

En el «Archivo y Biblioteca Comunal» conocimos a las fuerzas vivas de la intelectualidad de Alguer. Al poeta Rafael Sari, al general Catardi, que hizo versos algereses bajo la tienda de las campañas coloniales; al señor Balata, que tiene una librería durante el día y una emisora de radio particular, con la que se pasa la noche expandiendo su algerés por el mundo...; un pequeño grupo de hombres que junto al profesor Scanu y el profesor Enna, de la Universidad de Sassari, mantienen en alto la vieja bandera de Alguer. Nos pusimos a revolver legajos y relaciones históricas y comencé a tomar notas.

«NI VENDRE NI COMPRAR»

Corría el año de gracia de 1297 cuando Jaime II de Aragón, al hacer la paz con el Papa, recibió, a cambio de renunciar sus derechos sobre Sicilia, los que la Santa Sede tenía sobre la isla de Cerdeña.

Pero la brava isla de los sardos no era tierra que se pudiera otorgar simplemente con acuerdos, sino que quien la quisiera poseer debía tomarla por las armas, lo cual no realizó la Corona aragonesa hasta veintitrés años más tarde. El Rey Jaime II encargó la conquista a su hijo Alfonso V, quien reunió una gran escuadra, con la que desembarcó en Alguer, sometiéndola rápidamente, para marchar a Cálter desembarcar en Córcega, atacar Marsella, Túnez y hacer una entrada triunfal en Nápoles.

Génova provocó luego sublevaciones en Cerdeña, donde tenía muchos partidarios, y como no podía derrotar a las armas aragonesas con un ataque frontal, fomentaba el descontento en la isla. En el mismo Alguer ocurrie-

ron repetidas sublevaciones en favor de los genoveses, hasta que el Rey Don Pedro el Ceremonioso acabó la paciencia y, sin muchas ceremonias, dispuso la evacuación completa de la villa de Alguer, a la que llevó una población totalmente catalana, dando severísimas disposiciones para que «Ningú pugués fer mercaderia, ni vendre ni comprar en L'Alguer, sino fos catalá o aragonés». (Nadie pudiese hacer mercado, vender ni comprar en Alguer si no era catalán o aragonés.)

Los sardos, los pisanos, los genoveses, los venecianos... comenzaron a mirar como una villa prohibida y maldita aquella de Alguer, en la que no les era permitido comprar ni vender, estar de pie ni sentado, a quien no hubiese tenido la suerte de nacer poco menos que en Tarrasa.

A TAMBOR BATIENTE

Medida tan draconiana, que llegó hasta la expulsión de sacerdotes y frailes, hizo que dentro de las murallas de L'Alguer no se hablase más que el catalán y rigieran plenamente las costumbres y «Usatges» de Barcelona, de cuyas comarcas procedían la mayoría de sus nuevos pobladores.

En los libros del «Archivo Comunal» consta que un grupo de payeses del Pamadés llevó a L'Alguer la viña baja, el principal recurso económico de todo aquel campo, que conserva el método de cultivo tradicional y hasta el sistema de la «rabassa morta».

Vimos también divertidas historias sobre las incidencias de la nueva colonia. Los conflictos entre los «Consellers de la Veuería» y los canónigos de la Seo, cuyas relaciones llegaron a estar tan tirantes que los canónigos se negaron a incensar a los Consejeros en las ceremonias de la catedral.

Después de la expulsión de los sardos ya no hubo en Alguer sublevaciones, sino un gran entusiasmo hacia la Corona aragonesa. Por liberalidad de la nueva colonia se permitió que pequeños grupos de fuera de las murallas hicieran mercado dentro de la ciudad, pero siempre al anochecer se daba la señal a tambor batiente de que todo el que no perteneciera a la nueva población algeresa debía salir fuera, porque se iban a cerrar las puertas. Hasta el nuevo día nadie podía entrar ni salir del recinto a murallado, dentro del cual las rondas nocturnas ejercían su vigilancia. Hasta el Vi-

rey de Cerdeña tuvo que pasar una noche al descubierto por no llegar a tiempo y encontrarse las puertas cerradas, en una de sus visitas a L'Alguer que, con rigida vida militar, montaba su guardia como centinela de Aragón frente a la acechanza de los pueblos sardos, y como garantía de la presencia española en Cerdeña.

«BONITA Y BIEN ASENTADA»

Los privilegios, fueros y cartas pueblas fueron como una compensación a la inflexibilidad castrense de la vida de Alguer. El Rey Ceremonioso, el de la expulsión de los sardos, acordó la franquicia de la aduana algeresa, una especie de puerto franco del siglo XIV. También dispuso que temporalmente, los nuevos moradores estuvieran exentos del pago de cualquier derecho.

Los Reyes Católicos dieron a Alguer el título de ciudad e influyeron en la creación de su sede episcopal, que fué y sigue siendo la más extensa de Cerdeña.

Pero el momento más emotivo de toda la historia de Alguer es el de la visita de Carlos V, de paso para Túnez. Dicen las relaciones de aquel hecho que toda la ciudad se puso de puntillas para ver al Emperador Carlos, que había llegado al frente de una poderosa escuadra. Carlos V pasó por la población sobre un caballo blanco y en compañía del Virrey de Cerdeña salió a las afueras para contemplar, desde un altozano, la vista general de Alguer. Los cronistas municipales no ocultan su emoción de haber oído a Carlos V decir que Alguer era «bonita y bien asentada».

Todo el pueblo, en el día más solemne de su vida, se congregó frente a la casa del marqués de Albis, donde se alojaba Carlos V. Segadores, gentes de la viña, «rabassaires», menestrales... gritaron

MEDIO MILEC

«El hombre moderno, es decir, el hombre a partir del Renacimiento, está listo para que lo entierren.»

Conde Paul York von Wartenburg.

Las palabras arriba citadas del conde Wartenburg expresan a primera vista un gesto de mal humor; pero cabe abstraer del núcleo emocional y político, es decir, de la saña, un elemento superficial y, por tanto, desilusionado y claro. Cabe, pues, «formalizar» el todo que forman la expresión y el enunciado.

En la rítmica de los estilos de época unos estilos entierran, en efecto, a otros; pero con la diferencia de que si la tierra les come «por do más pecado habiann», unos son más pecaminosos que otros, y aun los pecaminosos tienen en su «haber» el haber provocado con su culpabilidad la purificación del estilo subsiguiente.

El movimiento rítmico se da siempre en la historia entre un estilo naturalista y un estilo «espiritualista». Salimos ahora del «gran año», del «gran eón» naturalista, que, con intermitencias, ha durado medio milenio. Desde el humanismo de 1945 hasta el innominado estilo que se inaugura con la paz precaria de nuestros días. Y conste que fijo fechas con propósito meramente simbólico, no exactamente cronológico.

tantas veces su «Visca l'Emperador!», que Carlos, Emperador de Europa, quiso hablar a payeses y menestrales tan entusiastas y, desde una ventana de la actual plaza Cívica de Alguer, fué enumerando los servicios que aquella población había hecho a España. Dicen las relaciones que el Emperador, emocionado, terminó con una frase que desbarataría para siempre a los mendigos algereses: «¡Sois todos caballeros!»

Nadie más se ha vuelto a asomar a aquella ventana, cuidadosamente tapiada, y en la que el pueblo de Alguer recuerda la frase generosa:

MAS FUERTE QUE LA MALARIA

Pero las relaciones del Archivo Municipal hablan también de que llegó un día el triste momento en el que el tambor de los catalanes de Alguer, especie de tambor del Bruch de los somatenes algereses, dejó de sonar para España. Un triste momento que coincidió con la hora en que por el Tratado de Utrech los delgados pífanos del almirante Rooke sonaban con la alegría de quien ve consolidada, entre columnas de Hércules, la infamia del monte de Tarik.

Los soldados españoles, los viejos tercios de Italia, se veían obligados por la diplomacia a abandonar Alguer, donde iba a dar comienzo una larga añoranza, tan viva en los primeros años de la dominación austríaca que cuando tiempo más tarde, la arriesgada política exterior del cardenal Alberoni intentaban reivindicar los antiguos dominios españoles de Italia, toda la población algeresa pareció despertar de un sueño pesado, y corrió la voz; la voz que por la calle comenzó a cantar una canción de esperanza:

«Aquest crit es arribat fins a la nostra platja. Catalans d'Alger, coratge, no olvidem nostre pasat»

Este grito ha llegado hasta nuestra playa. Catalanes de Alguer, coraje no olvidemos nuestro pasado.

El coraje, el valor de los algereses que invocaba aquella canción nostálgica, es el que hizo que la ciudad, azotada cien veces por la malaria, la gran plaga histórica de Cerdeña, conservara en pie su espíritu.

A veces quedaron sólo allí unos cuantos fuegos, unos cuantos hogares encendidos, pero la vieja comunidda volvía a surgir una y otra vez, como un ave Fénix que revive de sus propias cenizas. Y el fuego de «lo bell catalanesco», como dicen en Alguer, no se apagó nunca hasta nuestros días.

«DE LA BANDA DE PONENT»

Mis amigos del Archivo Comunal me acompañan en una visita más detallada de la ciudad. A la vieja sinagoga, a las fortificaciones, al puerto donde los pescadores conservan las palabras algeresas muy vivas y coleantes; a las tabernas más típicas... por todo el encanto de la vieja ciudad de Alguer, en la que casi todo es español, por catalán.

No se hizo ni se hace en Alguer una política demoleadora de los recuerdos aragoneses. La ciudad se engrandeció rompiendo el cerco de sus murallas, pero las torres históricas y las fortalezas se dejaron en pie.

La vida moderna ha penetrado en el recinto de Alguer produciendo sus contrastes. Desde hace solamente cinco años, el peligro de la malaria ha sido totalmente eliminado gracias a la siembra de D. D. T. realizada por los norteamericanos. Todas las casas de L'Alguer tienen su letrero con el «D. D. T.; O. K.», y la correspondiente fecha en que fueron desinsectadas.

Los destrozos de la guerra pasada, en la que Alguer sufrió fuertes bombardeos, han sido reparados o reconstruidos. Se han

colocado boyas en los escollos; en aquel escollo de «Lo Traidor», que hace años hizo hundir un barco valenciano, cuya tripulación recibió el agasajo de los algereses, a quien habían emocionado oírles hablar su idioma. «¡Son catalans!», había corrido por L'Alguer, y todo el pueblo se volcó a la playa.

Por encima de los años y las generaciones, la asombrosa vitalidad de Alguer mantiene vivo su espíritu, pese a estar separado de todo influjo cultural nuestro. El algerés permanece en pie en medio de los dialectos sardos y los asaltos del italiano literario. Un grupo de poetas y artistas fomenta la vieja cultura del «seny», del sentido, que distingue al hombre de la «vendetta» que también mantiene sus tradiciones en las agrestes montañas del Orgòsolo, del payés de L'Alguer, que, con buen golpe de hoz, siega tranquilo en el valle.

La vida es allí sencilla. Sólo a la sencillez de los payeses de Alguer se les podía ocurrir una cosa que vi, casi al momento de marcharme, y que aun me tiene preocupado: rifar a un santo.

Con sus magníficas ingenuidades se mantiene ese enclave cultural y lingüístico en Cerdeña. Las «fuerzas vivas» del espíritu algerés me lo dijeron al despedirme. No debemos preocuparnos mientras en el viejo Alguer de nuestra cultura haya madres que querman a sus hijos con canciones como la del «Tona a ta mare...», o esa otra, que también oímos, que dice:

«De la banda de Ponent, hi ha una terra llunya, llunya... Por el lado de Poniente, hay una tierra lejana...»

Estrofas con las que queremos se pierda este reportaje, como cuando desde el barco, perdimos de vista L'Alguer. Estrofas cuya rima sabrá más o menos completar el curioso lector.

EL NATURALISTA

Por Francisco Maldonado

El gran «eón» naturalista ha tenido oasis espiritualistas; tal el barroco y la Romántica; pero el trasfondo abarcador y anegador, a la postre, mantuvo siempre, a partir del nominalismo medieval, un tono naturalista. Nominalista fué el movimiento posmedieval de París, y lo fué asimismo el representado por Maquiavelo, Bacon, Hobbes y Descartes. Estas rúbricas personales y simbólicas disuelven la mecánica del cielo en un Dios lejano y deista. No conocen «organismos» ni estratificación del ser; no conocen imágenes, réplica ni analogía.

La Reforma protestante sintonizó con esta actitud, dándole una apariencia religiosa. «En la doctrina de la Reforma—dice Hegel—, el proceso de la salvación sólo emerge dentro del corazón y del espíritu. En esta doctrina quedan suprimidas todas las exterioridades, todas las multivarias formas y ramificaciones de la servidumbre.» Es decir, queda suprimida la esperanza, la expectación humilde y analógica de la criatura para con el Criador. Queda suprimido el allende. El allende entraña un Dios lejano y cercano: en el corazón, para amarlo; en la altura, para adorarlo. ¿A qué llama Hegel el corazón, sino al mundo hecho uno y lo mismo con el corazón?

Después de la Edad Media Dios no está enteramente cercano al mundo: Dios está en el mundo, y ya no más allende el mundo y allende la

historia. El Dios que el espíritu pone allende de sí mismo, que busca en sí mismo y que allí lo encuentra, aunque no enteramente, Hegel lo sustituye por la immanencia. La Razón absoluta anhela ahora su mundo presentáneo, su immanencia.

Pero como nada muere sin compensación de vida, la nueva espiritualización que ha de venir deberá gran parte de su originalidad al descubrimiento hegeliano de la historia. «Señales son del juicio» con que la historia ha de juzgar a la historia las ofensas y ataques de desintegración de la sustancialidad que han caracterizado a la filosofía historicista en su impetu de disolver toda sustancialidad en la historia. Serán señales inequívocas del tiempo nuevo espiritualizado el aprovechar todas las cavilaciones anteriores, para dejar firmemente fundado el hacerse histórico precisamente en la aceptación fecunda de la sustancialidad. La filosofía moderna ha cerrado su ciclo en el movimiento nietzscheano desintegrador de la metafísica. Nietzsche es en este sentido el Buda de nuestro tiempo. La metafísica europea empieza en Descartes y acaba en Nietzsche, como la novela moderna abre su ciclo en una obra desintegradora: «El lazarrillo de Tormes», y lo cierra en un autor radicalmente desintegrador: en Proust.

En el océano naturalista, que dura quinientos años, emergen a veces islas y tierras que son como

«enclaves» de espiritualidad, estilos espiritualistas, como el barroco; estilos semiespiritualistas, como la Romántica. Y en estos estilos, cercados y, a la postre, anegados por un mar invasor e inexorable, se yerguen grandes y eminentes figuras, que aún no han acabado de decir su palabra. Tales, Cervantes y Leibniz, Keplan y Goethe. Pensamiento orgánico contra mecánico; tal fué la palabra de estos hombres, aún no escuchada y estudiada del todo. El organismo, entrañador de la naturaleza, es multivario y no unívoco: es «analogía».

La moderna biología sabe enlazar arquetipos y causas; sabe contemplar un ser estratificado y multitiseno, como indicativo del Todo.

La Física moderna, que piensa la mecánica con una fineza que yo llamaría espiritual, está hoy, por la teoría de los quanta, en la frontera divisoria y dimisoria de la mecánica naturalista y clásica. La actitud que yo creo adivinar en físicos y biólogos es de reverencia. Esto es aún más visible en la matemática intuitiva, es decir, vital y orgánica, de Brouwer, Heitng y Mannouri. En ella la admisión del término—tercero—incluso es exponente claro de la analogía. El término tercero expectado es analogía y esperanza.

Acaso la figura barroca más representativa, por su poder de resurrección en el tiempo nuevo, sea la de Keplero. Nada más sugestivo que la audición del eco actual y actualizante que nos viene de la voz de Keplero, que vió la naturaleza como un organismo animado por la semejanza—no unívoca—de Dios. Nada hay en el pensamiento de Keplero que se parezca a la mecánica del Cielo con su Dios deístico y solamente lejano o enteramente confuso: Dios, que disuelve todo ser en movimiento y junción, en legalidad matemática, sólo expresable numéricamente; pero que ya no conoce «imagen y semejanza» ni analogía.

«Aquí echo mi dado—dijo, y estampó al coronar su empresa—; aquí echo mi dado y espero sin prisa a que los hombres reconozcan mi obra. Bien puedo esperar cien años, y más, ya que Dios ha esperado miles de años a que yo descifre el enigma puesto por El en el Universo.»

Quien habla así de Dios lo siente cercano y lejano a la par. Cercanía y lejanía es la esperanza y la reverencia. El mismo, poderoso y reverente a la par, decía también que su pugna más denodada estaba en tocar en su interior el mismo Dios que tocaba con la mano en el Universo.

Acerca del eco actual de Keplero, dispongámonos a oír estas palabras del inglés Eddington, dichas en 1930, con ocasión del aniversario tricentésimo de la muerte del astrónomo:

«Hemos vuelto a algo parecido al semblante del universo contemplado por Keplero, de suerte que la música de las esferas ya no es su parada y ensordecida por el ruido de las máquinas.» Y conjugemos estas palabras, como hace Theodor Steinhüchel en su obra sobre el maestro Eckehardt, con estas otras de Friedrich Weizsäcker, que datan de un año crítico, de 1943:

«El terror ante la verdad deslumbradora, ante el abismo que contemplamos, cuando se nos pone enfrente lo real que no hemos hecho nosotros, y se nos pone de una vez y de modo incuestionable, está cerca del temblor del hombre ante Dios.»

¿Pero es posible que las anteriores líneas del presente artículo puedan ser tomadas en el sentido de su nuevo y trasnochado tradicionalismo, en el sentido de que soñamos con un estilo presidido autocráticamente por Suárez y por Leibniz, por Keplero, por Goethe y por Cervantes?—Absit.

Hay algo permanente que hace al hombre, hombre, y esto es, no su arrogancia naturalista, sino su naturidad, es decir, su creaturidad, su carácter teódrico, que le liga con Dios en la libertad y en la esperanza. La misma filosofía del riesgo y de la inseguridad ante la cultura como seguridad, y como cuita por la seguridad expuesta en esta desolada y esperanzada meseta de Castilla por nuestro Ortega y Gasset, antes y a la par que los filósofos europeos de la existencia: el mismo riesgo, y el riesgo en sí mismo, implica salvación. Sin salvación no hay apetencia de riesgo, ni ensayo; y, a la inversa, sin riesgo no hay salvación. La



Retrato de Mahometo II, conquistador de Constantinopla, enterrador del Imperio Cristiano de Oriente y de la Edad Media



Vieja muralla de Constantinopla. La gran brecha abierta hace ahora quinientos años a la invasión del Islam



Una vista actual de las murallas de Estambul, en la zona que, hace cinco siglos, conmovió la carga de los genizaros

salvación no sólo es correlato del riesgo, sino la coronación de su proceso auténtico.

Pugna por la salvación el que arriesga, y no por el fracaso que puede sobrevenir. Sirva la enorme experiencia de los fracasos en la historia, que no tuvieron otros estilos para que arriesgase más el estilo presente: el estilo a que aún no hemos sabido dar un nombre. Y, a fin de cuentas, el lanzamiento, es decir, el lance de la salvación es lo que salva.

LA SELECCION DE LOS MANDOS

EL LIBRO DE LOS REYES CATOLICOS

Por Juan BENEYTO

SI la fortuna política pende de la mano de Dios, su Providencia deja participar al hombre en no pocas cosas. Todo podría deberse al milagro; pero un milagro continuo derrocaría su propio concepto y convertiría al ser libre en mecanismo elemental.

Por eso la política tiene sus normas, y de ellas las más importantes se refieren al pueblo y a los mandos. Desde que surge el Estado ya no todo estriba en el príncipe. Fray Francisco de Vitoria dirá: «De nada le sirve al Rey ser prudente si sus súbditos son imprudentes». La representación del pueblo y la selección de los que lo gobiernan creo que son las dos zonas neurálgicas. Dejando por hoy la primera, miremos a la segunda, aunque apenas sea sino por verla más ligada a la hispánica gente de los Reyes Católicos.

Isabel y Fernando constituyen el término de la evolución política medieval, y en ellos culmina aquel mundo y se abre el moderno. Son artifices de una nueva era; pero lo son con sentido de tradición, conscientes de las preocupaciones que se dibujaban en el horizonte deseído por la crisis del siglo XVI. Y así, el «menosprecio de los idóneos», que rotulaba para el pensamiento medieval la falta de atención en la selección de los mandos, es objeción a la que dan pronta respuesta con el famoso libro de que se hizo lenguas la fama de los dos.

Antonio Agustín y el doctor Galindez, Furió Ceriol y Bermúdez de Pedraza, las Instrucciones de los Comuneros y las Cortes de Valladolid aluden y elevan aquel singular documento de prudencia política. El texto más difundido es, clertamente, el de Galindez de Carvajal: «En su hacienda pusieron gran cuidado, así como en la elección de personas para cargos principales de gobierno, justicia, guerra y hacienda, y si alguna elección se erraba (que sucedía pocas veces), al punto la enmendaban, no dejando crecer el daño, sino remediándolo con presteza. Y para estar más prevenidos en las elecciones tenían un libro, y en él memoria de los hombres de más habilidad y mérito para los cargos que vacasen, y lo mismo para la provisión de obispados y dignidades eclesiásticas.»

Antonio Agustín, el insigne humanista, arzobispo tarraconense, en un volumen misceláneo que se conserva inédito, atribuye el libro al cuidado de la Reina: «La Reina Doña Isabel tenía un libro en un cofre, del cual tenía siempre la llave. En este libro escribía los nombres de las personas que merecían obispados, consejos y audiencias, corregimientos y otras cosas tales. Y antes que estuviesen vacantes recibía información para cuando vacaban. Escribía la calidad de cada uno y los servicios señalados que le hacían para hacerles mercedes.»

Bajo Carlos V, las Cortes de Valladolid de 1537 piden al Emperador que continúe practicando tal información secreta atribuida a sus abuelos, pues «un tal libro conviene». Y según añaden, «es más necesario a Vuestra Magestad por tener más reinos y señoríos». El mismo tema bulle concretamente en Bermúdez de Pedraza, y sin tan explícita alusión, en las Instrucciones de la Junta abulense.

Choca, pues, que desde el término de la Monarquía carlina se vaya olvidando que esa admirable práctica fué ejemplo elogiado en los Reyes Católicos. Se sigue, con todo, hablando del libro. Y el beato Juan de Avila y el consejero Furió nos lo

ofrecen como aspiración y sugerencias. En el Apóstol de Andalucía suena a consejo de confesor; en el político valenciano es mezcla de humanismo y realismo. «Sería cosa conveniente—dice el beato al Rey—que Su Magestad tuviese lista de caballeros que hay en su reino, hábiles para ser correidores, y de los letrados para ser jueces, y estándose ellos en sus casas entendiendo en sus haciendas y oficios, fuesen elegidos sin haberlo procurado ellos. Evitaríanse—agrega—muchos males y procurarían todos de ser virtuosos y doctos, sabiendo que esto habría de ser parte para ser elegidos, aunque les faltase el favor y otros medios que agora se usan»... Furió proyecta: «Infórmese bien. No se contente con los que conoce de palacio y mande a sus lugartenientes de provincias que hagan investigación en su Gobierno para buscar a los hombres mejores y más hábiles que se hallaren para ello y que le envíen listas con sus nombres»...

Bajo Felipe III suena esa misma preocupación en Fernández de Navarrete. Uno de los discursos de su «Conservación de Monarquías» versa sobre la cuestión de esa multitud de pretendientes que invade la Corte porque la negociación se antepone a los méritos. Y señala: «Es justo que los Reyes tengan un libro en que se escriban los servicios y partes de sus vasallos.»

Quede al sociólogo el estudio de la honda problemática de la psicología colectiva en torno a la selección de los hombres de gobierno. El aprendiz de historiador que pergeña estas líneas se ve atraído por la búsqueda de las raíces doctrinales. Sobre los álbumes romanos, con los «tesserati» y los «allecti», rusos y venecianos tenían libros de oro con el «Who is who» de la nobleza; pero aquí no se trata de guías palaciegas, sino de nóminas de esclarecidos ciudadanos. Hay en la ocasión de los Reyes Católicos, culminación de la exaltación prehumanista de los idóneos, y argumentos biblistas. Por lo menos, las alusiones de Antonio Agustín y del licenciado Navarrete, siendo diversas, no pueden dejar de caer en este mismo saco. Antonio Agustín explica: «En el Libro de Esther hay una cosa semejante de otro libro de un rey que escribía los servicios, señalados de cada uno, y las mercedes que les había hecho.» Fernández de Navarrete menciona a Asuero y a Nabucodonosor. Ayuda a imaginar este mismo origen la presencia del tema en el beato Juan de Avila, hombre conducido hacia la Biblia por fervores raciales y misionales.

Pero no se debe dejar de lado la posibilidad de que tal idea resulte calcada de la de aquel Libro de la vida donde estamos inscritos todos los hombres. A la omnisciencia de Dios se superpondría, por una de tantas transposiciones a las que el morbo del Poder nos tiene acostumbrados, la omnisciencia del político o del príncipe. Ello nos llevaría además a una conclusión que es consecuencia de gran valor parenético: El príncipe sabe quiénes trabajan, conoce a sus súbditos porque los ve inscritos en aquel libro. De nuevo los Ojos de Dios, que tanto impresionan en el símbolo del Padre, asomarian aquí mundanizando el texto de Jeremías: «Grandioso eres en tus consejos—dice el profeta al Señor—e incomparable en tus designios: contemplando están tus ojos todas las acciones de los hijos de Adán para retribuir a cada uno según sus obras y según su mérito.»

A esta raíz se unió, a mi modo de ver, el elemento moral que deriva de las normas de la justicia distributiva, en la cual nuestros teólogos—Vitoria y Soto mejor que nadie—dieron tan amplia y siempre vigente lección. Con rotundidad realmente que escalofraba, la consideración de este tema de la accesión y de la selección para los puestos públicos adquiere en aquella escuela, sobre la consideración del Doctor Angélico, una fuerza que debió de impresionar a los príncipes del siglo XVI. Más aún: además de lo moral y de lo bíblico, también pudo jugar su baza la cultura humanista. La idea de figurar en un libro como en documento de amistad es resultado de la costumbre del cruce de las cartas entre los estudiosos. De esta manera, cuando Nebrija dedica al obispo Fonseca su «Lexico de Derecho civil», tras advertir debilitadas sus relaciones con silencios tan prolongados, concluye: «Adiós, Padre clementísimo, y mandad que vuelva a ser puesto en aquel libro en que me inscribisteis en vuestra infancia y del que me había borrado el olvido de tantos años.»

MADRID

SEGUNDA CIUDAD INDUSTRIAL DE ESPAÑA

VEINTE MIL INDUSTRIAS MADRILEÑAS EN 1953, CONTRA SIETE MIL NOVECIENTAS TREINTA Y SIETE EN 1940
 300.000 OBREROS TRABAJAN EN ESTE CRECIENTE CINTURON INDUSTRIAL
 DOS MIL EMPRESAS INDUSTRIALES QUE TRIBUTAN POR LA TARIFA III DE UTILIDADES

TOPOGRAFIA DEL SUBURBIO

A lado y dentro del Madrid que conocemos por las crónicas bullía y actuaba otro muy diferente, que no usaba levita ni sombrero de copa, ni tomaba parte nunca en las reuniones de la «sociedad», en las que lucía sus galas el Madrid aristocrático y distinguido.

Era una especie de ciudad periférica, que tenía puesto a la otra, a la oficial e importante, un doble cerco de miseria y de resentimiento. Pero todavía, entonces, las «reivindicaciones» apenas habían hecho mella en esta zona inferior, y la existencia de sus moradores se deslizaba obedeciendo a su propio ritmo de libertad, holganza y picardía, bien hallados con su vida sin trabas.

¿Por dónde extendía sus reales este Madrid pintoresco y suburbial? Pío Baroja, que lo conocía bien, va a servirnos de Baedeker, actuando de puntual «cicerone», con aquella retina implacable que supo captar exactamente los perfiles de esta infraciudad en «La busca», escrita hace ahora justamente medio siglo.

«Su radio de acción era una zona comprendida desde el extremo de la Casa de Campo, en donde se encuentra el Ventorro de Agapito y las Ventas de Alcorcón, hasta los Carabanchales; desde aquí, las orillas del Arroyo Abroñigal, la Elipa, el Este, las Ventas y la Concepción, hasta la Prosperidad; luego, Tetuán, hasta Puerta de Hierro.»

Pero el centro de actividad más importante, y el lugar en que se aglomeraba y, a su modo, vivía, la gallofa era la zona comprendida al sur de las Rondas y el Portillo de Embajadores, es a saber: las Injurias, las Peñuelas, el paseo de las Acacias y la porción comprendida entre el paseo Imperial y el de los Ocho Hilos, bajando desde la Puerta de Toledo hacia el río.

LOS HABITACULOS

Desde la casa de vecindad, modesta y sórdida, con cuartos en que por un duro al mes se hacinaba una familia, hasta la cueva y la chabola, todas las formas de la arquitectura de urgen-

cia lucían los deplorables florones de sus módicos acomodados.

No lejos del paseo de las Acacias, en pleno barrio de Las Peñuelas, corazón de la picardía madrileña, se encontraba el «Corralón del tío Rilo». De los lados del callejón de entrada subían escaleras de ladrillo a galerías abiertas, que corrían a lo largo de la casa en los tres pisos, dando la vuelta al patio... Entre la cal y los ladrillos de las paredes asomaban, como huesos puestos al descubierto, largueros y travesaños, rodeados de tomizas reseca. En un ángulo del patio se levantaba un montón de trastos inservibles, cubiertos de chapas de zinc; se veían las puertas y tablas carcomidas, escombros, ladrillos, tejas y cestos: un revoltijo de mil diablos. Todos los grados de la miseria hallaban cobijo y tenían representación en aquella serie de chiritibiles, en que moraban docenas de familias. El patio, casi siempre encharcado por el agua que vertían al lavar las mujeres, despedía un olor fétido, aunque no tanto como otro interior, al que se llegaba por un estrecho pasillo.

Más modesta era la cueva del Cojo, en el Cerrillo de San Blas, en la que alquilaba «habitaciones» a la Rubia y la Chata, que tenían su clientela en el cuartel de María Cristina.

Y una especie de mansión aristocrática, dentro del género, era la casucha del señor Custodio, el traperero, donde vivía con su mujer y su perro «Reverte», mas el asnillo que tiraba del carro en que recogía la basura. Estaba situada entre el puente de Segovia y el de Toledo, no lejos del comienzo del paseo Imperial, en una hondonada negra en la que se alzaban dos o tres chozas miserables. Su mujer, a fuerza de limpieza y orden, había convertido aquel cubil en una aceptable morada.

Pero la vida libre de aquellas gentes apenas transcurría entre las paredes de su habitáculo. Era la calle, el descampado, las tapas de corrales y huertos su campo de actuación. La calle y la taberna. Típica era la taberna de la Blasa. Estaba en las Injurias, en una casita baja, con un zócalo oscuro y una puerta de

cristales rotos, empañados, compuestos con tiras de papel. Un quinqué de petróleo, colgado del techo bajo, con una pantalla blanca, iluminaba aquel pequeño recinto, módico reposadero de una humanidad que apenas conocía el descanso, aunque había hecho votos de perpetua holganza.

TIPOS

Porque dentro del abigarramiento de aquellos bajos fondos, ricos en variedades diversas de ocupaciones e «industrias», había una perfecta unidad en cuanto tocaba al desprecio del trabajo y al amor a una libertad hecha de cinismo estoico, bravura temperamental y rebeldía contra toda norma.

Una especie de clase distinguida estaba constituida por los que se sujetaban al yugo de un oficio regular. Así el señor Ignacio, el zapatero, dedicado a deshacer calzado viejo, vendiendo los subproductos resultantes, y Rebollo, el huésped del «Corralón del tío Rilo», que todas las mañanas cogía su banqueta, su vacía y su cartel y montaba su «tienda» al aire libre en las Américas del Pasto, anunciando así su establecimiento:

**Barbería modernista,
 barbería antiséptica.
 Pasar, cabayeros;
 Reboyed afeitado
 y da dinero.**

Pero la mayoría de los habitantes del suburbio castizo era gente del bronce, a vueltas siempre con los «guindillas» y la Policía. Así, el «Pastirín», que sacaba los cuartos en la Ribera de Curtidores a los paletos que por allí caían, con el juego de las tres cartas o de las tres damas; el «Bizco», ali-mañá incivil, que violaba a los catorce o quince años a las adolescentes del barrio, en compañía de Vidal, el hijo del zapatero, que prefirió esta vida de libertad anárquica a permanecer sentado desclavando zapatos en la tienda de su padre; el «Valencia», matón profesional y descarado, que vivía a costa de la «Paloma», compañera de fatigas de la «Muerte», una borracha que fumaba entre blasfemias a la entrada de su cuarto en el destaralado «Corralón».

PRIMITIVISMO PASIONAL

Rasgo común, aparte el odio al trabajo disciplinado, de toda esta fauna suburbial, era un primitivismo absoluto, en lo que se refiere a la contención y embriamiento de instintos y pasiones. Las tendencias elementales irrumpían en sus almas con fuerza de ciclón, avasallándolo todo. De ahí el libertinaje sexual, la debilidad del pudor, la rueda trágica en que giraban de continuo, mordiéndose la cola, el amor y la muerte. Un amor reducido a la ciega llamarada de la atracción física y bestial. Una muerte que asomaba de súbito su calavera y su guadaña entre tintineo de vasos de vino, rasguear de guitarras y jipios de cante jondo. Los celos, hiperestesiados en un ambiente de majeza y animalidad, armaban prontamente las manos membrudas con puñales y navajas de muelle.

Buen ejemplo de esto lo ofrece la lucha entre Leandro y el Valencia en la taberna de la Blasa. La provocación, los celos y el desafío mediante el insulto soez hicieron terminar en farsa de perdonavidas cobarde lo que pudo ser tragedia feroz, en una bacanal de instintos desatados.

En una atmósfera caldeada así por los vahos caliginosos de la pasión indisciplinada eran frecuentes los crímenes más tremendos, y las gentes del suburbio paladeaban sus incidentes con una mezcla de delectación y de envidia, al no haber sido ellos los protagonistas triunfadores. Comidilla de porteros, serenos, aguadores y flores del hampa fueron por entonces los crímenes de la calle de Malasaña, de las Peñuelas y de la calle del Amparo. En el primero, los autores, para robar las alhajas a doña Celsa Nebot, después de matarla, rociaron con petróleo su cadáver, prendiéndole fuego. En las Peñuelas, un organillero cosió a puñaladas a una amiga por una mala palabra. En la calle del Amparo, si hemos de creer a don Pío, Leandro, el hijo del señor Ignacio, el zapatero del «Corralón del tío Rilo», mató a puñaladas a su antigua novia y a su amante, suicidándose después.

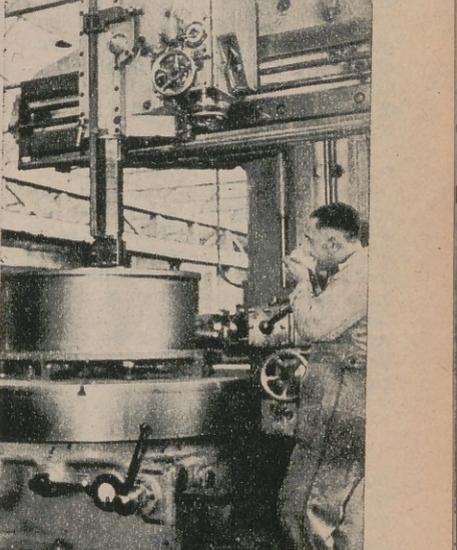
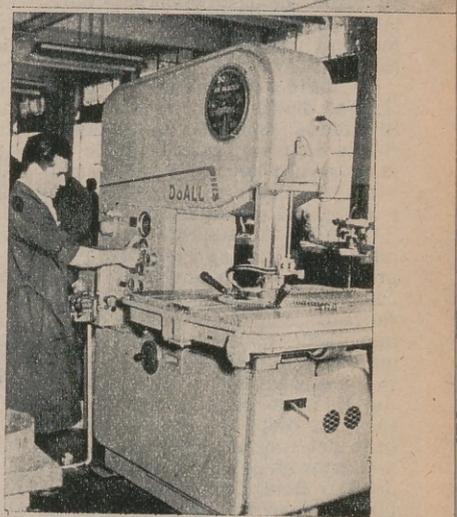
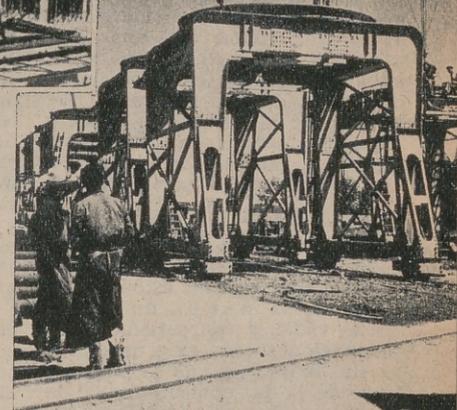
La donceller de las muchachas y el recato de las mujeres no era lo corriente en aquellos ambientes. En el verano los habitantes del «Corralón» dormían en el patio o en los pasillos, medio desnudos, en la mayor promiscuidad, sin que las mujeres sintiesen rubor. Vidal y casi todos los de su edad, muchachos de catorce o quince años, tenían sus novias entre las chiquillas de la casa.

CONTRASTES

No siempre la ciudad de los sa-raos y las reuniones del gran mundo ignoraba a aquella otra, pululante y astrosa, de los barrios bajos y los suburbios infectos. A veces se acercaba a ella, no sólo en forma de agentes de la Autoridad, dispuestos a mantener el imperio de la Ley, sino a guisa de protección caritativa, cumpliendo los mandatos del Evangelio.

Baroja nos describe, en un aguafuerte magistral, una procesión de mendigos que se reunieron en «la Doctrina», una casa a la que se iba por el camino alto de San Isidro, pintada de rojo y con una gran verja. Los menesterosos «salían de las Cambroneras y de las Injurias, llegaban al paseo Imperial y de los Ocho Hilos y, ya en filas apretadas, entraban por el puente de Toledo y seguían por el camino alto de San Isidro.

Ciegos, cojos, mancos, tullidos, jorobados, deformes de todas clases y tipos, vestidos con anguarinas, blusas, chaquetas remendadas... «Algunos andrajosos llevaban a la espalda sacos y morrales negros; otros, enormes cachiporras en la mano; un negrazo, con la cara tatuada a rayas profundas, esclavo, sin duda, en otra época, envuelto en harapos, se apoyaba en la pared con una in-



diferencia digna. Por entre hombres y mujeres correteaban los chiquillos, descalzos, y los perros, escualdidos, y todo aquel montón de mendigos, revuelto, agitado, palpitante, bullía como una gusanera.» «Formáronse grupos alrededor de los árboles del patio, en cada uno de los cuales colgaba un cartelón con una imagen y un número en medio.» En el centro de cada corro se colocó una dama de la aristocracia, que les explicó el catecismo. A veces regalaban sábanas a las viejas mendigas, muchas de las cuales las vendían luego por un chulé.

FELICIDAD A BAJO PRECIO

Toda esta fauna asocial se regodeaba en su libertad, contentándose con tener el estómago, si no lleno, al menos no enteramente vacío, y con satisfacer sus inclinaciones más exigentes, fuera del marco en que la urbe de fines de la Regencia hablaba de Silvela, del «regeneracionismo» de Costa, de las fiestas que daba la duquesa de Nájera o de la inminente mayoría de edad de Alfonso XIII.

El mundo del suburbio no entendía de tales complicaciones. Situado a espaldas de la Historia, se conformaba con que le dejasen seguir viviendo su libertad y su holgazanería bajo el ancho y claro cielo madrileño.

Cuando el hambre apretaba más de la cuenta quedaba siempre el recurso de acercarse a un cuartel en busca de las sobras del rancho. Así, hambriento, llegó una tarde Manuel a la cola de mendigos que esperaban el reparto en el cuartel de María Cristina. El mozo comió hasta la harta un plato y otro de las sobras del rancho. Luego se tendió a dormir en los altos del Cerrillo de San Blas. Un cielo azul, en el que flotaban nubes blancas, como vellones desprendidos de algún rebaño gigantesco, le servía de palio amoroso. La temperatura era suave y un ligero cefirillo hacía más grato el descanso allí, cara al campo anchuroso y al firmamento infinito.

Manuel durmió varias horas, reposando anteriores fatigas. Durmió y soñó. No sabemos cuál fué su sueño. Acaso el subconsciente le trajo por ignotos caminos ecos de las voces de Lazarillo y Guzmán, flecos de una España que cada vez nos gusta menos y que todavía a comienzos del siglo XX lucía las mustias flores de trapo de un pintoresquismo opuesto al rigor y al amor que queremos.

LA PEQUEÑA INDUSTRIA MEDIEVAL

Y ahora, lector, unas breves noticias históricas, pero no insuficientes de datos e información, que te mostrarán el desarrollo de las industrias madrileñas desde los tiempos de la primitiva villa medieval, que acaba de dejar de ser sarracena, hasta los comienzos de este siglo. Y más, y esto importa más. Tras el continuo, pero muy lento desarrollo de las industrias madrileñas a lo largo del primer tercio de este siglo XX—ascenso penoso, tenaz, empero—, el fuerte salto, la extraordinaria mutación y crecimiento que han logrado las matritenses

EL ESPAÑOL.—Pág. 20

industrias de 1940 a 1953, pasando de ser en número de 7.937, en aquel año, a 20.000, en números redondos, en el presente, al amparo del vigoroso clima de paz social actual.

Ya el Fuero Viejo de Madrid, atribuido a Alfonso VIII, demuestra la existencia en esta Villa de algunas industrias en el año de 1202. Pero es en 1351, con el llamado Ordenamiento de Pedro I, cuando se observa la existencia de una industria madrileña de cierta consideración. En este Ordenamiento se dan normas sobre huelgas, jornada obrera, contratación laboral, salarios y precios; se regulan los jornales y la jornada de los peones, etcétera, en demostración de la amplitud industrial de la Villa.

En el siglo XV, en cuya fecha concreta de 1450 Madrid contaba con una población de 10.000 habitantes, de los cuales 300 eran vecinos industriales, se cuentan entre las industrias locales más extendidas las de curtidos, la textil y su derivada del vestido, la del cáñamo, la química, con fábricas de candelabros, velas y tintes; la metalúrgica, que contaba hasta con un número de catorce talleres entre los armeros, cerrajeros, herradores y plateros; la de la madera, con industrias dedicadas a la fabricación del carbón vegetal, leñadores, carreros, carpinteros y silleros; la de la construcción, con tejas, ladrillos, cales y yesos, y destacando de to-

das, por la fama de su calidad, la quesera.

LA INDUSTRIA GREMIAL DE LOS SIGLOS AUREOS

Para los siglos XVI y XVII se reseña un buen auge de la industria madrileña. En la metalurgia, la «Escuela de Madrid», dirigida por Alonso Martínez de Espinas, es famosa en el mundo entero. En las Artes Gráficas, pese a que Madrid establece bastante tarde su primera imprenta—año de 1566—, alcanza gran esplendor. En esta misma fecha se edita el primer libro madrileño, «Los Proverbios», del marqués de Santillana. Fueron famosas muchas de las cien imprentas con que poco después contó la villa de Madrid. De ellas destacó la de Pedro Madrigal, de la que salieron, dirigidas por Juan de la Cuesta, la edición príncipe del «Quijote» y la de las «Novelas Ejemplares», de Cervantes. También al comienzo del siglo XVII, y en el año de 1608, salió a luz la primera especie de periódico que se conoció en esta ciudad, llamado «Relaciones, Cartas y Avisos».

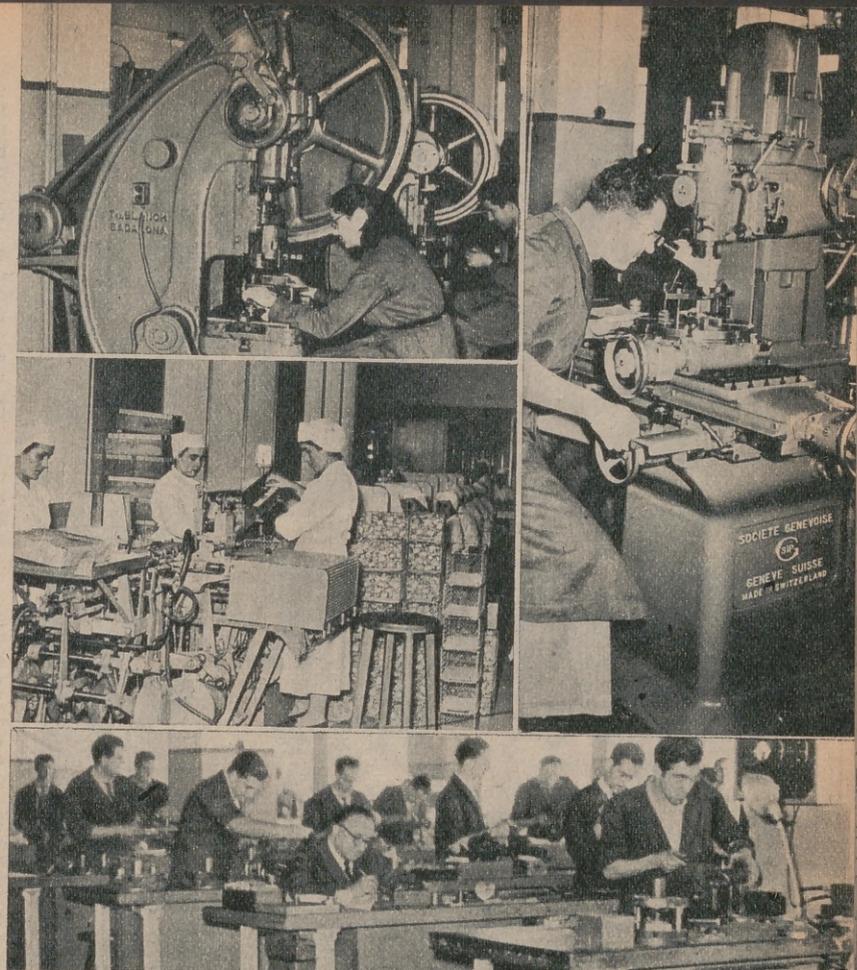
Dentro de un florecimiento general de todas las industrias madrileñas en esta época, como lo demuestra el hecho de la proliferación de los Gremios, surgidos de la necesidad de dar organización a las distintas actividades laborales, encontramos con brillo especial la de la cons-

trucción. La inmensa obra que se le ocurrió erigir a Felipe II, en la falda del Guadarrama, el monasterio de El Escorial, dió amplia ocupación a todos los Gremios que de esta actividad vivían. Es curioso reseñar que en esta época, y en esta obra, los albañiles ganaban un jornal diario en reales de vellón, que equivalía a tres pesetas de la actualidad, y un aparejador, una equivalencia anual de mil pesetas.

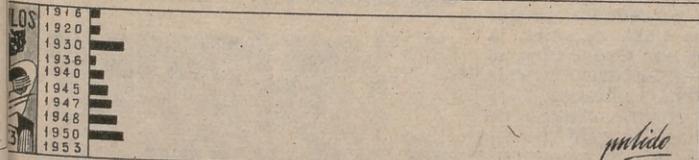
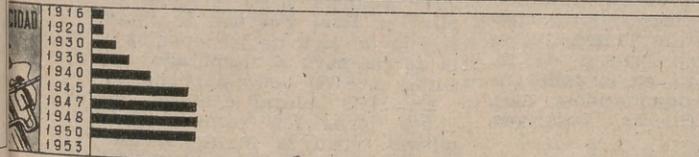
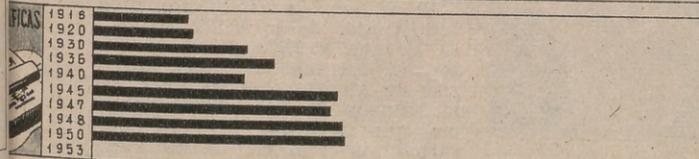
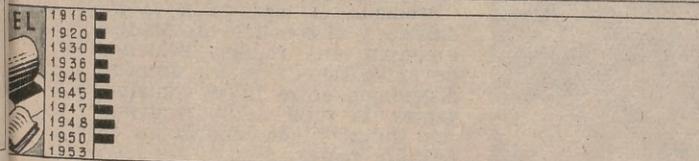
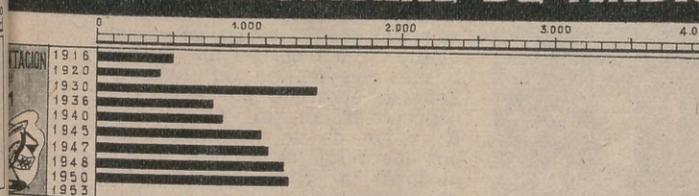
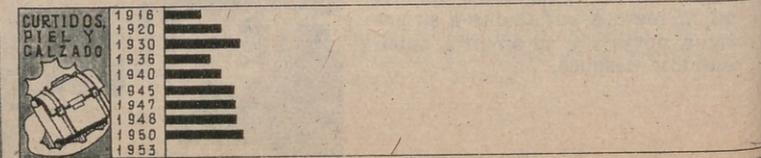
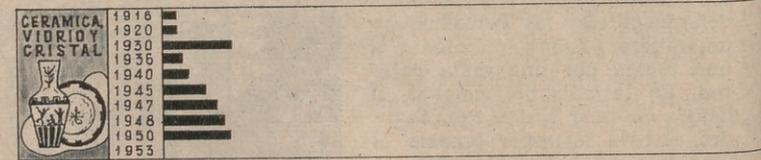
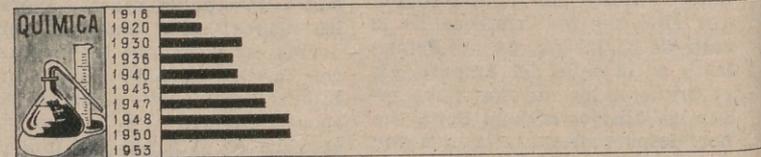
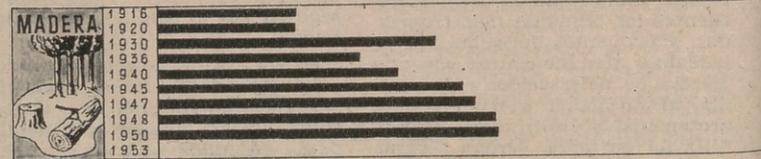
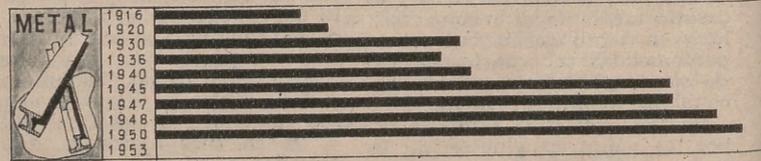
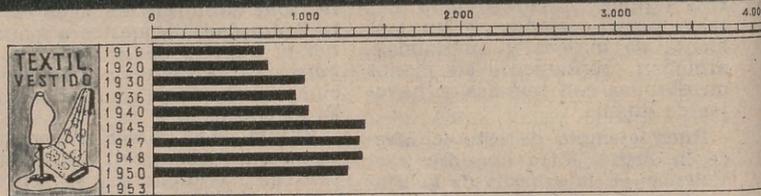
La esplendidez en que vivía por este tiempo la industria del vestido y el tocado lo demuestran las innumerables Pragmáticas que dieron los Reyes contra el lujo.

El mundo entero vivía y hablaba como se vivía y hablaba en Madrid. Así es fácil suponer el auge alcanzado por este tipo de industria. Tan interesante resultaba esta ocupación, que en las Cortes de 1573 se llegó a pedir que se prohibiese a los hombres en general dedicarse a tal industria, «ocupados—decía aquella petición—en este oficio y género de vivienda de coser, que había de ser para las mujeres, muchos hombres que podían servir a Su Majestad en la guerra, dejaban de ir a ella y dejaban también de labrar los campos y criar ganados en los lugares principales, teniéndolos por más descanso y holgazan género de vida que estotro».

Curtido, piel, calzado, alimentación y bebidas, cobraron en este tiempo importante desarrollo.



GRAFICOS COMPARATIVOS DEL DESARROLLO INDUSTRIAL DE MADRID





La panadería, ya entonces, era un claro ejemplo de localización industrial. En la zona llamada de Villa Nueva, entre las Puertas de Alcalá y Recoletos, se concentró toda ella, siguiendo el uso que encontramos a todo lo largo de la Edad Media, según nos muestra la historia gramial, y más concretamente en Madrid, la denominación de muchas de sus calles, algunas de las cuales aun siguen conservando el nombre que las hizo famosas, originado por la actividad industrial en ella establecida. Así, en una enunciación rápida, sabemos de nombres como los de Cuchilleros, Milanese (donde dos hermanos de Milán tenían famosa industria de relojería), Latone-

ros, Platerías, Yeseros, Tenerías, Ribera de Curtidores, Jacometrezo (por Jacobo da Trezzo, que se estableció como orfebre de renombre que era, en la calle que aun sigue denominándose así), Bordadores, Hileras, Coloreros, etcétera.

Para la industria de la alimentación es precedente de los modernos silos para cereales la Alhóndiga que por Ordenanza se mandó crear en Madrid, «donde aya siempre trigo sobrado».

A pesar del gran consumo de vinos que hacia Madrid no se elaboraban en la Villa, aunque eran famosos los de su comarca, como los de San Martín de Valdeiglesias.

La industria textil si adquirió

inusitada importancia. A ella se dedicó y en ella adquirió fama, Felices de Vega, padre del gran Lope de Vega, que llegó a ser bordador de la Reina. Tal importancia quedó demostrada con el hecho de que el Gremio fué eximido de «dar soldados» y el otro de que en la fabricación de tapices intervino, haciendo sus conocidos «Cartones para tapices» el propio Goya, y que Velázquez immortalizara a la fábrica de Santa Isabel en el cuadro de «Las hilanderas». Del volumen de producción de esta industria, independientemente de los tapices procedentes de importación—bastante frecuente en aquella época—nos da idea el inventario de los que poseía el último de los Austrias en los distintos palacios madrileños, y que eran en número de más de mil.

SIGLOS XVIII Y XIX

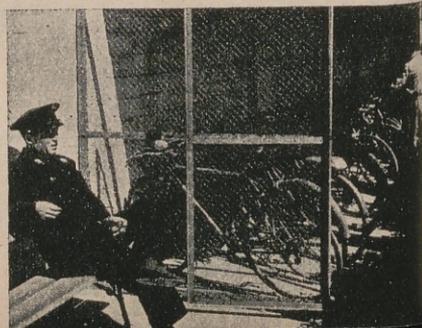
En el siglo XVIII aparecen las grandes fábricas y talleres, por contraposición a los siglos anteriores, de pequeños talleres artesanos, en los que nunca trabajaban más de catorce obreros

Entre los talleres de esta industria textil descuella, entre otras, la Real Fábrica de Tapices; en cerámica es notable la conocida por el vulgo con el nombre de «Casa de la China», constructora de porcelanas finísimas, que fué destruida por los ingleses cuando vinieron en nuestro auxilio contra Napoleón; fué famosa en metalurgia la «Platería de Martínez»; en el ramo de la construcción eran muchos los hornos de yeso y ladrillo. Contribuían a la Hacienda con 201.256,28 reales de vellón. Por el mismo concepto los curtidores pagaban 304.772 reales de vellón, cuando mientras los de Toledo, la más rica tenería del centro de España, aportaba por el mismo concepto solamente 7.100 reales. El valor de lo manufacturado por los relojeros en ese tiempo alcanzó la cifra de 18.686.610 reales de vellón.

Mediado el siglo XIX, la industria y el comercio de Madrid suponían una riqueza evaluada de 32.000.000 de reales anuales, distribuida entre 12.749 contribuyentes. El total de la contribución industrial de Madrid era de 7.435.519 reales.

El número de establecimientos industriales de la Villa y Corte se elevaba a 2.722. Por este entonces, las más famosas factorías de Madrid eran la Casa de la Moneda, la Fábrica de Tabacos, que ya tenía tres mil operarios; la Fábrica de Pólvora, que producía 6.000 arrobas de ella; la Real Fábrica de Platería, la de loza de la Moncloa y la de gas para el alumbrado, que surtía a 5.000 luces particulares.

En 1840 Madrid contaba con 11.045 jornaleros varones. Este mismo censo se mantenía diez años después. Por la misma fe-



cha se ha calculado que la ciudad contaba con unas 16.000 sirvientes, 3.000 cigarrerías, más las modistas, sastras, costureras, bordadoras, etc., que no se censaban. En este mismo año, como dato curioso, encontramos un censo de funcionarios radicados en la Villa, de 15.000. Es decir, el censo de funcionarios excedía al de trabajadores por cuenta ajena en 3.955.

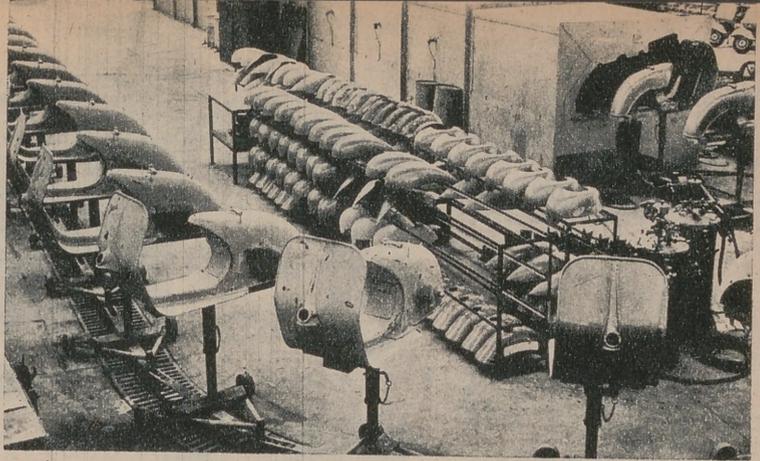
Y para más completa noticia del Madrid industrial del siglo XIX leamos estas palabras del «Problema Nacional»:

«Madrid, la capital del Estado, no es una de esas poderosas ciudades industriales o mercantiles a la moderna, como Londres; tampoco una ilustre herencia del pasado, como Roma; tampoco una bella creación novísima como Nueva York. Es más bien un gran foco político y el primer centro cultural nacional.» Este duro, pero exacto juicio de entonces, hay que destruirlo como a «leyenda negra», que creció sobre el nombre de la capital de España. Apenas cincuenta años transcurridos desde que se escribieron estas cortantes palabras han hecho que Madrid pase a ser la segunda ciudad fabril de la Nación. Barcelona tiene una espléndida economía, mas se apoya—justo es decirlo—también en los bastiones de su provincia, casi tan poderosos como ella misma. Los nombres de Sabadell y Tarrasa, por no citar más, son suficientes a valorar esta cooperación de industria y laboriosidad. Sin embargo, Madrid en los años breves de poco más de una década, ha pasado a ser una gran ciudad industrial, que extiende sus brazos desde el mismo corazón de su casco urbano. Madrid, a estos efectos, no tiene provincia. Vive sobre el terreno, como la Infantería.

Para comprobarlo examinemos los cincuenta años que empezaron en 1903. Después, haremos algún alto en el camino, porque lo exige la juventud victoriosa de España.

1903 es un año sin historia, porque la Nación ya no la escribía entonces. Se contentaba con literatura blanda, liberal.

Aquellos obreros de blusa arrollada a la cintura, de gorra visera, pañuelo al cuello, zapatillas y tartera dentro de una taiguilla, que salían de Curtidores, Cuchilleros, la Fuentecilla o Noviciado, trabajan en 4.104 empresas, que eran las que entonces existían. Madrid había acrecido en seiscientas industrias más en los últimos veinticinco años. Pero aun eran pocas para que todos los «Juan José» pudieran comer diariamente sin empuñar el colchón. En Madrid empezaban a vivir gentes no acaudaladas o que no eran funcionarios públicos, pese a que, todavía la cuarta parte de sus industrias—de esas 4.104 industrias—, es decir, más de mil de ellas, no eran de gran interés para la economía general de la ciudad. De las escasas tres mil restantes, pocas tenían cierta importancia. Metalurgia, construcción y artes gráficas destacaban. Medraban las industrias que la dedicación de los madrileños al lujo y buen vivir exigían. La



ciudad iba creciendo y saliendo de su estrecha órbita, para empezar a convertirse en la gran ciudad en mucha parte proletaria.

A partir de estos tiempos Madrid sigue aumentando en importancia industrial, siquiera de manera lenta.

DE 1918 A 1936

En 1918 la ciudad cuenta con 5.876 industrias. En 1930, con 11.789. La progresión, como se ve, ha sido grande. El censo de obreros, que en 1903 era de 70.000 ha pasado a ser en 1918 de 125.000, para llegar en 1930 a 170.000. Sin embargo, en 1936, antes de comenzar la guerra de Liberación Nacional, las industrias habían descendido al número de 9.987. Este mismo año los obreros eran en número de 180.000.

Es decir, en 1936 las Industrias madrileñas habían llegado a 5.883; en el mismo año el número de obreros era de 110.000.

MADRID. GRAN CIUDAD INDUSTRIAL

En la actualidad las industrias de Madrid alcanzan el número de las 20.000 y cuentan con 275.000 obreros.

Los últimos cincuenta años han significado un avance de las siguientes consideraciones:

1903: Industrias, 4.104; obreros, 70.000.

1953: Industrias, 20.000; obreros, 275.000.

El aumento de censo industrial en este año de 1953 es de 15.896, y el de censo de trabajadores, de 215.000.

Contra 1936 tenemos a nuestro favor, en industrias, 11.013; en censo laboral, un aumento de 95.000.

De 1936 a 1953 el número de las Sociedades Anónimas y Empresas individuales que cotizan por la Tarifa III de Utilidades pasó de 389 a 2.000. Sus números índices, tomando como base el año de 1936, pasaron de 100 a 480.

Al número de 20.000 industrias conque cuenta Madrid hay que sumar las Compañías y Empre-

sas individuales que tributan por la Tarifa III de Utilidades, que sabemos llegan a dos mil, más los innumerables talleres de menos de ocho obreros que no se consignan en estadísticas y tributan muchos por la Tarifa IV de la Contribución Industrial de «Artes y Oficios»; tal ocurre con los herreros, hojalateros-vidrieros, vaciadores, bronceístas, artes de la madera y otros muchos de la artesanía, así como los oficios sin producción ninguna, como la peluquería y los dedicados a reparaciones, composiciones o simplemente instalaciones.

Madrid cuenta con 98 Empresas que pasan de los 150 obreros. Solamente Empresas dan un censo superior a los 45.000 obreros.

Tomando al azar algunas de las actividades y sus producciones, he aquí algunos datos: Las fábricas que producen 12.000 docenas de medias al año, o 175.000 prendas exteriores de punto, 26.201.932 pesetas de producción en bruto, 660 toneladas de hierro fundido y 70 de bronce, reparan 799 vagones, hacen 29 vagones nuevos, hacen 800 toneladas de calderería, 150 de maquinaria para obras y 150 toneladas de arados, 652 motores con 4.533 CV., 2.500 toneladas en estructuras diversas, 150 aviones de diversos tipos, 100.000 mecanismos de relojería, 300.000 mecanismos para contadores eléctricos de relojería, 60.000 relojes despertadores, 1.000 aparatos de a bordo para avión y coches, 436 ascensores, 324 calefacciones, 45.000 somiers, 14.000 camas, 30.000 kilogramos elaborados para platería, 1.901.682 lámparas eléctricas y 5.289.466 casquillos de latón, o como la Philips Ibérica con 4.500.000 lámparas, hasta 170.000 metros de cables y 11.000.000 de metros de conductores, pasando por 65.000 aparatos telefónicos, 32.500 líneas automáticas, 5.109 válvulas electrónicas, 16.000 aparatos receptores, 200.000 kilogramos de tintas de todas clases, 91.093 de gelatinas, 515.711 de cola fuerte, 4.500.000 ejemplares de productos y especialidades farmacéuticas, dos millones de dosis de vacunas, dos millones de kilogramos de jabones.

(En este reportaje intervinieron Adolfo Maillo, Jaime Veiga y Ricardo Majó Framis. Las fotografías que lo ilustran fueron obtenidas en distintas fábricas del cinturón industrial de Madrid, especialmente para EL ESPAÑOL, por Mamegán y Aumente.)

Recibiré Pd. en su casa

EL ESPAÑOL

todas las semanas.

si solicita una suscripción.

ENTREVISTA CON EL AUTOR DEL LIBRO "¿QUE ES TOREAR?"

GREGORIO CORROCHANO DICE:



Gregorio Corrochano en una barrera de la plaza de la Maestranza de Sevilla

«A LOS TOREROS DE HOY LES COGE EL TORO PORQUE NO SABEN TOREAR»

GREGORIO Corrochano, creador de un estilo de crítica taurina y cuyas crónicas encierran la historia de los cuarenta años más gloriosos de la fiesta española, acaba de publicar un libro titulado «¿Qué es torear?»

Don Gregorio es un hombre recio, fornido, atlético. Tiene el pelo completamente blanco. Sus ojos claros y su considerable talla le dan un aspecto nórdico. En su mirada viva, en la facilidad y pasión de su palabra, se transparenta una gran sensibilidad humana. Su simpatía es arrolladora. Sonríe constantemente, con sencillez y camaradería: como un muchacho.

Vive en Tánger, y sus escapadas son preferentemente a Madrid o a Toledo, donde su hijo Alfredo Corrochano—el torero—posee una finca.

Tres periodistas—Angeles Villarta, Luis Ferrer Cassains y Jesús de la Serna—le hemos planteado una entrevista. Formando corro en torno a una mesa baja nos sentamos los cuatro. Don Gregorio, ajustándose las gafas, sonríe francamente. Un quinto personaje entra en escena: es su hijo Alberto.

Don Gregorio.—¿De qué quieren que les hable?

Los tres periodistas.—¿De toros!

Angeles Villarta.—Y de su libro, naturalmente.

Jesús de la Serna.—¿Qué ha pretendido en su obra?

Don Gregorio.—Hacer un libro sobre la tauromaquia al estilo clásico. Para ello me he inspirado en lo que vi hacer a las grandes figuras del toreo.

Luis Ferrer.—Entonces, ese subtítulo «Introducción a la Tauromaquia de Joselito»...

Don Gregorio.—Cuando quería explicar algo concreto o difícil pensaba: «Joselito lo haría así». Mi libro es simplemente un ensayo, un punto de vista de lo que fué el toreo y que determine lo que debe ser.

GREGORIO CORROCHANO

¿QUÉ ES TOREAR?

INTRODUCCION
AL TAURAMAQUIA
DE JOSELITO



MADRID

Portada del libro «¿Qué es torear?» que acaba de publicar Gregorio Corrochano

Angeles Villarta.—¿Y hoy qué es?

Don Gregorio.—Algo completamente distinto.

(Al decir esto se deja caer, con gesto disgustado, sobre el respaldo de su asiento.)

Jesús de la Serna.—¿Por qué ha escrito precisamente ahora su libro?

Don Gregorio.—Los libros no se escriben cuando quiere el autor, amigo mío, sino cuando quiere el libro.

Angeles Villarta.—¿Qué significa esa interrogante de «¿Qué es torear?».

Don Gregorio.—Hace ya tiempo, cuando imaginé la obra, pensé en titularla simplemente «Qué es torear». Creía que Joselito lo sabía; pero a Joselito lo mató un toro. La afirmación se convirtió en pregunta.

Jesús de la Serna.—¿Tampoco lo sabía Joselito?

Don Gregorio.—Claro que sí. Pero cuando se es torero se sienta un afán constante de supera-

ción, que le ciega ante el peligro. El lo sabe, pero ese afán le arrastra fatalmente. Ni más ni menos le ocurrió a Joselito al matar el toro que le quitó la vida.

Luis Ferrer.—¿Se puede decir que había algo de común entre Joselito y Manolete porque ambos hallaron la muerte de igual forma?

Don Gregorio.—Sí: que ambos eran toreros en toda la extensión de la palabra, aunque sus estilos fueran diferentes.

Angeles Villarta.—¿Cuánto tiempo ha tardado en escribir su libro?

Don Gregorio.—Tres meses aproximadamente. Lo empecé en enero último. Tenga en cuenta que lo tenía concebido hace ya muchos años.

Angeles Villarta.—En una obra de Merimé leí que en Madrid mató dos toros una paisana mía, llamada «La Asturiana» precisamente, y he oído hablar de La Angelita y de la Reverte. Siendo el riesgo igual para los hombres que para las mujeres, ¿qué se opone a que haya mujeres toreras, habiendo mujeres pilotos de aviación o buzos?

Don Gregorio.—Yo no veo ninguna razón. Sin remontarnos a Merimé, yo mismo he asistido a corridas de toros en las que intervenían lidiadoras. He visto a la Reverte—María Salomé—, que más tarde se llamó Agustín Rodríguez: era una torera basta, masculinoidé, y no alcanzó gran notoriedad.

Angeles Villarta.—¿Y hoy?

Don Gregorio.—He visto torear a pie a Conchita Cintrón, no con novillos, sino con toros grandes y de casta. Y lo hizo con una finura y una elegancia propias de excelente lidiadora. Como rejonadora era muy buena; como torera de a pie resultaba todavía mejor.

Angeles Villarta.—Entonces, ¿para que las mujeres no podamos torear a pie existe la misma falta de razones que para que

podamos entrar en la Real Academia?

(Don Gregorio muestra una amplia sonrisa, y rápidamente pregunta:)

Don Gregorio.—¿Usted, señorita, a qué aspira: a entrar en la Academia o a lidiar reses bravas?

(Angeles no lo duda un instante:)

Angeles Villarta.—A lidiar reses bravas, don Gregorio.

Luis Ferrer.—¿Dónde publicó usted su primera crónica taurina?

(El puro de don Gregorio está apagado. Mientras lo enciende, su mirada parece retroceder hasta el pasado. Parece deleitarse en sus recuerdos.)

Don Gregorio.—Fué en «La Mañana», un periódico de segunda fila, en donde había empezado a trabajar pocas semanas antes.

Jesús de la Serna.—¿Qué edad tenía entonces?

Don Gregorio.—Unos veinte años.

Luis Ferrer.—Cuéntenos cómo fué aquello.

Don Gregorio.—Habían coincidido dos corridas en un mismo día. El día de San Fernando. Una en Madrid y otra en Aranjuez. Manuel Bueno, el director, no sabiendo a quién mandar a esta última, me puso un billete de tren en la mano y me encomendó la reseña.

Angeles Villarta.—¿Cuál era el cartel?

Don Gregorio.—Antonio Fuentes y Bombita. Toros de Saltillo. Fuentes, que se había retirado ya en Madrid, quedó muy bien...

Luis Ferrer.—¿Por qué se retiraba?

Don Gregorio.—Cuando terminó la corrida coincidí con él en una cervecería cercana a la estación. Estaba solo. Me acerqué y le dije: «Enhorabuena.» «Muchas gracias», me contestó. «¿Por qué se retira usted? Ha estado muy bien.» Con resignación, se limitó a decir: «Alguna vez hay que hacerlo.» Luego, como razonando consigo mismo, añadió: «Además, estoy algo resentido de mi última cogida. Y acabo de ganar nueve mil duros... ¿Qué más puedo desear?» Hubo una pausa, y de nuevo insistí: «Sinceramente, ¿le gustaría torear más?» Su cara se iluminó: «Hombre sí: un par de veces en Madrid, igual en Bilbao, alguna en San Sebastián...» El tren iba a salir. Nos despedimos y se marchó sin saber quién era yo.

Luis Ferrer.—¿Y su crónica?

Don Gregorio.—A eso iba. Al día siguiente apareció en el periódico. En ella relataba esta conversación que les acabo de contar. Resaltaba su buena actuación y terminaba preguntando a la afición: «¿Por qué no vuelve Fuentes?» El director quedó encantado y él mismo me buscó el pseudónimo de «Alegrias».

Angeles Villarta.—¿Cómo recibió el público su reseña?

Don Gregorio.—A los dos o tres días todos los periódicos de Madrid me citaban. «Don Modesto», que escribía en «El Liberal», amigo y partidario de los Bombita y el más conocido crítico de aquellos tiempos, contestaba a mi pregunta así: «Por mí, que vuelva.» Como resultado de mi artículo, el día de San Juan reaparecía en



Del álbum de Corrochano sacamos esta fotografía, en la que aparece visitando un zoco del Rif, en su época de corresponsal de guerra

Madrid Antonio Fuentes, alternando con Bienvenida padre y con Gaona.

Luis Ferrer.— ¡Vaya éxito el suyo!

Don Gregorio.—Sí; pero nadie sabía quién era el tal «Alegrias». Más tarde, en un banquete en honor de Fuentes, fui presentado al torero oficialmente y a toda la Prensa madrileña. Por cierto que recuerdo algo muy curioso de aquella ocasión. A los postes se acercó a Fuentes un camarero y le dijo: «Ahí fuera está «El Vivillo», que pregunta por usted.» «Que pase», respondió él. Y por la puerta apareció, ante la expectación de todos, el famoso bandolero. En contra de lo que ustedes imaginen y yo imaginaba, era gordo, bajo, calvo y con pinta de sacristán. Pidió cincuenta duros a Fuentes, le dió noticias de la cosecha de la finca que tenía el torero en Sevilla y quiso que alguno de los periodistas allí reunidos narraran su historia. Al otro día todos los diarios de Madrid hablaban de esta inesperada visita.

(Don Gregorio ha estado chupando inútilmente su cigarro puro. El entusiasmo que pone en sus palabras le impide darse cuenta de que del habano no sale humo.)

Angeles Villarta.—¿Cuál es su opinión de la fiesta de los toros?

Don Gregorio.—Que es una fiesta de minorías.

Jesús de la Serna.—¿Y esas plazas repletas de público?

Don Gregorio.—Es indiscutible que hay afición. Pero entender de toros se entiende muy poco. Las personas que saben de ello no son las que gritan o aplauden más.

Angeles Villarta.—Explíquenos eso, por favor.

Don Gregorio.—Es fácil. Es muy distinto lidiar que torear. Hoy llaman torero a cualquiera que haga una monería. Para lidiar hay que ser un torero muy bueno. Actualmente no se lidian los toros, ni al público, en general, le gusta que se lidien. Está de moda la figurita, la intrascendencia. Mire usted: torear es...

(Don Gregorio se ha puesto en pie y con la derecha inicia un pase por bajo. Pone tal pasión en su imagen que casi no se distingue al toro, invisible, arras-

trado por la atracción de una posible muleta.)

Luis Ferrer.—¿Qué facultades ha de tener el torero para ser completo?

Don Gregorio.—Primero, tener conocimiento de las reses, y luego, de las suertes.

Jesús de la Serna.—¿Y hoy qué se practica?

Don Gregorio.—Simplemente las suertes.

Jesús de la Serna.—¿Influye en esto el toro?

Don Gregorio.—Naturalmente. El toro para ser lidiado ha de tener ante todo la edad precisa: de cuatro a cinco años. Luego, saberlo lidiar, conocerlo, darse cuenta de lo que admite o no, qué clase de lidia requiere, en una palabra.

Luis Ferrer.—¿A qué se debe que no se lidien hoy toros de edad?

Don Gregorio.—La guerra civil destruyó muchas ganaderías. Con la Liberación, al renacer el ansia de ver torear, se empezó a soltar en las plazas novillos en lugar de toros. El sistema se extendió y pasó a ser costumbre tanto entre los toreros como entre el público.

Angeles Villarta.—He leído en un libro de Sánchez Neyra que los toros eran más pequeños en la época de Lagartijo y Frascuelo que en tiempos de El Tato y Cayetano Sanz. ¿Es que cada quince o veinte años se achican los toros o es que a los cronistas les han parecido siempre pequeños?

Don Gregorio.—Eso puede ser un asunto de perspectiva cronológica. En todas las épocas, lo importante es que el valor del toro no reside en sus kilos de peso, sino en los años. Un novillo de mucho peso resulta inferior como animal de lidia a otro de las mismas hierbas y de un peso corriente. A causa de la guerra, como decía, los toreros se habituaron al toro pequeño y menor de edad. Es entonces cuando surgen esas otras «facilidades»...

Jesús de la Serna.—¿Se refiere usted al afeitado y arreglado de toros?

Don Gregorio.—Entre otras aritmáticas.

Luis Ferrer.—¿Cuáles son las otras?

Don Gregorio.—He oído hablar de que también se ha llegado a

sangrar las reses para restarles energías.

Angeles Villarta.—¿Influye en la presencia del toro su color?

Don Gregorio.—Sí, y mucho. El toro negro parece más chico; el de color, más grande. Pero el toro de verdad es el negro.

Luis Ferrer.—Perdone que vuelva sobre el asunto del peso de los toros: ¿Por qué se centra hoy todo el problema en esta cuestión?

Don Gregorio.—El público no quiere darse cuenta de que el toro cebado o es apto para la lidia. No importa arroba más, arroba menos. Cada raza tiene su peso característico. La edad, su trapío y su casta es lo importante. Si además es de peso, tan contentos. Entonces será toro de verdad, y no esos tocinos con cuernos que salen hoy día de los chicos.

Jesús de la Serna.—¿Por qué se caen los toros, don Gregorio?

Don Gregorio.—Eso no lo sabe nadie. Se investiga mucho sobre el asunto, pero no se ha llegado a concretar nada. Hay quien dice que se debe a la infección que provoca la garrapata.

Angeles Villarta.—¿Dónde se aprende a ser torero?

Don Gregorio.—En el campo, no en la plaza. En el campo se puede llegar a conocer lo que llamaríamos psicología del toro. Muchos toreros no alcanzan la madurez debida en su arte precisamente por desdefiar los entrenamientos de las dehesas, que son las cátedras donde se forman los buenos lidiadores.

Luis Ferrer.—Con todas esas reglas que se dan en tauromaquia lo que se pretende es evitar la cornada, ¿verdad?

Don Gregorio.—Esas reglas no son verdades de una pieza. Los buenos quieren superarse y surge la cogida; por lo tanto, en el ruedo es donde se deben de practicar; pero como se practica en un laboratorio químico: buscando fórmulas nuevas y dejando otras. Esto no se debe confundir con las cogidas que se sufren hoy. Hoy a los toreros les coge el toro sencillamente porque no saben torear.

Angeles Villarta.—Tengo entendido que usted se inclina al empleo de sólo dos pares de banderillas en vez de los tres reglamentarios.

Don Gregorio.—En efecto. La suerte de banderillas no tiene más objeto que ver cómo reacciona el toro ante un torero a cuerpo limpio. Para esto basta con un par por la derecha y otro por la izquierda.

(Don Gregorio de nuevo se ha levantado de su asiento y coloca dos pares de banderillas magistralmente, sin que al toro le haya distraído un capote.)

Don Gregorio.—Sí, sin que le distraiga nada. Un par tras de otro.

Luis Ferrer.—¿Qué fin debe perseguir el pase de «tirón»?

Don Gregorio.—Únicamente el de cambiar de terreno al toro. Hoy se abusa extraordinariamente de este lance y el público no entendido lo interpreta como algo básico. Y se abusa porque no se sabe qué hacer. Es tan sólo un recurso de la lidia. Muchas veces verán ustedes en la plaza a un torero que por medio de

este pase saca a la res de un determinado terreno; seguidamente verán cómo lo lleva de nuevo al mismo. Esto no tiene más objeto que hacer que pase el tiempo.

Jesús de la Serna.—¿Y esos pases tan espectaculares, sin encomendarse, levantando la muleta para que pase el toro?

Don Gregorio.—Eso, en otros tiempos, se llamaba el pase de «la guardabarrera». La guardabarrera no tiene más misión que ponerse junto a la vía y esperar a que pase el tren. Cuando pasa levanta el banderín rojo y ya está: el tren, indefectiblemente, sigue por la vía. No tiene nada que ver con el toreo.

Luis Ferrer.—¿Y el pase mirando al tendido?

Don Gregorio.—Lo inventó Manolete. Lo hacía—él me lo dijo—porque a la gente le gustaba.

Luis Ferrer.—¿Y cuándo lo inventó?

Don Gregorio.—En una ocasión en que estaba citando al toro. En aquel instante oyó un insulto que venía del graderío; volvió la cabeza para mirar y en ese momento percibió, casi instintivamente, que el toro se arrancaba. Todo fué cuestión de segundos: alargó un poco la muleta y, sin mirar, la res pasó. La gente se enfervorizó de entusiasmo. Manolete nunca dió mérito alguno a este pase.

(Mientras ha hablado, don Gregorio ha vuelto a saltar al ruedo imaginario y gráficamente ha reproducido toda la escena.)

Angeles Villarta.—¿Cree usted que existen regiones específicamente favorables para la cría de reses bravas?

Don Gregorio.—Sí; Andalucía, Navarra y Colmenar ocupan lugares preferentes en el pasado. Hoy, con el trasiego de ganaderías y las cruza, hay toros de lidia en casi toda España.

Luis Ferrer.—¿Cuál es el defecto primordial del público de toros?

Don Gregorio.—Que está pendiente de la oreja y del rabo. Entre la oreja y el rabo hay aún mucho toro.

Jesús de la Serna.—¿Cuál es el público más entendido de toros?

Don Gregorio.—Sevilla.

Jesús de la Serna.—¿Y de toreros?

Don Gregorio.—Madrid.

Angeles Villarta.—Nos ha hablado de las mujeres foreras; díganos algo de las mujeres como espectadoras de corridas de toros.

Don Gregorio.—También han experimentado un gran cambio. Antes estaban en la plaza en franca minoría y, aunque no entendían gran cosa de toros, eran extraordinariamente sensibles a la emoción. Cuando arrojaban el clavel al ruedo era para premiar al lidiador que consideraban había hecho una buena faena.

Angeles Villarta.—¿Y hoy?

Don Gregorio.—Hoy van muchas más mujeres que antes; son más entendidas en tauromaquia, pero menos sensibles a la emoción. Ya no se arrojan flores, sino ramos enteros envueltos en papel celofán, lo que indica una premeditación. Y no resulta nada airoso ver a un torero con un ramo de rosas en los brazos.

Luis Ferrer.—¿Qué torero contemporáneo reúne, a su juicio,

las mejores condiciones de lidiador y de torero?

Don Gregorio.—Domingo Ortega

Luis Ferrer.—¿Entre los activos...?

Don Gregorio.—Podría ser Luis Miguel Dominguín.

Jesús de la Serna.—¿Qué pase de muleta recuerda usted como el mejor?

Don Gregorio.—Se van ustedes a asombrar.

(Don Gregorio se levanta y señala a su hijo Alberto.)

Don Gregorio.—Alberto lo dió. En su vida ha toreado. Fué el único pase que ha dado a un toro. Quería hacerse una fotografía para enviársela a una amiga de Inglaterra. En una tienda habían soldado una vaquilla para que se divirtieran los muchachos jóvenes y él aprovechó el momento para retratarse.

Alberto Corrochano.—Confieso que me salió sin querer.

Don Gregorio.—Citó al bicho; éste se arrancó muy bien. Pasó siguiendo la muleta por bajo y lo terminó por alto...

(Toda su descripción ha ido acompañada de los correspondientes movimientos. Don Gregorio ha dibujado maravillosamente la faena. En esta ocasión faltaba el fotógrafo.)

Angeles Villarta.—¿Qué objeto persigue al publicar sus crónicas retrospectivas en «España», de Tángier?

Don Gregorio.—Dar al público una idea de cómo era el toreo de ayer. No me propongo enseñar a nadie. Sería infantil: a los toreros les enseña el toro.

Luis Ferrer.—¿Cómo cree que debe hacerse la crítica de toros?

Don Gregorio.—Sin cal y sin arena. Diciendo sencillamente la verdad, hablando más del toro y poniendo menos adjetivos al torero. Y, naturalmente, desligándola de la «administración».

Jesús de la Serna.—¿Han pretendido sobornarle alguna vez?

Don Gregorio.—Afortunadamente, ninguna.

Jesús de la Serna.—¿Ha tenido algún incidente motivado por sus crónicas?

Don Gregorio.—No.

Luis Ferrer.—¿Qué misión debe cumplir el crítico?

Don Gregorio.—Informar y orientar. Ser defensor de la fiesta y advertir al público cuando una figura intenta desvirtuar la esencia del toreo y también decirle cuándo está equivocado.

Angeles Villarta.—¿Quiere decirnos algo de su hijo Alfredo?

Don Gregorio.—Fué torero contra mi voluntad. Cuando era pequeño le llevaba siempre a las tiendas. Nunca a las plazas. Entendía mucho de toros. Nunca le vi vestido de luces. Los días que toreaba, cuando se despedía lo hacía con un «hasta luego», como si en lugar de ir a jugarse la vida fuera a darse un paseo.

(Cuando la entrevista se ció por terminada eran las tres y media de la tarde. Gregorio Corrochano confiesa que nunca se cansa de hablar de toros. Los periodistas por su parte, habrían prolongado la conversación infinitamente. Juntos salidos hasta la calle. Al despedirnos todos nos lamentamos de que aquella tarde no fuera una tarde de toros.)

EL CALVARIO DE UN POETA

Una vida envuelta hasta ahora en las sombras del misterio

(Continuación del número anterior.)

VERDAGUER HUYE DE BARCELONA A MADRID

Creo que fué el 20 de noviembre de 1897 cuando mosén Jacinto Verdaguer vino a visitarme en esta Residencia de la calle de Valverde; y no encontrándome en casa en aquel momento, me dejó en la portería una tarjeta con las señas de su domicilio, calle de Alcalá número, 17 triplicado.

Aunque ya el P. Mir me había hablado en días anteriores acerca de Verdaguer, anunciándome que quería visitarme, declaro con toda ingenuidad que casi se habían borrado de mi memoria los sucesos que un año antes había oído contar a personas que merecíanme entero crédito.

Pesaba además en mi ánimo la firme creencia de que sería imposible rasgar las sombras del misterio que envolvían el asunto, mientras Verdaguer viviese. Y si por una parte tenía deseos de conocer al poeta, por otra lo rehusaba temeroso de meterme en un abismo cuyo fondo era para mí desconocido y muy expuesto el penetrar.

Al día siguiente fui a devolverle la visita, alegrándome en mi interior de no encontrarle en su casa y creyendo

que con el cambio de tarjetas terminaría todo.

Pero no fué así. Me hizo dos visitas consecutivas hasta que me halló en casa el día 23 de noviembre por la tarde. Aunque sereno, como un hombre que se considera inocente y no se rinde ante la desgracia, noté que Verdaguer andaba algo premioso y tímido al expresarse y exponer el objeto de su visita. Por lo cual me pareció conveniente allanar el camino.

—Ya sé que viene usted como huyendo de Barcelona. El P. Mir me ha hablado de las penas que a usted afligen y nos lo ha recomendado; pero el nombre de Verdaguer no necesita recomendaciones para visitar a nadie y menos a los que nos preciamos de ser admiradores suyos.

—¡Ah!, gracias. Dios se lo pague. Yo también ya conocía a usted de nombre por su libro del

Jansenismo. Lo que usted cuenta acerca del Cardenal Noris me ha servido de mucho consuelo en mis tribulaciones.

—¿Pero todavía está usted metido en ellas?

—Nunca faltan penas que ofrecer a Dios. Parece que el Señor se complace en enviarme una nueva cada día.

—Pues poca mella han hecho en su salud. Me habían pintado a usted enfermo y débil, efecto, sin duda, de sus muchos trabajos. Y le veo a usted robusto y sano al parecer.

—¡Oh! ¡Eso sí, gracias a Dios! Los pesares no han logrado quitarme el sueño ni el apetito.

—¡Dichoso usted! Y, ¿qué vientos le han traído a la corte?

—He venido por acompañar a la buena señora que me ha defendido y alimentado cuando todos me perseguían y sitiaban por hambre. Está enferma del corazón y necesita consultar con los médicos de Madrid, y, sobre todo, cambiar de aires.

—Sí, y de impresiones, lo mismo que usted, ¿verdad?...

Se sonrió con cierta melancolía el poeta; cam-

biamos de conversación, hablamos de sus libros y de cómo se los tenían embargados los acreedores, de sus planes y proyectos aquí en Madrid, del poemita que estaba escribiendo acerca de Santa Eulalia, Patrona de Barcelona, de amigos suyos y míos que por él se interesaban, deseando que tan crítica situación terminara de una vez y honrosamente. Y viendo que la noche se echaba encima y que Verdaguer me había insinuado que no conocía muy bien las calles de Madrid, me ofrecí con gusto a acompañarle hasta la fonda, algo picado en mi curiosidad de conocer a la familia protectora del poeta, de la cual tantas novelas me habían contado.

Por el camino se reanudó el relato de sus amarguras y tribulaciones. Procuré alentarle y consolarle según pude; pero sin comprometerme a na-



da, porque yo... ¿qué podía hacer contra tan fuertes y poderosos adversarios? Y, por otra parte, tampoco Verdaguer me pedía cosa alguna, repitiendo constantemente que estaba resignado, y puesto para todo en brazos de la divina Providencia.

Con lo que no se conformaba, con lo que no podía transigir, lo que más amargaba su existencia y le hacía expresarse con sublime energía... era verse privado de poder celebrar diariamente el santo sacrificio de la misa: «Dos cosas—me dijo—he amado en mi vida: el cáliz y la lira. Me han quitado el cáliz, y créame usted que la lira sólo me sirve para hacer lo que los niños, que cantan por ahuyentar el miedo».

—Tal vez algún día la literatura bendiga esas penas y esos miedos que han producido las Flors del Calvary—le contesté—, por decir algo.

—Si algún día me halagaron... hoy no me llenan los aplausos. ¿De qué me han servido?... ¡El cáliz, el cáliz...!

Y mirándome con sublime tristeza a la luz de los escaparates de la calle de Alcalá, por donde íbamos acercándonos a la fonda en que se hospedaba, añadió: ¡Usted no sabe lo que padece un sacerdote que tiene vocación de tal en verse privado ignominiosamente de lo que más ama!

Me conmovió esta frase tan expansiva, y noté que el Verdaguer tímido y encogido de una hora antes empezaba a ser más comunicativo.

—Dígame, Verdaguer—le contesté deteniéndole suavemente del brazo a la puerta misma de la fonda—dígame con toda verdad y llaneza: por qué le privó a usted de la misa el señor obispo.

—Porque no quise ir al manicomio.

—Pero, ¿de verdad le tenía a usted por loco?

—Suba usted conmigo y le enseñaré la orden terminante que me dió de encierro perpetuo.

—Esto es horrible. Apenas puede creerse...

Y me leyó, con serenidad y calma, la carta del obispo de Vich, señor Morgades. ¡Qué carta!... Y, por añadidura, me enseñó el Reglamento del asilo, donde el propio obispo trataba de perpetuarle, con la indicación (al margen del Reglamento) de la cantidad mensual que le asignaba, mientras de otro sitio no llegasen cantidades mayores para ese objeto.

Por lo visto, todo estaba calculado y preparado para la encerrona, a la que Verdaguer no se sentía con vocación. Ansiaba la libertad para cantar como los pájaros en la selva.

Apenado yo con la lectura de aquellos dos documentos que él guardaba como testimonio de su inocencia, hube de preguntarle para terminar la entrevista:

—Dígame, Verdaguer: ¿Cómo se encuentra la señora enferma a quien usted viene acompañando?

—¡Ah! ¿Quiéreme usted conocerla?

—Sentiría molestarla...

—No, no; al contrario. Ella me ha oído hablar mucho de usted. Pase usted, pase; pues aunque está en cama, creo que por ahora no corre mayor peligro su enfermedad.

Había cuatro o cinco personas sentadas junto al lecho de la enferma, llamada doña Desideria Martínez, viuda de Durán, madre de tres hijos, dos de las cuales estaban allí presentes. La hija mayor era una señorita de unos veinte años, nerviosa y viva de carácter, según pude notar en los rápidos movimientos de su conversación.

La madre, que parecía frisar en los sesenta años, no se si por la enfermedad o por los disgustos morales en su semblante reflejados, hablaba poco y únicamente para lamentarse de las persecuciones de que era víctima el poeta.

Cifrabá su mayor gloria en defender y amparar con cuanto tenía y podía a mosén Verdaguer, mientras le viese abandonado de todos aquellos que antes solicitaban su amistad. La madre de doña Desideria había también recogido algunos días en su casa al célebre padre Claret, cuando los azares revolucionarios del año 1868; y ella, la hija, daba gracias a Dios de haber tenido ocasión de otro tanto con el ilustre sacerdote perseguido.

Sabía de sobra las calumnias inventadas contra ella por esa buena obra; más perdonaba de corazón a sus calumniadores, a quienes no conservaba rencor ni antipatía. Dios, sin duda, para probarla, permitía aquella tenaz persecución; pero estaba confiada que más tarde o más temprano todo pasaría. Lo que más al alma le llegaba era ver a mosén Cinto sin el consuelo de la misa, en medio de tantas pesadumbres. Por lo demás, Dios

jamás la había abandonado y a El solamente confiaba la defensa de su honra.

Comprendí que aquella señora tenía demasiado corazón, y que si se equivocaba en lo que algunos me habían dicho de sus vehemencias por defender al poeta, no podía menos de apreciarse cierta nobleza y sinceridad en sus palabras. Después de todo, ¿qué iba ella ganando con tener al poeta en su casa?... Si Verdaguer gozase de algunas rentas vitalicias o títulos bancarios, pudiera sospecharse que aquella familia le explotaba. Pero como había salido pobre, pobrísimo, y con muchas deudas de la casa opulenta del marqués de Comillas; como no gozaba ni aún del mísero estipendio de la misa que le habían arrebatado, como sus libros estaban secuestrados por varios acreedores sin entrañas, como no pesaban sobre él más que trampas y deudas, y como, por fin, hasta algunas de las limosnas que por suscripción le habían remitido ciertos admiradores suyos de Filipinas y del Rosellón, no habían llegado a sus manos... ¿Qué interés material podía tener aquella familia en amparar y alimentar a Verdaguer?

El caso no dejaba de ser curioso y digno de estudio. Los que son dados a interpretar las más nobles acciones humanas por miras rastreras, y en todos los rasgos generosos se obstinan en ver un fondo negro de instintos egoístas y bastardos, no es de extrañar que en el caso presente inventaran las novelas más absurdas y los cuentos más disparatados contra un venerable sacerdote perseguido injustamente y contra una señora digna de todos los respetos.

En cambio, las personas rectas, las que consideran acto ilícito y pecaminoso el convertirse en zahories de ajenas intenciones, mientras no hallen pruebas fundadas para suspicacias y críticas alevosas, debían mirar como una acción digna de alabanza el que esa familia compartiese las tristezas y el pan de cada día con el poeta ilustre, con el ejemplarísimo sacerdote, gloria de su tiempo.

¿No hubiera sido altamente bochornoso para Cataluña y para España entera contemplar a Verdaguer en medio del arroyo o pidiendo limosna por la Rambla?

Pues eso y mucho más habría sucedido de no haberle dado modesto albergue esa familia calumniada por tantos hipócritas y farsantes, que con cara compungida rasgaban sus vestiduras, por ver en otros la caridad que de ellos se hallaba tan ausente. ¡Oh, cuántas veces vemos repetido en la historia, pero sin escarmiento, la parábola evangélica del publicano!

A mí, desde los primeros momentos que la conocí, me pareció algo difícil que aquella familia amparadora y defensora de Verdaguer, pudiera tener secuestrado a éste, que entraba y salía cuando se le antojaba y parecía el dueño de todo y a quien en todas las cosas se consultaba. No se si con los alienados y secuestrados suelen tenerse tales deferencias y miramientos.

Salí de aquella casa hondamente entristecido por el relato de Verdaguer y lo que yo había visto y oído. Pero mucho más que el recuerdo ingrato de sus penas y calvarios, me punzaban el alma aquellas palabras del poeta que quedaron zumbando en mis oídos: «No me llenan los aplausos: ¡el cáliz, el cáliz!».

Transcurrieron tres días sin vernos: días que Verdaguer aprovechó para volver a visitar al señor Menéndez y Pelayo, a Núñez de Arce y a varios literatos amigos suyos.

El señor Núñez de Arce le recomendó eficazmente al señor Montero Ríos, en cuya compañía se presentó ante el señor nuncio Cretoni, con ánimo resuelto de defender el asunto en el Supremo Tribunal de la Rota. Pero este paso delicadísimo estaba expuesto a las naturales contingencias de una previa tramitación pesada y enojosa. Y Verdaguer, sin recursos y apremiado por otros sucesos, tenía prisa, mucha prisa de que negocio para él tan importante se resolviera lo más pronto posible, cosa que a los tribunales todos de España les tendría sin cuidado.

Uno de esos días en que Verdaguer se hallaba más perplejo por no saber qué determinación adoptar, se encontró en la calle de Alcalá con el señor marqués de Comillas; y abordándole la cuestión de frente, le dijo sin ambages:

—Pero Marqués, ¿cuándo va a terminar mi caso?

—Entiéndase usted con su prelado— le contestó el marqués.

—El señor obispo de Vich —repuso Verdaguer— nada hará sin contar con usted en este asunto.

—Pues designe usted una persona con quien yo pueda entenderme en Madrid.

—Designo, desde ahora, al señor Menéndez y Pelayo.

—Perfectamente. Iré a verle...

Y el señor marqués de Comillas y su antiguo limosnero y capellán se despidieron sin hablar más. Y Verdaguer fué en seguida, satisfecho y gozoso a contar este encuentro feliz al señor Menéndez y Pelayo, el cual, desde luego, aceptó la intervención directa que el poeta le daba en el asunto.

Mas no contaba entonces Verdaguer con una nueva y no menos dolorosa tribulación.

Eran cerca de las doce de la mañana del día 26 de noviembre cuando, de prisa y demudado el semblante por la pena, se presentó de nuevo el poeta en esta residencia, diciéndome con palabras entrecortadas: «Ruego a usted que venga conmigo en seguida. Doña Deseada, la señora que usted conoció el otro día en la fonda, se ha puesto muy grave en su enfermedad y quiere confesarse con usted.

Fuí con el poeta, confesé a la enferma, se le administraron los últimos sacramentos y aquella misma noche doña Deseada Martínez, viuda de Durán, dejaba las tribulaciones y pesadumbres de este mundo para entrar en aquel otro donde se seca el llanto de los que han sufrido resignadamente las maledicencias, infamias, injusticias e ingratitudes de los hombres.

—«A todos perdono para que Dios me perdone», dijo poco antes de perder el conocimiento y entrar en el breve período de agonía.

Si aun viviesen algunos de sus detractores, y por ventura leyeran esto..., sepan que aquella señora les perdonó de corazón. Y si tanto ella como Verdaguer tenían o no que perdonarles, ya se irá viendo por los hechos que se consignarán aquí.

CAUSAS DE NUESTRA INTEVENCIÓN

Pasemos por alto las nuevas amarguras que en silencio tuvo que devorar el ya por tantos motivos atribulado sacerdote; desde el tener que intervenir en todos los detalles del sepelio de su protectora, hasta la obligación que en la fonda le pusieron de pagar quinientas pesetas (mil le pedían), como indemnización de supuestos daños y perjuicios por aquella muerte inesperada en un establecimiento público. ¡Son crueles estos... comerciantes!

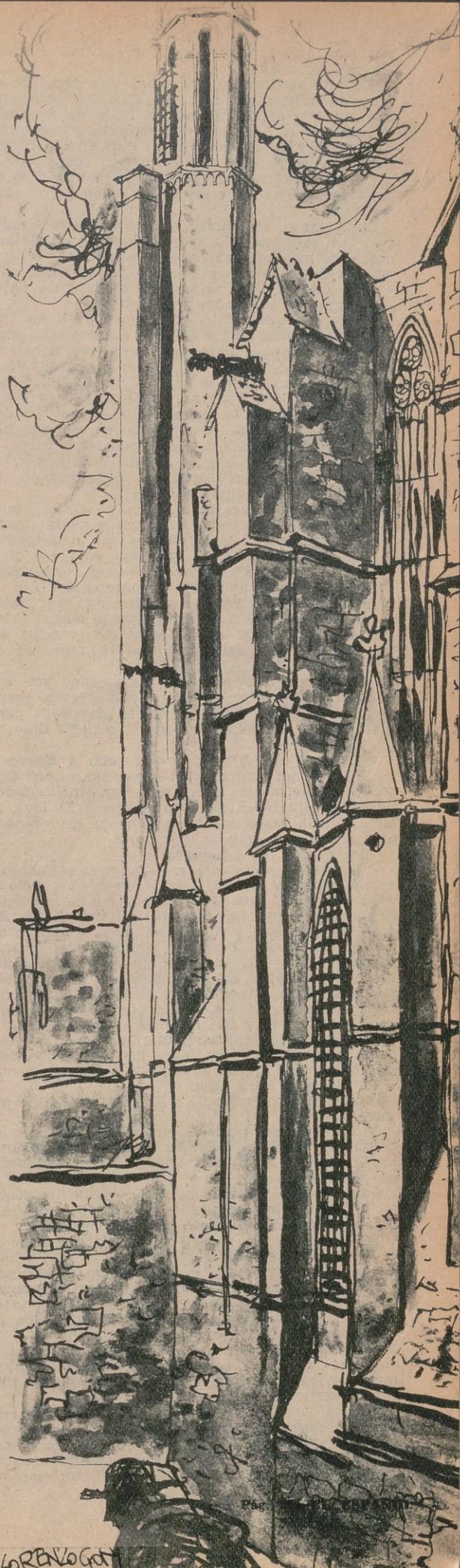
Y el pobre Verdaguer, que en tal ocasión se hallaba más pobre que nunca, tuvo que trasladarse con los huérfanos a un cuartucho oscuro y mal ventilado de la calle de Campomanes, 11, pagando 14 reales diarios... en espera de que el marqués de Comillas fuese a hablar con el Sr. Menéndez y Pelayo y se arreglase el asunto de la misa ante el señor obispo de Vich.

Mientras tanto... bien pudo Verdaguer haberse muerto de hambre y de tristeza.

Su alma grande parecía asfixiarse respirando la atmósfera de la impura realidad; pero fijando en lo alto la mirada, pronto recobraba su corazón, sinceramente piadoso, la serenidad y firmeza en medio de tantas ventiscas, con aquella su más frecuente jaculatoria: ¡Tot sia per Deu!

¿Dónde estaban entonces aquellos admiradores entusiastas del poeta que ni siquiera se acercaron a templar sus amarguras y prevenir o socorrer sus estrecheces? Y la Prensa diaria, que todo lo atisba, que saca punta a los más insignificantes sucesos, y que ahora rinde tardío tributo de vindicación y alabanza a la imperecedera memoria del poeta más grande con que puede envanecerse España: ¿Por qué en aquella época para él tan triste, guardó silencio alrededor del infortunio?

Verdad es que algún tiempo antes, cuando Verdaguer huyó a La Gleba y se presentó de improviso en Madrid a pedir explicaciones al marqués de Comillas, algunos periódicos como La Unión Católica, hablaron algo de este asunto que tenían soliviantada y dividida la opinión en Cataluña; pero como tales periódicos, insidiosamente o mal informados, vertieron la especie de que el poeta estaba loco..., por loco siguieron teniéndole otras



personas que a buen seguro le habrían apoyado sin ese sambenito.

Y cierto es también que algún otro periódico de muy distante laya, como *El País*, en esta otra época a que ahora me refiero, trató de descorrer el velor de tan misteriosa persecución; pero como los elogios y las defensas de *El País* más bien deshonran y perjudican que favorecen, sobre todo a los sacerdotes, ninguna persona sería hizo caso de tales apologías y las cosas continuaron por el mismo cauce.

Entre tanto, el tiempo transcurría para Verdaguier con excesiva velocidad, sin ver en el nublado horizonte más que dos rayos de esperanza: el apoyo moral que le prometiera el señor Montero Ricos y el resultado de la anunciada conferencia entre el marqués y Menéndez y Pelayo.

Verdaguer, que estaba poco versado en los trámites curiales de las oficinas eclesiásticas, supo con desilusión que para lo primero era necesario entablar la demanda en el Obispado de Vich, donde canónicamente se hallaba incardinado; luego acudir al Metropolitano y más tarde a la Rota, en el caso que no le dieran la razón en los dos anteriores tribunales. Este traqueteo resultaba horrible para el impaciente y empobrecido poeta, y hubo de desearlo por imposible, no sin dar las gracias al ilustre jurisconsulto y canonista que se le había ofrecido como defensor.

El otro recurso era más rápido y sencillo, pues como el señor Menéndez y Pelayo le quería tanto, a buen seguro que le defendería con habilidad y empeño; y todo quedaría arreglado en pocos días.

Pero el Marqués no llevaba trazas ni parecía darse prisa para avistarse y conferenciar con el señor Menéndez y Pelayo; yo bien creo que debido a sus perentorias ocupaciones y no a que el príncipe de la banca se denigrase al conferenciar sobre tan espinoso asunto con el monarca de la inteligencia.

Los recursos del poeta iban escaseando más cada día; y tan apurado y apenado llegó a verse, que una tarde le ví con la maleta preparada para marcharse a Barcelona y ponerse a pedir limosna por la Rambla.

—¡Eso es!—le dije echándolo todo a broma y ocultándole mi contrariedad—, así, así, mosén Cinto; para que, no ya sus adversarios, sino también hasta los chiquillos gritasen a una: ¡El loco, el loco...! Está visto que es propio de los grandes poetas el tener grandes arranques.

—Pues, ¿qué voy a hacer?

—Esperar algunos días más a ver si el marqués habla, por fin, con el señor Menéndez y Pelayo. Mientras tanto... no se preocupe usted de lo demás. Déjeme esos papeles que me enseñó el primer día; los estudiaré y si alguna duda tengo usted me la resolverá... Porque... ¿quién sabe lo que puede suceder? Yo estoy íntimamente persuadido de que la muerte de doña Deseada puede resolver esta crítica situación. Y, desde luego..., no necesito recordárselo: sabe usted que nosotros le queremos de verdad y nos interesamos por el asunto. En nuestra casa tiene usted una habitación, aunque pobre y humilde, en la mesa un cubierto y todo esto con cariño, puede aliviar sus penas hasta que Dios disponga otra cosa.

—¡Oh, Dios se lo pague a ustedes. Dios se lo pague!

Y los ojos del poeta se humedecieron con lágrimas de ternura. ¡Estaba tan poco acostumbrado, desde los últimos años, a estas expansiones de la caridad!

Confortado el poeta con lo que acabo de decir, me entregó de buen grado los documentos que consigo traía como testimonio de su inocencia.

Al contar a los padres de esta Residencia lo ocurrido aquella tarde y la precaria y desesperada situación de Verdaguier, y el contenido de algunos documentos donde estribaban las causas principales de litigio con el Sr. Morgades, me aconsejó el Superior Provincial que informase de todo ello al señor arzobispo, obispo de Madrid, Excmo. D. José María Cos, pidiéndole en nombre de la caridad cristiana consejo y ayuda, si lo estimaba conveniente, para tratar de resolver por medios pacíficos el asunto.

Con la bondad que tanto le ha caracterizado siempre, escuchó el Prelado las circunstancias en que se hallaba Verdaguier por quien sentía admiración y simpatía grandes desde que le conoció en Barcelona como capellán de los señores marqués



ses de Comillas. Y medio en broma, medio en veras, me dijo el señor obispo, después de haberme oído con paciencia.

—Pero... vamos a ver: usted que le está tratando de cerca en estos días, ¿cree que no está loco Verdaguier?

—Señor arzobispo: lo admirable es que no le he aya vuelto loco.

—¿Cómo? ¿Ni siquiera tiene manía persecutoria?

—Ignoro si tendrá tal manía, pero si existe... no deja de fundarse en hechos.

—¡Vengan los hechos!

—Pues dignese vuestra excelencia leer esta carta autógrafa del señor obispo de Vich al propio Verdaguier.

Rvdo. Don Jacinto Verdaguier, Pbro.
Vich, 6 de marzo (94).

Apreciado amigo: Como había dado orden para perpetuar a usted en la Casa de Asilo, no la he revocado y queda hecha la operacion.

Queda, pues, asegurada su subsistencia por este lado, sin que haya de satisfacer más cantidad alguna. No he intentado mortificarle cambiándole, aunque sea tan sólo hipotéticamente, de domicilio y haciendo un salto de lo más alto a lo más humilde. Esto no prejuzga nada y sucederá lo que haya de suceder; tan sólo asegura un rincón en caso determinado, que todo puede suceder en este pícaro mundo. Y Dios, que no reprueba, antes bien manda estos actos de prudencia, quiere que lo esperemos todo de su providencia; pero que seamos prudentes, poniendo de nuestra parte lo posible, y si de todos modos quiere probarlos *per vias duras*, no le faltarán medios.

Veremos lo que contesta don Claudio; también espero será favorable la contestación, pero es muy significativo se haga esperar tanto, y de todos modos demuestra no hay que esperar ya por este punto grandes cantidades. Si contesta favorablemente ya no hay que procurarse más; limitarse a lo que se tiene y sentarse a la mesa que se presente indicada por el Señor. Vuelvo a aconsejarle celebre a su intención y tendrá para gastitos y limosnas indispensables.

Le bendice su afmo. en J. C.—*El Obispo*.
P. D.—¿Se siente usted inspirado para formar parte de la peregrinación...? Deseo saberlo.

—Pues ahora vea vuestra excelencia los estatutos del asilo-manicomio y la cédula de admisión expedida por el administrador de dicho asilo.

«El infrascrito, administrador de la Casa-Asilo de señores sacerdotes de este Obispado, confieso haber recibido del Rvdo. Don Jacinto Verdaguier Santaló, pbro., por mandato del Excmo. Sr. obispo, la cantidad de *doscientas veinticuatro pesetas cincuenta céntimos* por los conceptos a continuación expresados:

Cuota de entrada de socio de 1.ª clase	24	pesetas.
Cuota de perpetuidad de 1.ª clase	200	»
Ejemplar de estatutos	0,50	»

Son 224,50 pesetas.

Vich, 6 de marzo de 1894.
José Clará.—*Presbítero Administrador*.

—Pero este asilo (repuso el señor arzobispo), ¿es de alienados?

—Por tal lo tienen, no solamente en Vich, sino en toda Cataluña. Y así lo entienden además los once médicos alienistas que han dictaminado largamente acerca de la presunta locura de Verdaguier.

—¿También los médicos han intervenido en el asunto?

—A ruego del interesado. Viendo éste correr extraordinariamente la noticia de su supuesta locura, y que se le quería encerrar a Ta fuerza en el manicomio, acudió en consulta a los alienistas más afamados de Barcelona, y en un largo informe, que puedo enseñar *autógrafo* a vuestra excelencia han declarado, de común acuerdo, muy sano a Verdaguier.

—¿Y qué hizo el poeta al recibir esa orden del prelado?

—Fugarse del santuario de *La Gleba* y buscar amparo en Barcelona en casa de la señora a quien confesé hace poco *in articulo mortis*. Este es el crimen, que yo sepa.

—¡Vaya, vaya! ¿Y qué puedo yo hacer en este asunto...?

—Mucho, señor arzobispo. Por de pronto, si no le parece mal, escribir al de Vich o apoyar la carta que yo pienso dirigirle, para ver si termina

esta precaria situación de un hombre que tanto vale.

—Sí, que vale mucho. Por Verdaguier se puede hacer cualquier sacrificio. Bueno; tráigame usted la carta que piensa escribir al señor obispo de Vich y ya la incluiré con otra mía.

Al día siguiente, 13 de diciembre, llevé al prelado el borrador de mi carta, en que, a ruego mío, quité y añadí cuanto a fe mía creyó oportuno. La copié de nuevo, quedándome con el borrador tachado y añadido, que aun conservo, comprendiendo que en este asunto era preciso andar con tino y pies de plomo.

El día 14 puse en manos del señor arzobispo la carta-introducción del arreglo reservado para rehabilitar a Verdaguier. Y por si acaso el prelado de Madrid, por sus muchas agobiantes ocupaciones, demoraba el remitir mi carta con la otra suya al señor Morgades, aquel mismo día puse en el correo copia de la carta que decía lo siguiente:

«Madrid, 14 de diciembre de 1897.

Excelentísimo señor obispo de Vich.

Mi venerado señor obispo: La divina Providencia ha querido, sin yo pretenderlo, darme conocimiento y participación en el asunto enojoso que tiene suspenso a mosén Jacinto Verdaguier. Habiendo yo confesado para la eternidad a doña Desideria Martínez (q. de D. g.), creo que su muerte ha cambiado la situación de Verdaguier, el cual siempre deseoso de la paz, quiere anora, mejor que acudir al Tribunal de la Rota, como algunos le aconsejan, valerse de mi mediación ante su ilustrísima para poner término al litigio que le tiene sin el consuelo de celebrar el santo sacrificio de la misa.

En nombre suyo, yo me permito acudir humildemente a los pies de V. E. para que en su alta sabiduría se digne señalar la manera de conseguirlo, quedando a salvo la autoridad episcopal y haciendo en ésta brillar la misericordia de padre, más que la potestad de juez.

Rogando al Dios de paz, cuyo natalicio celebramos pronto, que prospere los días de V. E., besa su anillo pastoral y le pide su bendición este su humilde. s. y cap.»

P. Miguelez

P. D.—«Una copia de esta misma carta recibirá vuestra excelencia por conducto más autorizado que el mío, del excelentísimo señor arzobispo, obispo de esta diócesis, con quien he hablado del asunto. Y yo me decido a poner ésta en el correo por si este excelentísimo prelado, con sus muchas ocupaciones, retratase algo del envío de otra suya, que acompañará a la copia de la anterior.»

Leída esta carta a Verdaguier, le pareció bien, porque de intento habían descartado de ella, no sólo cuanto pudiera molestar en lo más mínimo al señor Morgades, sino además las causas y motivos de la suspensión canónica que darían margen a inútiles discusiones epistolares, demeradas del éxito que se buscaba por el camino más breve. Y se insinuaba nada más lo del Tribunal de la Rota, para dar a entender al prelado de Vich que Verdaguier se hallaba penetrado de la justicia de su causa y que podía ser defendido por alguien en los tribunales.

Mientras el señor obispo de Vich contestaba a esta primera carta, y por si acaso venía removiendo cenizas de sucesos tan funestos como irremediables, no estará de sobra advertir que, deseoso de prepararme para la defensa de lo razonable y justo, supliqué al poeta me diese cuantos datos tuviera y que fuese franco y explícito conmigo; pues de lo contrario, yo no podía prestarme a una obra en que, por falta de sólidos conocimientos, fracasase en mis buenas intenciones.

Y comprendiendo también que es difícil y expuesto formular un juicio exacta en cualquier litigio sin oír a las partes contendientes, procuré averiguar (a espaldas del mismo Verdaguier), las razones y reparos que sus adversarios tendrían para hacer lo que hicieron.

El lector podrá juzgar de los hechos que voy a exponer, absteniéndose ahora de todo juicio favorable o adverso.

(Continúa en el próximo número.)

LO OCASIONAL Y LO PERMANENTE

LA política internacional de las naciones se configura fundamentalmente en función de su emplazamiento geográfico y de sus intereses. Una política internacional sólo es racional y coherente cuando tiene una conciencia clara de lo que obliga ese emplazamiento geográfico y de lo que exigen esos intereses. Estos principios no siempre son observados por las potencias, grandes o chicas, y de esta conducta se derivan incontables males. Tenemos presente, al expresarnos así, el ejemplo de algunos pueblos europeos, cuya política exterior nunca tuvo en cuenta el hecho de que su territorio estaba enconestado entre dos colosos, provocando los inevitables y periódicos «repartos», «inversiones», etcétera, de que han sido objeto a lo largo de la historia. Sólo un desconocimiento de los mandatos de la geografía pudo alimentar en la imaginación de sus estadistas una confianza desmedida en las garantías a ellos ofrecidas por otros países muy lejanos de sus fronteras.

Podríamos postular como ejemplo diametralmente opuesto el de España, que ha sabido mantener su neutralidad en dos guerras mundiales por no estar comprometido en ellas su espacio geográfico y que a la hora de concertar alianzas lo hizo exclusivamente con Portugal, por constituir esta nación con nosotros una natural unidad estratégica: La peninsular.

En cuanto a nuestros intereses, éstos tampoco estaban vitalmente interesados en el signo que tuviese la victoria en las dos últimas conflagraciones. Lo que ha ocurrido en la postguerra abunda en este criterio, expresado ya clarívidamente en nuestra Declaración de Neutralidad. Entonces, como ahora, la política internacional española se endereza, dentro de otros fines superiores, al mantenimiento de nuestra soberanía e independencia nacional y a la convivencia pacífica con las naciones vecinas. Todo esto se ha conseguido. España, hoy más que nunca, es dueña de sus destinos históricos y lleva varios siglos de pacífica convivencia con Portugal, remontándose a 1808. nuestro último «tour de force» con Francia. Sólo hay una nación en Europa, Suiza, que pueda igualar este expediente de buena vecindad.

Sobre la jalsilla de estos principios permanentes dibujan su familiar silueta las incidencias de la política internacional derivada de la liquidación militar y política de la segunda guerra mundial. Estas incidencias son múltiples, cambiantes y diversas. Por serlo, las naciones occidentales, obligadas a suscribir alianzas muchas veces en conflicto con sus reales intereses y con sus mandatos geográficos, que nos permiten ver a Grecia y Turquía inscritas en el Pacto Atlántico desde su rincón del Me-

NOMADEANDO POR

SIDI-IFNI

De nuestro enviado especial
José Luis Castillo Puche

EUROPEISMO E INDIGENISMO

EL director me puso un pasaje de avión en la mano y me dijo:

—La Magdalena te guíe.

El avión para Sidi-Ifni sale a las ocho y media de Barajas. A las seis y media hay que estar en la plaza de Neptuno viendo cómo al dios del pincho se le hiela la barba oceánica. De Madrid a Sidi-Ifni hay 2.034 kilómetros. Se hace escala en Tetuán y en Casablanca.

En el avión me toca al lado de una italiana esgipada y morena que es como un anticipo de las «saharauis». De vez en cuando abro la espita del aire y miro las nubes. La italiana, sin hacer caso del «aviso», fuma igual que un carretero. El momento de mayor intimidad entre los dos se da cuando me pide que le explique cómo se abrocha el cinturón. Para disculparse dice:

—Muy retraseros los aviones de ustedes.

No sé cómo son los cinturones en otros aviones más modernos; pero los de la «Iberia» hacen su papel, por lo menos, a la hora de medir el talle de una muchacha.

La napolitana se apeó en Casablanca. No sé si influenciado por las películas americanas, yo pensé que tenía que ser una canzonetista.

Todo va bien mientras uno se sabe pisando nubes de la Península. Igual me da que sea Castilla, que Levante, que Andalucía. Desde arriba todos los pueblos me parecen Don Benito, La Carlota o Cuenca. Si nos caemos—piensa uno con insensata tranquilidad—, todavía algún compatriota podrá

identificarnos. Además, los cementerios de España, desde la altura, parecen fincas de recreo.

Pero la inquietud comienza al saltar el mar, justamente al cruzar la parte ancha del Estrecho, que es como una purga, algo que se toma en menos que canta un gallo, pero que nos produce una revolución en las vísceras. Aquellos kilómetros de agua verdiazul, de espumas y gaviotas, parece que sean una especie de burladero para nuestro ímpetu y nuestro optimismo.

Y además está Gibraltar. A dos mil metros de altura, y a lo lejos, el Peñón parece la jiba de un camello. Una jiba molesta, sobre la cual nomadeamos los españoles desde hace doscientos cuarenta y nueve años esperando a que revienta. En la vida del camello llega siempre un momento en que al presuntuoso mamífero le da por decir: «No doy un paso más», y decide barracar y estirar el cuello un poco más y morir. El día que este viejo camello del Peñón decida morirse, sentiremos los españoles un gran alivio en los riñones.

Ya volando sobre Africa es difícil saber si estamos sobre territorio francés o español; los dos Marruecos están amasados en la misma gleba rojiza; de la misma arcilla parecen estar hechos los poblados de uno y otro lado. Desde las nubes los dos territorios pueden pasar por uno mismo, y, sin embargo, hay un instinto—quizá sólo la imaginación—que nos hace decir: «Esto me huele a español», «Aquello es más franchute que Ro-

TEN UNA POLITICA INTERNACIONAL

diterráneo Oriental, han buscado un denominador común: El anticomunismo, comodín de todas las barajas.

Pues bien: España es, en la Europa occidental, una de las pocas potencias que no han subordinado su política exterior a la línea comodín del nuevo anticomunismo; está fuera de todas las alianzas que a este efecto se han concertado: No pertenece a la N. A. T. O., ni ha participado en los proyectos europeos de unificación política, económica ni militar. Su todavía «non nato» acuerdo bilateral con los Estados Unidos, pone aún más de relieve esta no sujeción de España a esa línea comodín que no pasa por los Pirineos; que de pasar por alguna parte debiera hacerlo, cuanto más, hacia el Este, mejor, como dijo una vez Francisco Franco.

La política internacional española ha librado sus batallas en otros frentes que no son sólo el puramente anticomunista, y sigue librándolas, codo con codo, con Portugal y los países árabes e hispanoamericanos. Uno de los frentes donde se «defiende» está paradójicamente inscrito dentro del llamado «mundo libre»: Dentro de las rotas órbitas de influencia dibujadas por Francia e Inglaterra.

Por ser así, España no participa de las peregrinidades y confusiones de la no siempre tan

precisa línea oficial anticomunista. Nuestra política exterior no depende de los «gestos» broncos o amistosos de la Unión Soviética, ni de sus «guerras frías» o «calientes». Repudiamos de plano el comunismo como sistema y como doctrina, y aceptamos la necesidad de fortalecer militarmente ante la posibilidad de un empujón de Rusia hacia el Oeste. Pero, contrariamente a lo que ocurre en tantos otros países, nuestro proceso económico y nuestra situación política cubre todas sus etapas sin pagar impuestos a los cambios que puedan operarse en el régimen interno soviético ni a la reacción que estos cambios puedan suscitar en otras naciones. Se equivocan, pues, quienes suponen que nuestra conducta internacional puede estar determinada por el manómetro que registra las tensiones entre el Este y el Oeste. Se equivocarían igualmente quienes hiciesen depender de estos ocasionales vaivenes la eficacia de una situación geográfica y la cotización de unos intereses. Una y otra, como dijimos antes, son permanentes, y esto no se puede escamotear al compás del ceño o las sonrisas con que cada mañana se levante Malenkov.

EL ESPAÑOL

REL SAHARA ESPAÑOL



En Sidi-Ifni, donde no había hace diez años nada, existe hoy la bella ciudad que ahí se ve fotografiada desde un avión

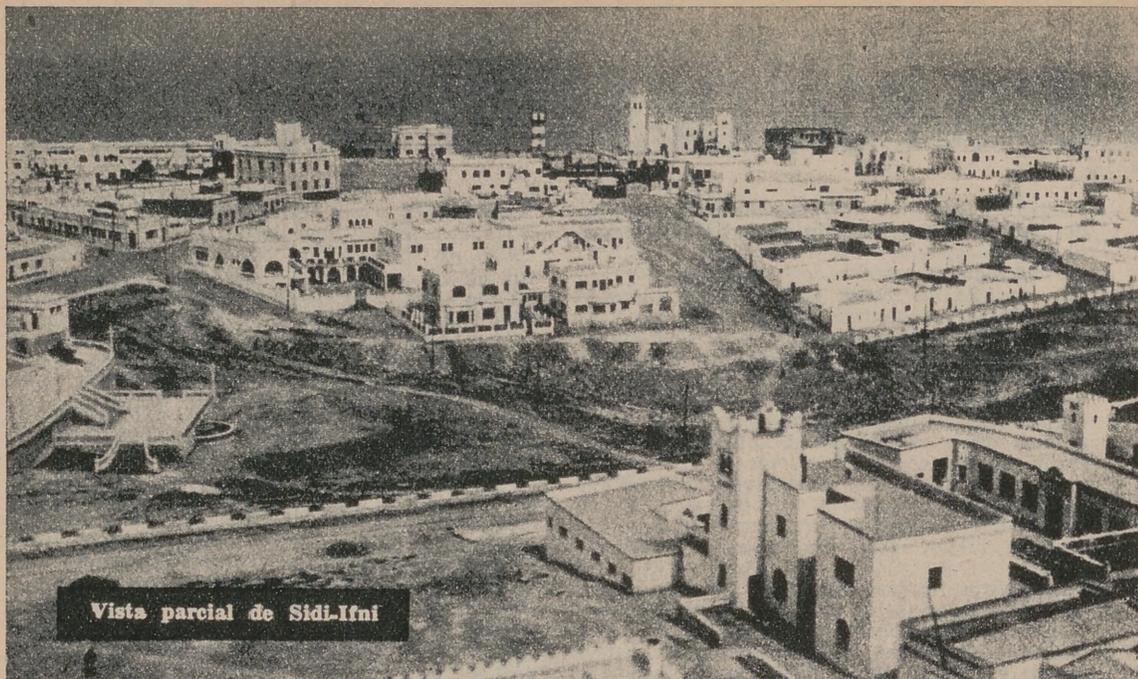
bespierre». Por lo pronto, en el Marruecos francés están los ánimos bastante soliviantados y hasta alguien dice que abriendo surcos en la arena, se pueden encontrar fusiles rusos. En el Marruecos español, gracias a Dios, hay paz. Claro que todo esto no puede apreciarse desde arriba. Desde arriba toda la franja de Marruecos parece un inmenso mantel, sobre el que acabará de volcarse un jarro enorme de vino tinto.

Los pasajeros empezarán a pedir mantas. No hace falta mirar al mercader. Allí están los montes

del Atlas, cubiertos de nieve, como la nata sobre un flan.

Después la tierra africana vuelve a ser lisa y solitaria. Parece desde lo alto la piel sangrante y estirada de una fiera antigua cogida en atroz cacería y puesta a secar. Por algunos lados ya está amarilla, como el parche de un tambor.

O yo lo he soñado, o San Agustín vino a decir en el siglo IV que Africa sería el Continente del porvenir. Uno no sabe bien a qué pudo referirse el terrible obispo de Hipona. Pero seguramente



Vista parcial de Sidi-Ifni

quiso referirse al porvenir que seguirá a la muerte universal. Autores muy solemnes y barbados—como Juan León el Africano y Luis de Mármol y Carvajal—han sostenido que alrededor del Masa, donde dicen que hay enterrados hombres de diez metros de longitud, donde las ballenas del Atlántico tuvieron su cementerio «oficial» y donde es, además, tradición que Jonás fué escupido por el tremendo cetáceo, sonarán las trompetas del Juicio Final. Y ese día toda la Humanidad aguardará en las penillanuras de África el fallo último y definitivo. Se comprende que el sitio elegido para tan trascendental «meeting» sea el desierto, donde no hay colinas ni valles, para que no puedan unos quedar más altos que otros. Allí, sobre la arena, todos de pie, se hará la tabla rasa de esta vida. Seguramente a esto se refería San Agustín.

IFNI A LA VISTA

El ingreso en el territorio de Ifni lo hacemos saltando la barrera del acantilado, especie de muralla china, que alcanza por algunos sitios a los ochenta metros y que parece estar ahí para que los peces no sepan nunca lo que es arena ni lo que es playa.

Al entrar en Sidi-Ifni más bien nos sorprende el colorido de esta tierra húmeda y hasta entrañable. Esperábamos ver el desierto y las tierras calcinadas por todas partes, y resulta que nos salen al encuentro huertos con adelfas al lado de los maizales y coquetones jardines que parecen precintar la cal de los pozos. Balsas de agua recóndita alimentan lo mismo al naranjo que a la berenjena, a la dulce palmera y al argán espinado. Y en las orillas de los ríos (los «uadan») surgen intentos de valles tiernos y hasta bucólicos. La tierra roja de Sidi-Ifni se ve que no necesita más que agua. Lo demás corre de su cuenta.

Al interior ya es otra cosa. Cuando los ojos se habían animado con la fresca caricia de las parcelitas de remolacha y tomate, como preparadas ex profeso para el turismo, surge de pronto la sabana caliza, el cerro gris, el paredón roqueño cortado a filo de hacha o la tapia de las laderas aserradas como por la mano temblona de un tartamudo. Por todas partes, vacía y reseca, como garganta de borracho sin blanca, la rambla pedregosa, que sólo ve el agua de la torrentera, esa agua loca que va de la nube al mar sin decir ni «¡Dios me valga!» y sin compadecerse de la tierra ni del habitante, que tendrá que comprarla en bidones y latas a lomo de burro.

ME QUEDO SIN PASAPORTE

La llegada del avión es un acontecimiento en Sidi-Ifni. En cuanto toma tierra es rodeado por

una nube de habitantes impacientes y curiosos que esperan la carta de la «península», a un familiar o simplemente los periódicos. El avión se queda en medio, complaciente y grandón, abierta la barriga como una clueca entre sus pollitos. Allí están madre, hijas, brigadas de tiradores y moritos con el culillo al aire, que se le pegan a uno pidiéndole «una peseta».

Los paquetes humanos que el avión deja somos muy pocos; pero lo que importa allí son las cartas y los paquetes de periódicos, únicas ataduras con la Patria de aquellos aventureros incorregibles que eligieron un clima pegajoso y húmedo y un mar sin puerto para sus huesos endurecidos. Casi todos los jefes militares que he conocido por estos territorios son aventureros de buena ley: tenientes, capitanes y comandantes que en nuestra guerra recibieron algún balazo y que luego, para no aburrirse, se fueron a Rusia a seguir la racha. Ahora están en el desierto haciendo boca para lo que pueda venir.

En cuanto, con mi maleta en la mano, me echo a andar sintiéndome turista, un guardia civil viene y me recoge rápidamente el pasaporte. —Pero, mire; que tengo que ir al interior—le dije.

—Aquí, señor mío, para caminar no hace falta ningún papel..

Esta salida me deja un tanto desconcertado, porque mientras uno tiene un papel parece que tiene derecho a algo: a regresar, por lo menos, adonde le dieron el papel. Pero está visto que el desierto está reñido con la burocracia; allí no hacen falta salvoconductos de ninguna clase y el regreso parece ser tan problemático que no hace falta garantizarlo: si uno por sus propios medios sabe salir de aquel tártago doloroso y fascinador al mismo tiempo, ya saldrá. Si no, allá él.

No las tuve todas conmigo desde este momento.

EL MORO, LA MECANICA Y LOS PECES

Los árabes no están todavía muy convencidos de que el avión no sea un invento de los demonios. Miran y remiran al extraño pajarraco con la misma desconfianza y temor con que miran al pez sable, al gato marino y al tiburón. Si ellos no quieren bromas con el estafalario «Junker», menos las quieren todavía con el águila de mar o con el berrugato. Hasta el congrio y la cándida palometa tienen todos los respetos del religioso moro. Si alguna vez se hace pescador y se mete en las fallas es porque... a la fuerza ahorcan; pero su afición no está, desde luego, ni mucho menos, en el mar. Como tampoco lo estará hasta pasados quizá unos cientos de años en la mecánica. Si alguna vez les gusta fijarse y mirarle las tripas a un motor, se ve que tiene que ser sin prisas y con precaución, como por entretenimiento o como motivo para filosofar. Y cuando se le

pregunta discretamente sobre estas fobias suyas y sobre esta desconfianza de la técnica, la respuesta suya será, más o menos:

—¿Para qué? Nosotros querer morir siempre sobre tierra...

Decididamente los árabes quieren morir pisando la roca trizada del desierto, arropados por las sábanas de arena. A lo más, quieren navegar sobre la jiba del camello, que, con el rostro sonriente de una doncella, son los dos únicos inventos del Dios misericordioso y protector, hechos «de primera mano» para el musulmán devoto.

SIDI-IFNI, EUROPEISMO Y ZOCO

Aunque todo lo de Sidi-Ifni es lo que podría decirse «plato estudiado» — chalets y alcazabas, pantalón corto y zaraguéllas, veleta rematada en cruz y mezquita terminada en media luna—, el poblado tiene cierta unidad. Como la tiene el paisaje, a pesar de los contrastes entre las cuencas angostas, las mesetas tostadas y los olivos y los melonares, que asoman de vez en cuando para mayor desconcierto del turista.

Sidi-Ifni nació en 1934, con el desembarco del coronel Capaz, después de una serie de regateos diplomáticos y de pellizcos geográficos que nos pegaron nuestros vecinos los franceses. Sidi-Ifni se llamaba entonces Amsdog y era un poblado «(achar)» de 506 «tigmá» (casas). Hoy, a los veinte años de la llegada de Capaz, tiene unas 3.000 «tigmá» y más de 15.000 habitantes. Sidi-Ifni tiene guardias municipales, serenos y hasta dos «urinarios públicos».

Es Sidi-Ifni la capital del territorio, que, aunque parece tan pequeñito en los mapas, es más grande que alguna de nuestras provincias de la Península (y eso que Francia—repetimos—nos ha birlado unos centenares de kilómetros). En Sidi-Ifni vive el gobernador, que tiene mando sobre unos 35.000 «baamran», pastores y agricultores, para quienes la propiedad es sagrada, en contra del «saharai» del Sáhara, que no admite límites ni valles en el campo. El primero es capaz de matarse por defender un palmo de tierra; el otro, después de recoger su cebada, deja libre la tierra para el primero que llegue.

El poblado resulta bonito y, sobre todo, pintoresco. Las calles parecen trazadas por un tasador árabe, más bien rectas y esquinadas, como fórmulas del Corán. Lo peor de todo son las cuestas, que se deja uno el alma en ellas de tanto subir y bajar. Aparte de esto, la ciudad podría pasar por una estación de veraneantes, y si hubiera arbolado y un balneario con su «cura de aguas», podríamos creer, en un momento de distracción, que estábamos en Cestona. Pero eso del agua es música aparte. El agua en Sidi-Ifni es agua de una hora, agua que corre por la torrentera con la impetuosidad del Tercio, y que no deja más que nostalgia, infinita sed. El nombre de Ifni dicen que significa eso: lo que era y ya no existe; lo que existía y se extinguió; lo que quedó reducido a nada. Seguramente se refiere al agua.

La mezcla de europeísmo e indigenismo, como en otras ciudades de África, es lo más chocante aquí. Al lado del chalet enjardinado encontramos el alto tapial sin ventana, detrás del que anida el moro como gallina en corral. Estas casas del barrio moro tienen sólo una pequeña puerta, muy pintada, y si uno se atreve a mirar por ella verá, seguramente, lo que no quiere ver: una mujer desgredada o un niño entreteniéndose con un choto. No será raro tampoco que veamos a un moro con su barbita en punta cosiendo en una pequeña máquina «Alfa», mientras canturrea algo que se parece a las «Profecías» del Sábado de Gloria. Estos moros de Sidi-Ifni, vistos así en lo doméstico destruyen, por supuesto, toda leyenda de valor guerrero. La civilización los está echando a perder: ya usan zapatos de crepé, gafas ahumadas y le están tomando gusto a la cerveza y hasta al agua de seitz. Claro que lo que pierden por un lado lo ganan por otro, porque son pacíficos vecinos, que quizá es lo que importa. Y hasta se están haciendo puntuales y precisos como cualquier empleado del Instituto de Previsión.

CON LA CARA SUCIA, PERO CON EMPAQUE

El árabe de la Confederación Ait Ba Amrán tiene, sin embargo, cierta aristocracia. Es esbelto y elegante como un ciprés y todos ellos parecen arrastrar negligentemente un señorío fantástico,

ese señorío callado que no acaban de perder a pesar de que han recibido tantas y en el mismo sitio a través de los siglos. Porque aquello que se llamó Santa María del Mar viene a quedar, poco más o menos—los autores no se ponen de acuerdo, y unos lo ponen en la desembocadura del Arif-Sus; otros, del Arif-Ifni, o del Draá, o del Xebica, y otros, en Puerto Cansado—, donde estuvo el puerto de Guader, que era por donde entraba Diego de Herrera a la Berbería.

Estos nativos, que, como hemos dicho, parecen duques venidos a menos, a veces se muestran resignados, resignadamente tristes, y entonces su sonrisa es socarrona y cinica. Yo los he visto mirando con postalga las tumbas que hay a lo largo de la costa, donde quedan bajo las piedras amontonados los huesos mondos y lirondos de aquellos fieros combatientes de las «yihad», aquellas guerras santas que tuvieron su martirologio de «gurramen». Cada bereber parece en estos momentos de éxtasis un filósofo elegante y desdichado. De todos modos, España encontró un estilo sabio en su trato con el musulmán y ellos lo confiesan y pregonan.

Cada uno, eso sí, viste como Dios le da a entender, y llegar de improviso a Sidi-Ifni es como pasear por un pueblo de Levante media hora antes de que salga una procesión de Semana Santa. Sólo que el árabe no tiene prisa jamás, y verlos transitar da idea de que todos estuvieran enfermos, terriblemente cansados. Es la suprema filosofía de la pereza, aquello que los griegos llamaban ataraxia, imperturbabilidad del alma. Sus piernas son delgadas como alambres; pero vibran sus nervios como las cuerdas de un instrumento musical. Se mueven con cierto ritmo de coro antiguo, cimbreando la cintura y levantando mucho los pies.

Pero se mueven poco, desde luego. Son capaces de estar tumbados horas y horas sobre la dura piedra o apoyados en las esquinas, como apuntalándolas, mientras discuten horas enteras moviendo mucho los brazos y dando a la voz sonidos extraños, como de pájaros en jaula.

Otras veces se les ve acurrucados en las esquinas, y uno, recién llegado, hasta piensa que están haciendo algo feo y que también para eso tienen horas preceptuadas por el Corán, como para los rezos; pero luego uno comprende que todo es puro ensueño, pura divagación, esa sabiduría inalcanzable que han aprendido del camello y de los astros para pasarse el día suspensos entre el sueño y la libido.

«MOROS Y CRISTIANOS»

Al llegar a Sidi-Ifni una de las primeras cosas que hice fué entrar en la iglesia católica. Un





Una mujer de Ifni camino de la fuente

franciscano de barbas blancas hacia los siete domingos de San José para un grupo de españoles. Al salir, casi a unos metros, me encontré a unos árabes que, sentados en tierra, rezaban sus plegarias, levantándose de vez en cuando como si estuvieran haciendo gimnasia sueca. Seguramente no les había dado tiempo de llegar a la mezcuita.

El hotel que me habían señalado tenía un nombre absurdo: «Suerte Loca». En cuanto llegué, un criadito moro se puso a mi disposición con aire sumiso y servicial. Se llamaba «Cara Nieve» y daba la impresión de que aquel muchachito era de los expulsados de Granada en el siglo XV, y que desde entonces no había dormido.

Enfrente había otro hotel, el «Miramar», que regenta una belga católica casada con un moro. Entré el primer día en el «Miramar» sólo por curiosidad, y la belga, rubia sentimental, me pareció acogedora. Por cierto que pedí allí un par de huevos pasados, muy poco pasados, y me los trajeron duros como piedras. Esto se repitió otras dos veces, y la belga me explicó:

—Es culpa del cocinero. Usted comprenderá que no puedo decirle que rece un «credo», y no sé si en el Corán hay algo equivalente...

Comprendí la repercusión culinaria que puede tener la diferencia de religión y opté por tomar los huevos crudos, zambullidos en un vaso de vino tinto, un vino que me dijeron que era de Jumilla. Allí no sabían, claro, que uno se crió con vino de Jumilla y que lo huele a distancia.

Recuerdo aún otra anécdota que puede llamarse de «moros y cristianos». En las afueras de Sidi-Ifni se encuentran muchas chumberas cargadas de higos menudos y amoratados de esos que he visto tomar en Murcia a los huertanos por la mañana como si fueran churros. Los miraba yo, recordando mi tierra, y el moro que me servía de guía me miraba a mí de reojo.

—¿Qué dice el moro?—le pregunté.

—Dice que tú miras con mucho gusto el higo cristiano.

—¿El higo cristiano? Pero si son higos moros; al menos así les llaman en mi tierra...

—¡No, no! Higo cristiano, higo cristiano—y el moro se apartó, meneando la cabeza como si hubiera oído una flafemia. Me quedé pensativo con esto de tirarse el higo unos a otros. El pobre higo inocente de las barrancadas, que crece sólo para

servir de alimento al caminante y al pastor y que no tiene culpa de nada, se ve tildado de moro por los cristianos, y de cristiano, por los moros. Creo que corresponde a los filólogos, y hasta quizá a los sociólogos, el aclararnos esta cuestión.

LAS QUINIELAS, DEPORTE IMPOSIBLE

Mi primera noche en Sidi-Ifni, entre presentaciones y brindis, acabó bastante mal. Las presentaciones «de rigor» duraron poco y me cité con el periodista Vázquez para una cena «típica», como dicen los turistas. Entonces me dediqué a deambular por el poblado, haciendo estaciones de vez en cuando en los bares que se me ponían delante. Cuando a la noche me reuní con Vázquez en el Casino de Oficiales yo tenía ya más vasos de los que hubiera sido oportuno. Claro que en el Casino las cosas no iban mejor. Los oficiales en Sidi-Ifni tienen que beber, sobre todo los domingos de Liga, para consolarse de una cosa tremenda: no poder jugar a las quinielas. Allí se siguen las jornadas de la Liga con una emoción apoteósica. En los cafés moros, en la residencia de oficiales, en una especie de «Pasapoga» al aire libre que allí hay, los domingos por la tarde se interrumpen los discos bailables, las partidas de mus⁴ y de dominó, para escuchar, por donde salga—puede ser Radio Jerez o Radio Andorra—, los resultados de los partidos. Pero, señores, en Sidi-Ifni no se puede jugar a las quinielas por el retraso de los correos. ¿Han pensado los directivos del famoso sorteo lo que esto significa? Los habitantes de Sidi-Ifni son tan españoles como los de Guadalajara. No hay derecho a que el factor distancia les prive de poder probar su fortuna en las quinielas. Yo he podido observar que esto es una de las cosas que más acongojan a nuestros oficiales destinados allí.

¿No habría una manera de arreglarlo? Como cronista probé—aunque me esté mal el decirlo—, no quiero dejar de poner el dedo sobre este problema, como lo pondré sobre otros que, si bien son más caros, también costará más caro resolverlos.

AGUA, AGUA...; MAS AGUA

El clima de Sidi-Ifni pesa y nos hace caminar un poco arrastrados, como maletas de quintos. Allí no hay cielo despejado, por lo que me han dicho, más que una quinta parte del año, si viene bueno. El resto impera la bruma fría o la lluvia neblinosa, especie de humedad vasca, que se mete en los huesos y que no hay modo de desalojarla, como no sea a base de «blancos», ginebra o coñac. Quizá esta bruma es la que atrae tanto a gallegos y asturianos, que son los que más abundan entre la oficialidad. Por lo menos, este cielo triston y pesado debe prestarse al desarrollo de la «morriña», esa planta que amorosamente cultivan en su interior, y a la que tampoco le van mal los «chatos» y el tasqueo. Lo importante allí es tener un pretexto para beber, sea la humedad o la «saudade».

Pero cuando las tormentas dan su do de pecho en este enclave que no es desierto ni es Atlántico, entonces el cielo y el torrente parecen los mayores enemigos de la tierra. Y no intentes echar un discurso cuando arrecian las lluvias, porque no te oírán ni el cuello de la camisa. Hay un refrán árabe de estas latitudes que dice: «Cuando llueve, no hables.»

En las afueras de Sidi-Ifni todavía se levanta



La playa de Sidi-Ifni

como un milagro la «kubba» de Sidi Aali, especie de ermita sin campana que dicen los devotos del «morabito», que fué enterrada bajo las olas del mar en uno de estos arrechuchos del río, y que sólo después de cuarenta días de plegarias a Alah volvió a su pedestal de arena y roca. Yo he visto horas y horas a los «cheloj», a los árabes y a los negros, sentados al abrigo de esta tumba, esperando un grito que los sacara de su éxtasis. Este grito que esperan es siempre el anuncio de un desembarco, que también se las trae en Sidi-Ifni.

El problema está, ya lo hemos dicho, en que toda el agua que cae sobre Sidi-Ifni no quiere saber nada del país. Todo su afán es solamente llegar al mar. Por eso, España está construyendo dos embalses estratégicos: uno en Ibudraren y otro en el Arif La Arosi, que hacen más falta allí que el comer. Estos dos embalses convertirán 12.000 hectáreas de secano en regadío y costarán dieciocho y quince millones, respectivamente, ya presupuestados y que están siendo invertidos en un plan de obras de siete años consecutivos. Por las calles he visto a esos moritos, delgados como silbidos en el campo, que llevan cuatro latas, formando balanza, sobre el lomo de un burro, y que van vendiendo el agua a precio de oro.

Además de los embalses, que es una lástima que no vayan más a prisa, habrá que perforar la tierra por veinte o treinta sitios para dar salida al agua subterránea de las lluvias, que no hace nada dentro de la tierra y que podía estar muy bien regando las berenjenas y los tomates, que tantas vitaminas tienen.

Los embalses no sólo convertirán en tierras de regadío, según me han dicho los que entienden, estos miles de hectáreas, sino que también de ahí saldrá el agua potable para la ciudad y la fuerza motriz de la central eléctrica, que hace allí más falta y es más esperada que esa central lechera de que tanto se habla, pero que tampoco hemos visto todavía en Madrid.

BARCO A LA VISTA... O EL SUPPLICIO DE TANTALO

El suplicio de Sidi-Ifni, peor, quizá, que el problema del agua, es el problema del desembarco de mercancías. Sidi-Ifni es la paradoja viva de un puerto sin puerto, una ciudad costera a la que no puede acercarse un barco. Con el mar a sus pies, Sidi-Ifni está casi incomunicada por mar. Pone los pelos de punta solamente darse un paseo por lo que ellos llaman la playa, donde el mar bate incansablemente, bronceando, sobre las rocas inexpugnables del acantilado. A esta tabla rasa de la costa, de unos cincuenta metros de altura por término medio, no hay forma de hincarle el diente. Parece como si el mar, violento y desesperado, sólo aguardase un descuido para meterse por los resquicios tierra adentro.

Existen allí unas plataformas, de disimulada inclinación, fondo rocoso y diferentes batimétricas (¡vaya cultura!), que producen una serie de rompientes bravías, con olas como casas, que no hay barco que se las salte.

Parece ser que este litoral ha experimentado del siglo XV para acá una serie de cambios muy serios. Las ensenadas y cabos donde se refugiaban los barcos españoles y portugueses, o por donde hacían sus entradas, no existen en la actualidad. El Continente sufre por este lado un proceso de

elevación constante, al mismo tiempo que las masas de aluvión que arrastran los alocados uadian van rellenando sus desembocaduras y cegando todo refugio.

Los barcos que llegan a Sidi-Ifni con mercancías o pasajeros—puede ser el trigo de un mes, puede ser el brigada que vuelve de permiso o la culata del motor que ha de dar luz a un poblado—tienen, a veces, que esperar anclados, casi a dos millas, semanas enteras, hasta que el mar permita que se echen al agua los jarabos y se pueda salir, olas adelante, al encuentro del barco. El desembarco lo hacen los nativos, jugándose el tipo durante muchos días seguidos en unos «aguerribos» simplicísimos que a mí me recordaban, no sé por qué, la guerra de Troya.

A veces el barco, después de veinte o más días de espera, tiene que volverse a Las Palmas como ha venido, sin descargar ni el agua, ni el azúcar, ni la esperada culata del motor. El permiso del brigada se puede convertir muy fácilmente en dos meses, en lugar de uno.

También, a veces, los moros que se lanzan al desafío de las olas, nueve olas ininterrumpidas, una tras otra y cada una peor que la anterior, ven cómo uno de sus compañeros se desliza en el agua y no hay modo de sacarlo. Otras veces el moro se salva y son los sacos de azúcar los que se van al fondo, para confusión de los peces.

Durante la pasada guerra aparecieron por estos acantilados montañas de caucho virgen y también algún que otro cadáver de alemán o inglés, vencedor o vencido—para el caso es lo mismo—, que recibían cristiana sepultura junto a los pilones de roca donde la gaviota se desgajita.

Y, ¿tiene remedio este problema del puerto de Sidi-Ifni? Según dicen los técnicos, no existe ningún enclave natural que permita hacer un puerto como Dios manda, a no ser gastar una pila de millones que no sabemos si están listos para la empresa. Se necesitaría construir dos diques enormes. Una obra fantástica. Creo, sin embargo, que existen proyectos para adoptar un sistema de desembarco a base de un islote artificial y de un telesférico en comunicación con tierra, que remediará bastante las cosas. Lo que sí es cierto es que el Gobierno se preocupa de esto y para estas obras, por lo pronto, ha presupuestado quince millones de pesetas. Entretanto, la llegada de un barco a Sidi-Ifni es un auténtico suplicio de Tantalo.

Me tocó, precisamente, asistir a una de estas escenas. Mañanas y tardes enteras he visto a los moros tendidos sobre los guijarros de la playa o formando corrillos al abrigo de los depósitos. Miraban a las nubes y a las olas alternativamente, como intentando sacar la coordenada de ambas variables.

A mi lado, un teniente que tenía a su mujer y a sus niños en el barco se desesperaba:

—Y se tendrá que volver a Las Palmas, ya verá usted...

—¡Hombre!, no sea usted pesimista...

—No sería la primera vez. Ese barco se vuelve a Las Palmas como yo me llamo Ramón, y yo, entonces, me pego un tiro.

—Cálmese, hombre, que no será para tanto...

—¡Ojalá los hubiera traído en avión, aunque me hubiera entrampado para un año...!

No presencié el final; pero creo que el barco se tuvo que volver como había venido. Es una lástima que Ramón no tuviera más suerte, aunque lo del tiro es de suponer que no pasara de una exageración del momento. Puede que su mujer nunca le crea que la esperaba con tanta ilusión. Pero yo fui testigo.

CON LA MUSICA A OTRA PARTE

Había quedado con el «journalista» Vázquez en que tomaríamos un aperitivo en el bar «Recreo», que está en el cruce de la carretera que lleva al cuartel de Tiradores. A este cuartel, por cierto, no le falta detalle: gimnasio, piscina, biblioteca, bar y todos los et caetera que se quieran. Lo peor es que al lado del bar «Recreo» se lee un cartel que dice: «Precaución. Depósito de municiones.» (Confieso que cada colilla que veía arder o que yo mismo tiraba, me daba sudores y sobresaltos.)

Allí estaba yo gozando del humillo del bar «Recreo» cuando llegó un morito diligente que me

Recreo en una escuela de niñas de Sidi-Ifni. (Fotografías de Hernández Gil.)



buscaba de orden del general. Seguí al moro, bastante preocupado. «Nada—me dije—; que se acabó el viaje.»

Ya en presencia del general Tutor, lo primero que este me dijo fué:

—Usted, ¿no venía a ver el desierto?

—Claro, sí; a eso venía.

—Pues ya está usted saliendo en un avión que está ahora mismo en el campo esperándole.

—Pero es que... mi maleta...—intenté disculparme.

—Nada, nada; no se preocupe por su maleta. Puede tomar mi coche y con él recoger en seguida todas sus cosas. Entretanto, yo llamaré al campo para que le esperen. Dentro de dos horas estará usted en Cabo Juby, y aquí tiene una carta mía para el comandante Alonso, que allí se ocupará de usted.

No había nada que hacer. El general lo tenía todo previsto. Sus palabras eran terminantes y no admitían réplica.

Cuando llegué al campo, el avión estaba que se iba. Allí me acomodé como pude entre sacos de cebada, botes de mermelada, pollos con las patas atadas, un capitán y su familia, que marchaba trasladado; dos muchachas españolas que no sé dónde iban, pero que no estaban nada mal, y varios moros con cara de resignación.

Muy pronto, desde el aire, me di cuenta de que aquello de los jardines y los huertos con lechuga, tomate y calabaza, eran pura preparación, algo lo grado a fuerza de esmero para que el que llegue no se asuste de golpe y se vuelva por donde ha venido. Después de repasar, como en despedida pastoril, los bosques de adelfas y los parajes del valle de Asaca, y los casi idílicos palmerales de Biugra, nos dimos de narices con el desierto de verdad. Allí quedaban, tras los cerros, el pico del Yebel Bu Mesguida (1.250 metros), al que los portugueses llamaron Pico Fogo, probablemente aludiendo a su origen volcánico. Allí quedaba la región de Tragragra, donde los arganes alcanzan alturas de ocho y nueve metros. El argán es el árbol providencial del moro; de él sacan alimento para el ganado y aceite para la comida. Un aceite que ellos dicen que es mejor que el de olivo.

La región de Tragragra es para ellos una especie de Jauja, y a ella se alude en romances y salmos. Los historiadores dicen que allí vivieron los gétulos de la Historia; esa Historia que aprendimos en el Bachillerato hace muchos años.

—Dígame, señor Castillo, algo de los gétulos.

Sí; recuerdo que alguna vez me hicieron esta pregunta. No sé si entonces la contesté bien; pero ahora..., los gétulos..., los gétulos..., ¡cualquiera sabe!

Al cruzar la región de Xebica vimos ocho o nueve caballos salvajes que corrían endemoniados entre los matorrales y levantando nubes de arena. Después ya hablaré más detenidamente de estos caballos, que, por cierto, trajeron cola.

En el próximo número nuestro envío especial en los Territorios del África Occidental Española describe su llegada y estancia en Cabo Juby.

Acaba de aparecer el

“ANUARIO DE LA PRENSA ESPAÑOLA”

Contiene infinidad de datos sobre todos los periódicos diarios de España y “Hojas del Lunes”.



Una de las últimas fotografías de don Luis Ruiz Contreras

EPILOGO D

Por Luis RUIZ CONTRERAS

Don Luis Ruiz Contreras, colaborador asiduo de EL ESPAÑOL en su primera época, escribió, pocos días antes de su muerte, expresamente para nuestro semanario, el artículo que aquí publicamos. EL ESPAÑOL se complace en ofrecer esta última muestra literaria del fallecido escritor.

PARALITICO, dos meses en la cama o en un diván, de donde me traen y me llevan el enfermero y el ama de llaves, que me levantan y me acuestan, me visten y me desnudan como a un muñeco.

He perdido la memoria; sólo conservo de pasado referencias consiguientes a las personas que me rodean, hasta la visión del paisaje desaparecido para mí, que me veo en un escenario en cuyo fondo se alza un muro por donde se desliza un silencioso tren: es el paso de la Muerte. En primer término, el mismo tren parte de derecha a izquierda y lleva silenciosamente los condenados a morir, entre los cuales me veo sin emoción dolorosa. Es mi destino. De pronto, el último vagón, donde yo iba, se transforma en un hilo del que pende mi existencia. Esto me conmueve algo porque tengo apego a la vida, pero la reflexión me impone la realidad, que no permite sustraerse al Destino. Despierto y me rodean mis amigos: don Manuel Aguilar, su sobrino don José, madame Rebecca la esposa del sobrino; el doctor Vital Aza, el notario señor Porpeta, el editor señor Vergara, la señorita María, Gerardo el enfermero y Juliana el ama de llaves, asombrados de mi aparente resurrección. Luego llega el padre Valva, que me confiesa y me absuelve. Puedo irme satisfecho al otro mundo; pero como el hilo de donde pende mi vida no se ha roto voy a referir lo que guardo en mi desquiciada memoria.

A consecuencia de dos meses de incertidumbres y abandonos había llegado mi salud a un estado deplorable, que yo resolví valiéndome de mi amigo el farmacéutico señor Asensio de su primo el doctor Vicente Gutiérrez Asensio. Repusieron en parte mi anticuada medicina, que tenía por base la estriquina, el sulfuro, el arsénico y el calcio.

Con ello me repuse algo, pero tropezaba con las dificultades evacuatorias, que resolví at

Don Luis se preparaba diariamente su comida en la cocina de su casa



UNA VIDA

vidamente con media botella de agua de carabaña. Hizo un efecto inmediato; hasta el punto de no permitirme llegar al retrete y verme envuelto, como Voltaire y Felipe II, en la pestilente secreción del aparato digestivo.

El primer enterado de mi postración fué mi vecino el joven abogado don José María Jiménez cuando a las once salía para ir a su oficina y avisó al doctor Vital Aza, que se hallaba en plena consulta y la suspendió para venir a socorrerme acompañado por un ayudante y dos mozos. La impresión que le produjo mi estado fué deplorable, sin resolverse a tomar ninguna determinación.

Desde luego, como el ama de llaves es una mujer vigorosa y la acompañaba la señorita María, que tampoco se acobarda si se le ofrece una dificultad, comprendió el doctor que no era necesario ningún acto de fuerza y despidió a los mozos.

Roncó en la calle, al contener en seco su marcha, el automóvil de don José Aguilar, quien después de decirnos que don Manuel estaba ausente habló con Vital Aza para enterarse de la gravedad que ofrecía el caso y dijo al ama de llaves que desde aquel momento corría todo de su cuenta y que no se abstuviera de ninguna satisfacción por economía.

La señorita María, que actuaba de testigo mudo, bajó a telefonar al doctor Gutiérrez Asensio para que acudiera lo antes posible a reconocer el estado climatérico del paciente.

Uno tras otro acudieron el notario señor Porpetá y los demás, que sintieron angustia irreprimible ante la gravedad revelada por mi absoluto descendimiento.

Yo les hablaba del mundo ilusorio en que vivía, siempre con tendencia a reprochar las costumbres actuales, y no dejaban de acudir a mis labios frases agudas y punzantes, de las que alguna fué anotada por su originalidad; véase:

«De la confesión de este moribundo se puede hacer el juicio filosófico social de toda una época».

Vibra la estridencia de un pito y aparece el enfermero.

Tráeme la comida.

Entre Juliana y Gerardo me levantan del diván y me sientan en un sillón de mimbre inmediato; me ponen una banqueta entre las piernas; sobre ella una tabla, y como unas alcachofas que no pueden ser mejores ni mejor



El anciano escritor recientemente fallecido no abandonó su trabajo hasta el último momento. (Fotos Valmitjana)

cocidas, pero le falta la sazón del vinagre. Las cabezas de merluza están muy sabrosas, pero sabrían mejor con un poco de pimienta.

El médico ha prohibido los excitantes que sazonan las viandas porque atribuyen mi dolencia (con la colaboración del gusto) a los extractos alimenticios que ahora se llaman vitamina.

Ultimamente había extremado su empleo y me alimentaba casi en absoluto con el inglés «Bobril», del que absorbía dos frascos por semana; y al proponerme contrarrestar ese abuso con un alimento laxante, en vez de recurrir a la mermelada de ciruela adopté la de manzana, que obra como astringente. Y durante muchos días fué mi postre manzana cocida. Entre las ordenanzas del médico y mis caprichosas determinaciones llegamos a formalizar, de cierto, una de las funciones alimenticias. Pero en lo relativo a la parálisis el adelanto es tan lento que debo continuar valiéndome de los brazos de Juliana y del enfermero para variar la posición del cuerpo inerte, del que penden las piernas inactivas, mientras los brazos conservan su actividad y el cerebro funciona regularmente: lo cual me permite dictar estas notas, que resultaría imposible del todo escribir.

Si un lector, si hay alguno que siga mis pensamientos a través de mis variadas reflexiones, piensa: «Desde su juventud se llama el desmemoriado y con esta calificación publica sus memorias», le diré que existe una diferencia muy grande entre memoria y recuerdos; lo que yo publico son recuerdos, impresiones o emociones del corazón, y la memoria es una gimnasia del cerebro.

PENSAR Y MANDAR

Desde OVIEDO

El monumento a
Jovellanos en
Oviedo



COMO SIEMPRE, EN PRIMERA LINEA

DESDE hace algún tiempo, el más elemental observador ha podido apreciar el nacimiento de una corriente intelectual, más o menos coincidente, que viene enjuiciando la problemática de España, no sólo desde un punto de vista distinto al de la Falange, sino—lo que es mucho más grave, a nuestro juicio—considerando como inexistente la presencia de la Falange y hasta del Movimiento, en la vida pública nacional y la vigencia de su ideario.

La relevancia alcanzada por esta corriente ha sido notable, pues no en vano tuvo por cauce, entre otras, obras que alcanzaron premios nacionales de literatura o editoriales en diarios importantes. El hecho cierto de que estas ideas tengan escasas posibilidades populares y no hayan traspasado los grupos minoritarios, indiferentes los españoles a sus transnochados propósitos, no atenúan su interés.

Frente a estas iniciativas que sería ingenuo negar y que poseen un indudable rigor intelectual, consideramos inútil la dialéctica porque el abismo que nos separa de ellas hace posible el entendimiento. Nos separa el modo de ser, el temperamento, la visión clasista y burguesa de quienes las defienden. Polemizar con ellos es tiempo perdido y darles un importancia excesiva.

La lección que de todo ello hemos de sacar no es otra que la conveniencia de emprender por nuestra parte una insoslayable acción positiva de proselitismo que les anacronice definitivamente, actualizando nuestro bagaje dialéctico y dejando a un lado tópicos y sentimentalismos.

La necesidad de un caudal de doctrina puesta al día, tanto en su fondo como incluso en su técnica, aparece como de especial urgencia. Para ello contamos, además, con una institución que tiene por misión la de «investigar, con criterio político y rigor científico, los problemas y manifestaciones de la vida administrativa, económica, social e interna-

Por Francisco LABADIE OTERMIN
Gobernador Civil de Oviedo

cional de la Patria». Dicho Organismo podría ser, al propio tiempo, «escuela para la formación política superior de elementos destacados de las nuevas generaciones».

Consideramos preciso un nuevo planteamiento doctrinal. Figuras destacadas de nuestra Falange ya han advertido esta misma necesidad en otras ocasiones.

Y además de todo esto, imprescindible en el orden intelectual, en el orgánico o interno, también es indispensable una radical urgente vitalización.

Es hora ya de concluir con esa concepción puramente estática de la Falange, a la que se quiere ver anclada en un pasado, que, aunque glorioso, es sólo ya apoyo del futuro.

Es preciso dar, además, continuidad a nuestra obra y para ello en cada momento es necesario marcar la táctica apropiada. Esto nos lo dijeron José Antonio y Ramiro Ledesma infinidad de veces.

Quienes hace largos años venimos bregando por los pueblos, conociendo cada día nuevos hombres y problemas, inquietudes y circunstancias, debemos decir que nuestros camaradas y los españoles todos, lo que desean de quienes gobiernan es eficacia y comprensión. Estamos oblocados en una difícil situación política, no obstante lo cual, si sabemos inteligentemente combatir, a pesar de todo, aun podremos ganar más adeptos y simpatías y robustecer al mismo tiempo nuestro sistema.

Los matices políticos no separan a los hombres cuando quienes les representan son ejemplares y trabajadores, porque los españoles adivinan la intencionalidad que inspira a sus gobernantes y cuando les consta que son honrados sus propósitos, les siguen sin titubear. El secreto del por qué todos los españoles aman

a Franco sin diferenciación ideológica alguna está para mi en esta causa.

La única posibilidad de éxito que tienen estas anticuadas corrientes intelectuales ahora descubiertas y a que antes me refería, no es otra que la de explotar pusilánimamente nuestros posibles fracasos y defectos en el orden económico o administrativo, porque enfrentarse con nuestra doctrina no les es posible, pues ahí está tan vigorosa y auténtica como siempre, genialmente adivinada por José Antonio, como síntesis verdadera del ideario nacional.

De todos los modos, poniendo las cosas en su punto, mucho más interés político que la neutralización de estas gentes lo tiene el captarlos cada día hacia nuestro pensamiento a las clases medias y obreras, aun liberales o marxistas, mediante una profunda y decidida acción social revolucionaria.

Las incalculables reservas humanas y espirituales del falangismo, inagotables y entusiastas, nos permiten combatir sin desgaste posible en los dos frentes: en el intelectual y en el interno, mediante una constante labor de mejoramiento.

En ambos tenemos seguro el éxito, porque nuestro Estado Mayor cuenta con fuerzas suficientes para ello. La mayoría de los falangistas somos de infantería de primera línea, ardorosos e ingenuos, combatientes capaces de todos los sacrificios y victorias dentro de una maniobra, en la que se elija para luchar el campo más apropiado y conveniente.

Ocasión tan propicia como la presente jamás se ha ofrecido a una organización política alguna, y a Dios hemos de pedir no la desperdiciemos.

UN PLAN NACIONAL DE INVERSIÓN PÚBLICA

LOS fines fundamentales de toda política en sus aspectos económico y social son: elevar lo más posible la renta nacional y hacer que dicha renta se reparta entre los individuos de manera que quede cumplida la justicia social que propugna el Gobierno. A mayor renta nacional mejor será la situación económica de la nación y el nivel de vida de los españoles, y dentro de esta cifra total, su distribución en una forma justa será un complemento indispensable para conseguir el bienestar general. La enunciación de estos fines es cosa fácil; pero ya no lo es tanto, ni mucho menos, su consecución, por ser tantos los elementos que intervienen, todos los cuales deben ser cuidadosamente ponderados antes de decidir la línea de actuación más eficaz. Teóricamente, la mejor manera de conseguir tal eficacia sería establecer un control completo de toda clase de gastos, tanto públicos como privados. El objetivo «aumento de la renta nacional» quedaría cubierto de la forma mejor si todos los gastos se hicieran en la dirección más conveniente, y para lograrlo no cabe duda que sería la buena solución señalar a cada medio de que se dispusiera, fuera mano de obra, instalaciones o materias primas, su destino. Las directrices generales a seguir tendrían que ser, por una parte, una reducción al mínimo indispensable del consumo y, por otra, una dedicación de las inversiones hacia aquellas actividades más beneficiosas para la prosperidad nacional. Pero este control tan fuerte, posible en otros lugares y con otras ideologías, es incompatible con los principios que inspiraron el Movimiento español, que quiere dar al individuo la libertad de decisión. En años pasados la intervención ha tenido una importancia manifiesta porque no había más remedio, ante los gravísimos problemas de escasez planteados, que obligaron a proceder en forma contraria a los deseos del Gobierno. Pero tan pronto como la situación lo ha permitido se ha afojado la presión fiscalizadora, limitando la intervención a lo indispensable y procurando que más bien sea una dirección realizada a través de medidas generales indirectas, más fáciles de aplicar y más sencillas de cumplir. Ahora bien, y aquí es donde queremos ir a parar, esta norma de actuación, que tiene perfecta explicación en cuanto se refiere a los particulares y sus gastos, no hay que seguirla si atendemos a los gastos públicos. El gasto público es el que realiza el Estado, bien por sí mismo, bien a través de organismos también públicos que le están subordinados, y nada impide establecer un control suficiente que permita que todo se efectúe en la forma y cuantía estimada como más conveniente a la economía nacional.

Los gastos públicos, como los privados, pueden tener dos dedicaciones: el consumo o la inversión. Sin olvidar la importancia de los primeros y su influencia en los segundos, dedicaremos nuestra atención a estos últimos, a los gastos públicos de inversión o de primer establecimiento, dentro del límite de espacio a que nos sometamos.

El primer elemento a tener en cuenta al entrar a considerar la inversión pública es el problema de elección que en ella se da; problema que, por otra parte, se presenta en todas las decisiones de orden económico. Se dispone de una cantidad de medios más o menos grande, pero siempre limitada, que se enfrenta con una cantidad prácticamente ilimitada de necesidades, y el problema consiste en distribuir aquellos medios de la manera más eficaz o más conveniente a los intereses del inversor, en este caso el Estado. La cantidad de medios no es, desde luego, una cifra rígida, pero su elasticidad es relativa y siempre un pleo obligado dentro del cual hay que moverse, si aspiramos a construir sobre el suelo y no en el aire. La eficacia de una política no se mide por la grandiosidad de sus proyectos, sino por la eficiencia de sus realizaciones, y de nada servirá anun-

Por Juan Antonio ORTIZ

ciar y proyectar grandes obras, e incluso poner las primeras piedras, si más adelante, por falta de medios, se retrasan los trabajos o se paran y, en una palabra, lo que se hace o se termina es una caricatura de lo que se proyectó. Esta servidumbre de las necesidades a los medios, que en España tiene un carácter subrayable por nuestra pobreza, que trae consigo un ahorro muy limitado, debe ser la línea determinante de toda resolución en cuanto a las inversiones a hacer. De ello se deduce que para acordar una inversión no será suficiente con decir que es conveniente, ya que lógicamente lo son todas, sino que hará falta para aceptarla sin reservas que sea la más conveniente a la vista de los problemas económicos y de los problemas sociales planteados en toda la nación.

Nos referimos a los problemas económicos y sociales porque son precisamente estas dos preocupaciones las que llevan principalmente a los Gobiernos a hacer inversiones. La primera con la intención de poner en desarrollo fuentes de riqueza dormidas o poco desarrolladas para cuya explotación no se puede contar con la iniciativa privada, por la causa que sea. Se estima que la inversión es productiva y es precisamente el factor «incremento de la renta nacional» el que sirve de criterio de selección entre dos o varias. La preocupación social lleva a buscar remedio al problema económico más o menos angustioso de la población de una zona, haciendo que la explotación de sus recursos económicos se incremente o se ponga en marcha. Es muy raro que ambas preocupaciones no coexistan en cuantos proyectos se hacen, pero la intensidad de una y otra varía mucho. Existen planes en los que la preocupación económica es la más importante y otros en los que manda la social; pero, sea cual sea la que predomine, ambas deben apreciarse, máxime al estudiar las consecuencias de la inversión dentro de la estructura nacional. Esta circunstancia de existir dos criterios (económico y social) aumenta de nuevo la dificultad de la resolución a tomar, ya que son dos objetivos, que aunque muchas veces pueden ir paralelos, es también frecuente que no, y hasta que sean incompatibles. Dicho con un ejemplo: se puede dar el caso, y se da con frecuencia, de que para resolver el problema social de una región se precise un volumen de inversión que hace que su productividad sea bastante menor de la que resultaría con igual gasto en otra zona en la que el problema social no tenga igual característica de gravedad.

Se advierte con lo dicho que no es cosa fácil conseguir que la elección de inversiones a ejecutar por el Estado no sólo sea la más conveniente, sino que se acerque a ella. Acordar una inversión supone simultáneamente prescindir de otra (dentro de la situación actual española); atender un problema social es descuidar otro económico u otro social. Es el eterno problema de elección, que, por su trascendencia, exige un estudio muy metódico, que debe abarcar a todo el complejo nacional. Sin él los juicios que se hagan padecerán siempre de un fundamental defecto de origen, que llevará, con toda seguridad, a inversiones excesivas (dentro de la limitación de medios) en una dirección, en perjuicio de otras también merecedoras, sin más causa tal vez que la de que la primera se pidió antes o en momento más oportuno. Hace falta, en primer lugar, conocer cuáles son en todo el ámbito nacional las necesidades de inversión cuya atención corresponde al Estado; luego, estimar nuestra capacidad de inversión, medida en su totalidad, y, finalmente, hacer un reparto entre aquellas necesidades. Para realizar todo esto en buena forma juzgamos preciso ir a

la confección de un plan nacional de inversión pública. Reconocemos que el proyecto es ambicioso, ya que a lo que aspira es a que se examine y dirija en su conjunto toda la inversión pública nacional, con la idea fija y superior de orientarla hacia los terrenos más productivos en el campo económico o más necesitados en el social. Con un criterio realista, y partiendo de la base obligada de que la capacidad de inversión es limitada, habría que ir a trazar dicho plan con la suficiente elasticidad para poder recoger modificaciones en su curso, pero también con una unidad de acción subordinada a un solo criterio rector, capaz de apreciar toda la operación en su conjunto; cosa que nos atrevemos a decir no existe realmente ahora, ya que las actividades inversoras públicas se desarrollan con cierta libertad entre sí. Son muy pocas las naciones europeas, tanto de un lado como del otro del telón de acero, en las que no existen planes de tal clase, que reciben distintos nombres: planes quinquenales, planes de modernización, etcétera, etc. No se atribuye esto a una casualidad, sino a una conveniencia o tal vez, mejor dicho, a una necesidad, demostrada por la práctica. Las líneas generales a que podría sujetarse el proyecto que comentamos podrían ser:

a) Confeccionar un plan de inversiones respaldado por un presupuesto extraordinario. A él irían todas las inversiones estatales, tanto las a realizar directamente como las que lo sean a través de organismos autónomos.

Habría que trazar un plan a varios años, con unos fines de igual envergadura, pero lo suficientemente elástico para que pudieran producirse modificaciones en su transcurso según aconsejara la situación económica o nuevas necesidades surgidas; bien entendido que tales modificaciones no podrían afectar a inversiones concretas ya acordadas. Si determinada inversión exigiera por su importancia, relación con otras o cualquier otra característica, su ejecución en varios ejercicios, habrá que establecerlo así al acordarla, con la obra a hacer en cada uno de ellos.

b) La cuantía del gasto se fijaría cada año en función de la situación económica de la nación en cuanto a la posibilidad y conveniencia de obtener ingresos para atenderle por las dos vías factibles de impuestos y deuda (eventualmente, también ayuda exterior); bien entendido que, como ya se ha dicho, en ningún año podría irse a una reducción que supusiera dejar en suspenso obras comenzadas, sino simplemente que si la situación aconsejaba un descenso en el ritmo de inversiones, conseguirlo mediante la no iniciación de nuevas. Resultaría así que en el presupuesto de cada año habría unas partidas obligadas, que vendrían dadas por la continuación de las obras iniciadas en años anteriores, cuyo ritmo no podría detenerse, y otras partidas que podemos llamar «nuevas», correspondientes a las inversiones que se iniciarán, sobre las que cabría y sería necesario hacer un estudio muy detallado para apreciar cuáles eran las más convenientes dentro de la cifra de medios que se presupuestara. Dicho de otra forma: el cálculo de los ingresos, en sus dos canales de impuestos (superávit de ingresos sobre pagos ordinarios) y deuda, sería el primero a hacer, y partiendo de su suma algebraica y deduciendo de ella las partidas obligadas se obtendría la cifra total de las «partidas nuevas» a incluir. En el caso de que alguno de los gastos realizados tuviera la condición de préstamos o anticipos, sus reembolsos figurarían como partidas de ingreso en el año en que se verificaran.

Aun cuando ya se ha dicho antes, insistimos en la importancia de que la fijación de partidas nuevas sea resultado de un estudio objetivo y metódico, tanto en cuanto a su suma total como a su asignación parcial, ya que de él depende todo el éxito del sistema. En cuanto a la suma total, porque un cálculo con exceso (peligro el más probable) nos llevaría a no poder cubrir el proyecto o a que se produjeran perturbaciones económicas en todo el sistema nacional (por ejemplo, inflación) mucho más graves que los beneficios de las obras emprendidas; y un cálculo por defecto supondría dejar inactivas capacidades de trabajo, con el consiguiente retraso, y no sólo sin ventaja para nadie, sino con consecuencias (por ejemplo, paro) perjudiciales para todos. Y en cuanto a las asignaciones parciales, porque estando éstas dominadas por el citado problema económico de la elección (atender necesidades prácticamente ilimitadas con medios limitados), se hace preciso una muy cuidada ponderación de todas las posibles de-

dicaciones antes de resolver. Dicho en lenguaje vulgar, «no se puede llegar a todas partes», y por ello hay que acudir a las atenciones más urgentes y más productivas.

Si para la ejecución de alguna de las inversiones hicieran falta materias primas o mercancías escasas en el mercado español (por ejemplo, hierro, etc.), habría que tener en cuenta esta circunstancia, para considerar si su conveniencia es suficiente o no para distraer de la inversión privada dichas cantidades de mercancías escasas.

Partiendo del principio de que la inversión pública sólo debe producirse cuando la privada no exista o sea insuficiente, formaría parte del trabajo de los encargados del plan, cuando estimasen la procedencia de una inversión pública, el estudiar simultáneamente si podría reducirse o evitarse tal gasto público mediante estímulos a los particulares para acometerla por su cuenta.

c) Aun cuando ya se ha indicado, convendría decir expresamente, para una mayor claridad, que dentro de este plan tendrían que estar todas las «inversiones públicas estatales», incluidas las de todos los organismos autónomos o de cualquier otra clase en cuanto tuvieran carácter público, pudiendo, si acaso, excluirse las Corporaciones locales o provinciales (Ayuntamientos y diputaciones), por respeto a su autonomía y porque si se quiere pueden estar bien intervenidas en el momento de aprobación de sus presupuestos. Sólo de esta manera podrá conseguirse la indispensable unidad de criterio y de acción rectora del sistema en sus líneas generales. Naturalmente, cuando los organismos autónomos tengan sus ingresos propios, su superávit o déficit respecto de los pagos de consumo, se integrará en la cifra de ingresos por impuestos a considerar al estimar la capacidad anual de inversión.

d) Acordado el plan de inversiones de cada año, su ejecución seguiría encomendada a los mismos servicios y organismos que ahora la tienen, toda vez que el plan sólo persigue la coordinación y visión en conjunto de las operaciones. En muchos casos no sería preciso que en el plan se detallaran las obras o trabajos a realizar, sino que simplemente se cifraran las cantidades destinadas a la atención (por ejemplo, préstamos para construcción de viviendas).

e) El mencionado plan nacional de inversión podría estar dividido en secciones, incluso establecidas, no en función de los Ministerios de que dependan, sino de la necesidad específica que atendieran, tal como por ejemplo, viviendas, comunicaciones (subdivididas en carreteras y ferrocarriles), paro obrero, etc. Fácilmente se advertirán las grandes ventajas de un régimen de trabajo de esta índole, que permitiría tener a la vista y apreciar en su conjunto todo el esfuerzo inversor de la nación, y con ello la toma de decisiones ponderadas sobre los renglones en que debe intensificarse o reducirse la acción del Estado.

* * *

No hará falta decir que cuanto acabamos de exponer no pasa de ser un boceto de plan, sin más trascendencia ni alcance que señalar unas líneas generales iniciales que puedan servir de base de discusión de la idea. Un proyecto más detallado requeriría un estudio minucioso, y, además, no puede ser trabajo de una sola persona, sino de un grupo. Pero sí nos atrevemos a decir que si se llevara adelante sería una de las medidas más eficaces que se podrían tomar en bien del porvenir económico de nuestra nación. Los últimos años han sido de prueba para todos, al debatirnos en un ambiente de escasez y de incompreensión exterior. Afortunadamente el horizonte se ha despejado en los dos sentidos y nuevas perspectivas se nos abren que autorizan a tener aspiraciones muchos más ambiciosas en todos los órdenes; pero, como es natural, para mejor realizarlas hará falta someter a un método cuanto se haga. De igual manera que en una guerra es indispensable un general en jefe, al que todos están subordinados, y el que, con un criterio superior, toma las decisiones a la vista de los medios totales de que dispone, así debe haber en el campo económico una unidad de resolución. Y no cabe duda que la labor del llamado a decidir será más fácil, dentro de su gran dificultad, cuanto más se disponga de trabajos o planes redactados con un criterio generalizador, sobre todo en un aspecto tan importante en la vida económica como es la inversión pública.

PEQUEÑO DICCIONARIO PARA USO DE CINEASTAS VIAJEROS

Por
Luis GARCIA BERLANGA

FESTIVAL.—Estrellas sonriendo al cronómetro—cláusula 37 del contrato—. Aspirantes a estrellas mendigando un papel, en último término una cena, a través de una peregrinación por los largos pasillos de los hoteles de lujo. Un paisaje apropiado, limpio y cosmopolita, con ese «gag» necesario de la lluvia, allí donde el sol se anuncia como elemento constante y atractivo. Periodistas de revistas populares buscando el cisma sensacional para sus lectores. ¿Utiliza Gary Cooper tirantes especiales para enderezar la espalda? Periodistas de revistas especializadas buscando la microfotografía del sentimiento en cualquier plano de Buñuel. Por la calle, viejas millonarias de Texas travestidas en «cow-boys»—«Rolls-Royce» en lugar de «Malacara»—y muchachillos pálidos travestidos en Cocteau. En la sala de proyecciones del palacio, un público compuesto por la pequeña burguesía de la villa, a quien le gusta Rostand y la «Comédie Française» mucho más que el cine ése.

Los organizadores, el jurado, preocupados, sobre todo, por aquellos que se van a quedar sin premio. De vez en cuando, consultas a Asuntos Exteriores. Generalmente es este ministerio quien más entiende de cine.

En resumen, Festival = Merde.

ESTRELLAS.—Primer premio, indiscutible para las americanas. La fuerza de Hollywood es ésta. Bien cebados, bien adornados y—justo es reconocerlo—con una materia prima imponente, estos galanes, con una sola sonrisa, tambaiean toda nuestra inteligencia europea, incluidos, guión, diálogos y dirección de Vittorio de Sica, Darril F. Zanuc y Jesse Lasky, desde su particular «pentagono», dan la orden, y Marilyn Monroe, ella sola, deshace la línea Sigfrido. Veo un «slogan» cierto: «La guerra la ganaron los «GI.», Rita Hayworth y la coca-cola.» Y por cada mil botellas de este producto que Europa compre, América le regala un «GI» y un film de Rita Hayworth.

ESTRELLAS ESPAÑOLAS.—La madre, el padre, el hermanito, la tía del hermanito, la guitarra, postales y un telegrama al llegar y otro al salir.

«**SALAIRE DE LA PEUR.**»—Macrofotografía de la acción. Cine anti-«Cahier». Por lo tanto, buen cine para mí. El «Salario» es la mejor corrida de toros que hayan podido hacer los franceses.

«**VACANCES DE M. HULOT.**»—El «gag» llevado a extremos de observación y finura. Un Charlot proustiano. El único personaje deshumanizado es el del propio Tati. Pero la traducción del mundo que le rodea a situaciones donde el humor es plástica le acreditan como el número uno de los cómicos actuales. Y un homenaje al «music-hall» por ser el progenitor de tantas espléndidas criaturas cinematográficas.

«**STACIONE TERMINI.**»—Ni siquiera ese documental de la estación que dicen las malas lenguas. Todas las historias de amor, incluidas las nuestras, son hermosas; pero contarlas tiene sus dificultades. Mi homenaje a Zavattini por su heroica lucha para evitar lo que ha sucedido. Y lo que ha sucedido es que la película no interesa.

PARIS.—La gran piedra de toque para medir nuestra cobardía ante la vida. El que llega y se queda es el valiente.

BAZIN Y «CAHIERS DU CINEMA.»—Demasia-



Luis G. Berlanga (asomándose a la derecha de la fotografía) y J. A. Bardem (a la izquierda), con la actriz Lolita Sevilla, en la triunfal presentación en Cannes de la película española «Bien venido, Mr. Marshall»

da hipersensibilidad para estudiar el cine actual. Admiran a Bresson y a su microfotografía del sentimiento. En el Festival hubiesen premiado a Buñuel. Sinceramente, creo que su inteligencia crítica y creadora—incluyo a Bresson—no está a nivel con el espectáculo. Si ésta es la vanguardia de un cine nuevo me hundiré con Clouzot y sus narraciones desnudas.

TITINA DE FILIPPO.—Le felicito por sus diálogos de «Due soldi». Procuró no hablar de «Filomena Maturano». Me habla muy bien de mi película y, sobre todo, de Isbert. Más tarde descubrí en un rincón del Carlton unos «collages» extraordinarios. Los firma Titina de Filippo.

«**BARRABAS.**»—La lucha entre las tinieblas y la luz. En la sala vencen las tinieblas, la oscuridad. Y hay quien se duerme.

«**I CONFESS.**»—No llegué a verla. Pero su argumento es un veterano en los archivos de nuestras productoras. Casi siempre con este título: «Secreto de confesión».

«**LILL.**»—Ternura, poesía, delicadeza, estropeadas a ratos por la coreografía. Zsa-Zsa Gabor y Hollywood en general. A partir de esta película es preciso reservar una zona verde de nuestro corazón para Leslie Caron.

«**LA PROVINCIALE.**»—Mala nota para Moravia por su transcripción italiana de la Bovary. Buena, excelente, para el guión, y extraordinaria para Soldati y su equipo. Y un descubrimiento sensacional. Los italianos han adquirido ya el formato del film americano. Es la primera vez que un país europeo se enfrenta con Hollywood en iguales condiciones mecánicas. Falta, sin embargo, la estrella, ese gran invento y patrimonio americano.

CLEMENCEAU.—«¡Vive la France!», «Ils ne passeront pas», «J'acusse», etc., etc. Otra vez ante mí ese entrañable borracho ruso que se alista para la guerra del 14. ¡Guardad los viejos «Blanco y Negro»! ¡Guardad los viejos noticieros! ¡No tiréis vuestros films familiares! Este cine de álbum que se hojea gustará cada vez más. Y yo, al cine de archivo, al «Blanco y Negro» y, más aún, a la época que representan, los quiero y necesito con frecuencia.

VIAJE.—Sin prisas, pero sin pausas—léase catedral, mujer que pasa—, con un turno ágil de Llové, Bellveser y Berlanga para distraer los 4.000 kilómetros de Joaquín Reig al volante. La alegría



ograma de «El salario del miedo», la película de Couzot que obtuvo el primer premio en el festival de Cannes.

de entrar en España se tradujo en una ágil voltereta con coche y todo.

RENE CLAIR.—Muchos elogios hacia «Bienvenido» y «La pareja feliz». Pero lo encuentro seco, distante, metálico. Orgullo y timidez.

DE SICA.—Todo eso que hace, que dice, se lo perdono porque le acompañan Totó «il bouno», Bruno, la criada de Humberto D. y tantos otros que detrás de él me hacen señas amistosas para que no me enfade.

FRANCIA.—Ganas de vivir en un pueblo sin paisaje para ello. Es curioso que lo más triste de París sean las diversiones para extranjeros. Y un esfuerzo físico para ser alegres. Bajo ese mapa de agua que es Francia, las gentes construyen carreteras, hacen excursiones hacia el más mínimo rayo de sol.

CARRETERAS.—En las francesas, todo previsto. Hasta el accidente.—Te advierten la recta. Y te imposibilitan la aventura del extravío. Ni un animal ni, sobre todo, niños. La carretera en España es una invitación al malthusianismo.

PARIS OTRA VEZ.—Lo peor de París es que le gusta hasta a los imbéciles. Nos debían reunir a todos los liberales del mundo (yo llamo liberal, con Chardonne, a quien respeta la vida), meternos en

coches-camas, soltarnos en París y prohibirnos la salida. Cuando ya todo el mundo sea totalitario espero que París quede como campo de concentración para pequeños burgueses desviacionistas.

CINEMATECA.—Olor y color de museo. Musidora y Meliés mano a mano. Dentro de este recinto uno anda a 16 fotogramas por segundo, busca sobre las mesas las tartas de crema para echárselas a Tomasín y se sorprende e irrita cuando en la sala de proyección las imágenes hablan. Entre el público, predominio de viejos, que entran aquí por nostalgia de Fallières. Y falta, amigo Gafary, ese violínista para las escenas viradas en rosa.

VIEJOS.—París es su paraíso. Se les respeta. Se les mima. Tienen las calzadas libres para sus cochecillos de niño llenos de verdura. Y el Sena entero está a la disposición de los clochards, la manera más elegante de ser viejo.

PREMIOS.—La entrega tuvo un cierto aire de ceremonia oficial a lo III República. Muchos himnos, muchas banderitas y besos de Cocteau, me temo que no excesivamente patrióticos. Los premios, cuadros pintados por la gloria local y libros de lujo. Yo tuve suerte. Me tocó una edición de las «Odas de Anacteonte», con grabados de Decaris.

CANDILEJAS.—La emoción de siempre, las lágrimas de siempre ante el extraordinario melodrama de siempre. Pero yo me acuerdo de cuando esta misma emoción la provocaba con medios expresivos más simples. Entonces se llamaba Charlot.

SADOUL.—Aspecto de hombre terriblemente inteligente. Pero mira al suelo, como yo, y no es tímido, como yo. Le digo que iba a comprar su «Historia del cine», pero me había asustado su precio capitalista. Me contesta que el capitalista es el editor. Con él, dos periodistas, muy modostas, preocupadas—atención Manitas, Sen, Vidaurreta—por la suerte del obrero cinematográfico español.

CINES DE PARIS.—Espantosos. Espantosos y caros. Pero muchos.

PREMIO DELLUC.—Como este premio se concede a la mejor obra en mejoramiento del cine francés, este año se lo piensan dar a Bresson por no haber dirigido ninguna película.

CHARLES VANEL.—Un hombre. Vanel, en la pantalla y en la calle, está en esa línea del hombre maduro y noble, del perfecto «copain», con quien uno se ligaría para cualquier aventura. Y verle, tan ajena a «cock-tails», adulaciones o estúpidas vanidades exhibicionistas, le reconforta a uno de tantos malos ratos, aguantando a los astros de «flash» y autógrafos.

DESCUBRIMIENTO DE JACQUES TATI

Lo insólito en cine es el estilo.

Es difícil encontrar una manera personal de hacer en la obra de la mayoría de los cinematografistas. La atomización de oficios en esa gran fábrica de sueños que es el cine, desprovee de personalidad la inmensa mayoría de los films. Faltan muchas cosas en esta podrida Dinamarca; faltañ sobre todo autores, autores de dilms.

Excluyendo unos cuantos casos—de todos sabidos—el aficionado al cine sería incapaz de reconocer al autor de un film que se le presentase, si no fuese por una serie de datos exteriores a la obra que se proyecta. Y no estoy hablando de cualquier film, sino exclusivamente los films importantes o, al menos, films de realizadores importantes. Creo que mi afirmación es verdadera. La diferenciación es imposible en la mayoría de los casos. Y es imposible, precisamente, porque falta un estilo. ¿Existe acaso un estilo Wellman, un estilo Ha-

Por
J. A. BARDEM

taway, un estilo René Clement, un estilo Couzot? Es evidente que cada uno de estos realizadores atacan el problema particular de cada film de una manera personal. Pero esta manera personal, ¿hasta qué punto es diferente de las demás, hasta qué punto esta manera personal de hacer constituye un estilo propio, un elemento de identificación? La mecánica, la buena mecánica de estos profesionales no es específica de cada uno de ellos. En general, el estilo de hacer, el estilo formal, no posee la suficiente fuerza y originalidad, por sí sólo, para caracterizar a cada realizador.

Sin embargo, sí existe un estilo temático. Los temas, una cierta clase de temas, se dan con cierta frecuencia en la obra de un mismo realizador. Así, es natural

que se hable de un estilo Capra. Muchos aficionados habrán negado las primeras líneas de este artículo apoyándose en ese estilo Frank Capra. Estarán conmigo de acuerdo, espero, en que este estilo no lo constituye tanto una manera de hacer como una cierta clase de tema. En la obra de Capra existe, temáticamente, algunas dominantes. Por ejemplo, la confianza en la bondad humana, en la solidaridad cordial de los hombres. Sin embargo, estos temas que han dado lugar a esas películas, son obra de Robert Riskin. Cualquiera aficionado que viese el film «El caso 880» sin conocer los títulos de crédito, hubiese asegurado encontrarse frente a un film de Capra. Ahora bien, esa película no está dirigida por Capra, pero sí está escrita por Robert Riskin. Creo que la prueba es concluyente.

Un truco similar nos ayudaría a descubrir que el estilo Marcel Carné, es sólo un estilo temático que procede de su guionista habitual Jacques Prevert. Rota la

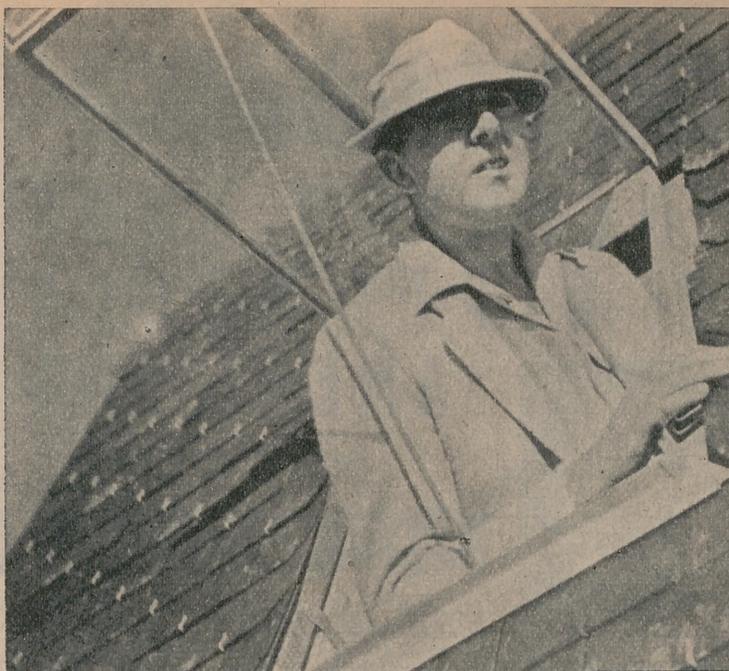
alianza Prevert-Carné, ese estilo desaparece y en los films posteriores a la reparación de ese dueño, Marcel Carné no presenta ningún distintivo inconfundible.

Quisiera volver a insistir en que el estilo de un realizador de un film es, conjuntamente, un estilo de hacer, una manera especial de «contar» cinematográficamente cierta historia y también, un estilo temático, una manera especial de ese cuento, una «wel-tanschuuung» específica en esa historia que se relata. Forzosamente, lo primero es mucho más escaso que lo segundo y tal vez sólo S. M. Eisenstein sea un ejemplo de estilo de hacer (1). El estilo temático es más frecuente, aunque también escaso: un Prevert, un Riskin, un Zavattini, tienen una huella personal que perdura aún a través de diversos realizadores de sus temas.

Si las dos posibilidades—la de escribir una cierta historia y la de realizar esa historia—se dan en una sola persona, es mucho más probable que exista un estilo, que exista un autor. De hecho, sucede así. En la despoblada galería de autores de films, pocos nombres se unen a los de Charlot y René Clair. Muy pocos. Yo tomo el riesgo de añadir dos más: Renato Castellani y Jacques Tati. Quisiera hablar otro día del italiano. Ahora, quiero presentarles a Jacques Tati.

Jacques Tati, ha realizado, ha escrito—en colaboración con Henri Marquet—y ha interpretado dos films: «Jour de fête» (1949), y «Les vacances de M. Ulot» (1952).

En ambos, el tema tiene una dimensión mínima. La llegada de una pequeña feria, de un «tio-vivo», a un pueblecito crea un día de fiesta. O bien, la historia del breve veraneo de unos pequeños burgueses. En ambos, también surge como personaje de la fábula el propio Jacques Tati, como cartero rural o incorporando al correctísimo M. Hulot. En ambos films, la historia consiste en describir minuciosamente—con profundo amor y profundo sentido poético, con delicado humor y suave melancolía—el paisaje humano que rodea a ese personaje que interpreta el propio autor. La historia carece siempre de dimensión espectacular, en el sentido de que no está construida al modo clásico. En las historias de Jacques Tati la «exposición» de un ambiente, de unas figuras humanas, de un clima, se prolonga en la película del principio al fin. El desenlace está implícito en el arranque de la historia. El carromato del «tio-vivo» viene y se va. Los veraneantes vienen y se van. ¿Cuál es la trama? ¿Cuál es el nudo? Simplemente un suceso, un pequeño suceso—El día de fiesta. los quince días de veraneo—resuena sobre las cosas y las personas. Auscultar finamente ese cuerpo—un pueblecito, un hotel modesto de veraneantes—, en el que un elemento extraño se ha introducido, constituye el entramado de los films de Jacques Tati. La arquitectura del relato no obedece a los moldes usuales. La historia es, sencillamente, una mezcla de diversos sucesos, de pequeñas estampas aglutina-



Jacques Tati, autor, realizador e intérprete de «Las vacaciones de M. Hulot», en una escena de este film, premio de la crítica en el último festival de Cannes

das, en escenas regocijantes o líricas, por las peripecias de un infeliz cartero de pueblo o por un atildado M. Hulot. Por otra parte, el diálogo falta en el sentido usual, y se reduce a un balbuceo confuso y lejano o a una serie de frases de manual. Tal vez—como en «Les vacances de M. Hulot»—el diálogo, al sólo decir «¡Buenos días!» diga cosas importantes. Los personajes de ambas fábulas son estrictamente reales, ligeramente deformados por una caricatura leve y amable. Sólo el personaje de Jacques Tati se deforma un punto más, tal vez para servir de canon a los restantes seres humanos de ese mundo.

A esta manera personal de ver y presentar un paisaje humano, cierto paisaje humano, se auna una manera personal de hacer. No existe esa expresión formal

exageradamente sobria, casi pobre, de los films de Charlot, donde el formalismo es meramente utilitario, ni tampoco esa cartesiana meticulosa y fría forma de los films de René Clair. Jacques Tati demuestra en su forma de expresión un depurado buen gusto, una bella exactitud, una plástica finísima y apenas perceptible a primera vista. Jacques Tati reúne, por tanto, las dos dimensiones esenciales que caracterizan un estilo, las dos constantes que lo especifican: una temática particular y una particular manera de hacer.

Con alborozo, pues, descubrimos a Jacques Tati, autor de films.

1) En un tono menor, está también un mimético «eisensteiniano»: Emilio Fernández.



Fotograma de «Jour de fête», primera realización de Jacques Tati, que fue hecha en 1949

**EL LIBRO QUE ES
MENEJER LEER**

CINCUENTA AÑOS DE DIPLOMACIA AMERICANA

(1900-1950)

Por George F. Kennan



F. Kennan. Como saben nuestros lectores, Kennan tuvo que abandonar el cargo de embajador de los Estados Unidos en Moscú, al ser declarado «persona no grata» por el Gobierno soviético. A este rango le llevó su prestigio como experto en cuestiones rusas. En efecto, Kennan ha dedicado gran parte de su vida al estudio de la Historia, la lengua y la política rusas. Entre 1927 y 1937 participó en tres Misiones norteamericanas en la Unión Soviética. En 1944 volvió a Moscú, después de ser liberado de un campo de concentración en Alemania, y sus informes sobre Rusia suscitaron un gran interés en el departamento de Estado, en Washington, valiéndole más adelante el nombramiento de director de la «Policy Planning Board» (Oficina de Planificación Política).

Pero el nombre de Kennan comenzó a ser conocido fuera de los círculos diplomáticos cuando publicó en la revista «Foreign Affairs», con el pseudónimo de «Mister X», un sensacional artículo titulado «Las fuentes de la conducta soviética». Puede decirse que con este artículo se inició una nueva política de contención del comunismo por parte de los Estados Unidos, que fué y sigue siendo muy discutida, ya que muchos americanos, especialmente los militantes en el ala derecha del partido republicano, alegan que no dió los resultados previstos, al producirse la agresión comunista en Corea. No obstante, el prestigio de Kennan era tan sólido que, a pesar de todas las críticas que de él y de su trabajo se hicieron, fué considerado como el candidato más idóneo para representar a los Estados Unidos en Moscú. Unas declaraciones a la Prensa alemana, consideradas como inoportunas en el Kremlin e incluso en algunos sectores políticos de Washington, pusieron fin, al menos temporalmente, a su carrera de embajador, en el momento en que se presentó su mejor oportunidad para poner a contribución sus conocimientos y experiencias sobre Rusia y el comunismo.

«Cincuenta años de diplomacia americana» es una recopilación de seis conferencias que su autor pronunció en la Universidad de Chicago y de dos artículos publicados en la revista «Foreign Affairs», el primero en julio de 1947 y el segundo en abril de 1951.

El propósito confesado por el autor en el prólogo de este libro ha sido el de establecer los conceptos básicos que deben informar las relaciones exteriores de los Estados Unidos a la luz de medio siglo de experiencia. Los cincuenta años de diplomacia americana que analiza Kennan con gran rigor crítico van desde la guerra con España en 1898 hasta la «guerra fría», pasando por la política de «puerta abierta» en China y por las dos últimas guerras mundiales.

LA GUERRA CON ESPAÑA

El primer capítulo del libro que glosamos se titula así: «La guerra con España». Después de exa-

MBO

George F. Kennan

35c

AMERICAN DIPLOMACY
1900 - 1950

The foremost American Analyst of the U.S.S.R.
Evaluates 20th Century U. S. Foreign Policy.



This important book reveals the strengths—and weaknesses—of American diplomacy today, and discusses the challenge of Soviet power.

A Mentor Book

minar los antecedentes de esta lejana contienda, Kennan escribe: «En lo que respecta al "Maine", nunca ha habido evidencia de que el Gobierno español haya tenido algo que ver con el hundimiento del barco. Tanto las autoridades españolas como nuestro cónsul general en La Habana nos habían rogado que no enviásemos allí el barco en aquel momento, por la razón evidente de que temían que esto pudiera originar contratiempos. El Gobierno español hizo todo lo que pudo para mitigar los efectos de la catástrofe, accedió a una investigación y eventualmente se ofreció a someter el asunto a la responsabilidad de un arbitraje internacional; una oferta que nosotros nunca aceptamos.

No obstante, parece que fué una sentencia de la Historia el que estos incidentes afectasen de tal modo a la opinión americana que la guerra fué inevitable con el hundimiento del "Maine". Desde aquel momento ninguna solución pacífica fué seriamente considerada por el Gobierno americano. Esto es particularmente significativo y desgraciado, porque durante las nueve semanas que transcurrieron entre el hundimiento del "Maine" y la apertura de hostilidades el Gobierno español estuvo muy cerca de satisfacer nuestras peticiones y deseos.

Por lo menos sobre el papel, el Gobierno español se acercó muy rápidamente, en aquellos días de abril de 1898, a la actitud y conducta que se le pedían. No se hizo nada para evitar que el Congreso siguiera una línea que llevaba directamente a un inmediato estallido de las hostilidades.

La decisión de nuestro Gobierno de ir a la guerra parece más atribuible al estado de opinión americana, al hecho de que era aquél un año de elecciones para el Congreso, a la verdaderamente fantástica belicosidad de un sector de la Prensa americana y a las presiones políticas que se ejercieron libre y fuertemente sobre el Presidente desde varios cuarteles políticos.

La resolución del Congreso mencionaba únicamente a la isla de Cuba. Nada indicaba dicha resolución que el Congreso estuviese interesado en otro territorio que no fuese Cuba o que el Presidente fuese autorizado a servirse de las fuerzas armadas para una empresa no directamente relacionada con la retirada española de Cuba. Esta resolución fué aprobada el 20 de abril de 1898. Sin embargo, solamente habían pasado once días cuando el almirante Dewey, introduciéndose en la bahía de Manila en las primeras horas de la mañana, atacó y destruyó allí mismo a la flota española. Y sólo unos pocos días más tarde el Presidente McKinley autorizó los preparativos para el envío de un ejército de ocupación.»

Un poco más adelante Kennan se pregunta por qué ocurrió todo esto. Y añade que incluso en nuestros días desconocemos una respuesta completa a esta pregunta. Se limita a enumerar algunos detalles: «Sabemos que Teodoro Roosevelt, que era entonces un joven secretario auxiliar de la Armada, pensaba hacía tiempo que debíamos ocupar Filipinas; conocemos su astuta designación de Dewey para el mando de la flota en Asia; que tanto él como Dewey deseaban la guerra, y que

llegó a una especie de acuerdo anterior con Dewey en el sentido de que éste atacaría a Manila, pasando por alto las circunstancias del origen y del objetivo de la guerra. Sabemos que el Presidente McKinley, al defender más tarde la acción de Dewey, demostró tener un pobre conocimiento de lo que realmente había ocurrido y confesó creer en un número de premisas estratégicas que simplemente no eran verdad. McKinley indicó que no había pensado en la ocupación de Filipinas cuando se dió la batalla de Manila y que la acción de Dewey fué iniciada solamente para destruir la flota española y eliminarla como un factor en la guerra. Pero si esto es verdad, todavía ignoramos por qué McKinley autorizó el envío de un ejército de ocupación a las islas pocos días después de la victoria de Dewey. No estamos seguros de lo que realmente ocurrió entre el Gobierno de Washington y Dewey antes de la batalla. Y sólo podemos decir que la acción del Gobierno de los Estados Unidos fué decidida originariamente sobre la base de una hábil y silenciosa intriga llevada a cabo por unas cuantas personas estratégicamente situadas en Washington; una intriga que recibió la absolución, el olvido y una especie de pública bendición en virtud de la historia de la guerra, por el hecho de que la victoria de Dewey fué muy brillante y agradable para el público americano, pero que si hubiese tenido otro resultado habría terminado con los rigores de una severa y extremadamente desagradable investigación del Congreso.»

Este capítulo lo termina Kennan con las siguientes palabras: «En mi opinión, vistas las cosas retrospectivamente, me parece improbable que las conclusiones que triunfaron en aquel debate fueran rectas.»

LA POLITICA DE «PUERTA ABIERTA»

En los capítulos que siguen mister Kennan alude a acontecimientos más próximos a nosotros y sobre los que abundan hasta la saciedad las interpretaciones. Refiriéndose a la política de «puerta abierta» en China, el autor dice que ésta fué una idea americana. «Fué establecida en contraste con la política de «esferas de influencia» practicada por otras naciones.» Lo que se pretendía con esto era impedir el reparto territorial de China y una política de discriminaciones territoriales. «Pero, finalmente, como no tardaron en demostrar los acontecimientos, ni siquiera fué ésta una política a la que nos sintiésemos inclinados a adherirnos, ya que pocos años después de nuestra adquisición de las Filipinas y Puerto Rico, y a pesar de nuestras solemnes promesas, establecimos regímenes discriminatorios, en conflicto con el principio de la «puerta abierta», en ambos territorios recientemente adquiridos.»

AMERICA Y ORIENTE

Aludiendo a las relaciones entre América y Oriente (capítulo III), Kennan escribe: «La tendencia a alcanzar nuestros objetivos de política exterior induciendo a otros Gobiernos a firmar profesiones de alta moral y de principios legales había de tener una grande y duradera vitalidad en nuestra práctica diplomática. Esto seguramente está vinculado a la fuerte fe americana en el poder de la opinión pública sobre los Gobiernos. Sin duda alguna tiene también conexión con la acusada tendencia americana a trasladar conceptos legales del terreno doméstico al terreno internacional: a creer que la sociedad internacional puede y debe operar sobre las bases de una obligación general contractual. Pero en Extremo Oriente este hábito diplomático parece haber alcanzado la situación de un método diplomático básico, y creo que tenemos razones para dudar de su eficacia y practicabilidad.»

En este capítulo Kennan hace una crítica bastante dura de la política que tradicionalmente han seguido los Estados Unidos en Extremo Oriente, y especialmente en el Japón. «La derrota del Japón no significaría su eliminación del problema de Extremo Oriente—glosa Kennan a un experto diplomático americano que escribió estas palabras proféticas antes de lo de Pearl Harbour—. Un pueblo viril no puede ser tratado por medio de la derrota y de la humillación nacional. Pero aunque fuese posible la eliminación del Japón no se mejoraría la situación en Extremo Oriente ni en el mundo. Se crearía meramente una nueva serie de tensiones y la U. R. S. S. sustituiría al Japón, como sucesora de la Rusia imperial. Nadie, excepto Rusia, saldría ganando con una victoria nuestra en

tal guerra. Estas palabras—termina Kennan—no necesitan más comentario que considerar la situación en que nos encontramos ahora en Corea.»

LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

Al referirse Kennan a la intervención de los Estados Unidos en la primera guerra mundial, en medio de acontecimientos sobradamente conocidos, como decíamos antes, hace algunas observaciones interesantes. Para él, uno de los elementos del fracaso político de la postguerra, que vino a malograr los frutos de la paz, fué el que los hombres que hicieron la guerra—Chamberlain, Hindenburg, Pétain—«no comprendieron el mundo de la postguerra; los jóvenes, que crecieron llenos de frustración, inseguridad y amargura, habían de sentirse un día extraños a los veteranos, empujándolos a un lado».

Examinando las causas de la intervención de los Estados Unidos en la lucha al lado de los aliados, el autor del libro que venimos glosando dice que no llega a comprender cómo el Gobierno de los Estados Unidos pudo dar tanta importancia a sus disputas con los beligerantes sobre los derechos de neutralidad. Esas disputas «irritaron a ambos beligerantes y agriaron nuestras relaciones con ellos, y me parece difícil creer que afectaban a nuestro honor nacional. Pero a medida que el tiempo fué pasando ocurrió algo completamente diferente: la conciencia del peligro de derrota con que se enfrentaban las potencias de la Entente y la advertencia del peligro que se podría cernir sobre nuestra posición mundial con la eliminación de Inglaterra como poderosa fuerza en el mundo. Además de esto, la superioridad de la propaganda británica y otros factores comenzaron a trabajar en beneficio de la causa aliada. El resultado fué el desarrollo de un sentimiento en favor de los aliados, y particularmente entre los dirigentes responsables americanos. Este sentimiento bastó para que Wilson y el Congreso acabasen con nuestra política de neutralidad en beneficio de los ingleses.

«Una vez que nos encontramos en guerra no vimos que nuestro mayor peligro podía descansar precisamente en una continuación demasiado larga de la guerra, en la destrucción del equilibrio de Europa y en el agotamiento de las energías vitales de los pueblos europeos. Todavía no comprendíamos entonces que el mayor interés que teníanamos nosotros en la guerra era el que ésta fuese llevada a su término lo más pronto posible. En enero de 1917 Wilson todavía argumentaba contra una victoria total. Pero cuando entramos en la guerra estas ideas fueron arrolladas por las poderosas corrientes de la psicología bélica. Entonces nos aferramos más fuertemente que nadie a nuestra determinación de que la guerra debía reñirse hasta terminar en una victoria total.» Kennan critica la política de rendición incondicional, de victoria total, haciéndola culpable de haber roto el equilibrio de las potencias, indispensable para el mantenimiento de la paz en el futuro. El error, sin embargo, había de cometerse también durante la segunda guerra mundial.

LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

En el capítulo V de «Cincuenta años de diplomacia americana» Kennan comienza preguntándose si podría haberse evitado la segunda guerra mundial. Aunque reconoce la fatalidad de algunos acontecimientos, añade que algo podría haberse hecho para impedir una nueva conflagración mundial. «Hablando de Alemania, hay dos cosas que me parecen de una evidente importancia, y en ambas, si los americanos hubiésemos querido, hubiésemos tomado una parte considerable. En primer lugar, podríamos haber tratado de conceder una mayor comprensión, apoyo y estímulo a las fuerzas moderadas de la República de Weimar. Y si con esto no hubiésemos logrado impedir el advenimiento del nacionalsocialismo, podríamos haber adoptado una más resuelta actitud contra las primeras provocaciones de Hitler. Es la última de estas dos posibilidades, la de una fuerte oposición contra Hitler en los primeros tiempos, la que ha predominado en la opinión occidental y la que ha constituido la fuente de la mayor parte de los reproches que se hicieron a los estadistas demócratas en el período entre las dos guerras. Incuestionablemente, tal política podría haber obligado al régimen nazi a una mayor circunspección, induciéndole a proceder más lentamente. Desde este punto de vista, una actitud firme en el momento de la reocupación de Renania en 1936 probablemente habría traído mejores resultados que

la firmeza en la época de Munich. Pero me temo que exageramos la relativa importancia de esta cuestión de detener a Hitler una vez que este estaba en el Poder, si la comparamos con la importancia del hecho de que una persona de su condición nunca debió acceder al Poder en un gran país occidental. Por supuesto, constituyó una derrota para el Occidente el que Hitler pudiese consolidar su Poder y obtuviese éxitos en los años 1933-1939. Una más enérgica actitud por parte de las democracias occidentales en verdad podría haber derrocado a Hitler, reemplazándolo por un régimen menos agresivo, antes de que estallase la guerra; de hecho existe la evidencia de que se hubiese podido intentar un cambio si los ingleses y franceses hubiesen tenido la vista de mantenerse firmes en los días de Munich. Pero en todo esto hay grandes incertidumbres. La atracción hipnótica del nazismo era todavía fuerte entre el pueblo alemán. Si alguien podía derribar a Hitler, presumiblemente habrían sido los generales. El que éstos hubiesen sido capaces de controlar la situación que siguiese, alejando los fantasmas, no sólo del nazismo, sino también de la agresividad alemana en general, reajustando pacíficamente sus relaciones con el Occidente, no es cosa segura. La gran desgracia del Occidente sospecho que no fue Hitler, sino la debilidad de la sociedad alemana, que hizo posible su triunfo.»

LA PENETRACIÓN RUSA EN EUROPA Y ASIA

Más adelante dice Kennan que se ha exagerado mucho la importancia de las concesiones que los aliados occidentales hicieron a Rusia en las conferencias de Moscú, Teherán y Yalta. «Si no se puede decir que las democracias occidentales ganaron mucho en estas conversaciones con los rusos, sería igualmente inexacto decir que perdieron demasiado. El establecimiento del poder militar soviético en la Europa del Este y la penetración de las fuerzas soviéticas en Manchuria no fué un resultado de estas conversaciones; fué el resultado de las operaciones militares realizadas durante las últimas fases de la guerra. No había nada que las democracias occidentales pudieran hacer para impedir que los rusos penetrasen en estas zonas, excepto el haberse adelantado a esta penetración, y esto no estaban en condiciones de hacerlo. El alegato de que las fuerzas soviéticas no hubiesen entrado en Manchuria si Roosevelt no hubiese llegado en Yalta a un entendimiento con Stalin, seguramente carece de sentido. Nada podría haber detenido a los rusos de su participación en las fases finales de la guerra del Pacífico, buscando el aprovechamiento de una oportunidad para conseguir objetivos que habían estado tratando de lograr durante media centuria.» «Lo peor que puede decirse sinceramente sobre las conferencias celebradas en tiempo de guerra y desde el punto de vista práctico es que fueron, en cierto modo, redundantes y alimentaron un cierto número de falsas esperanzas aquí y en todas partes. Un cargo más sustancial contra nuestra política con Rusia en tiempo de guerra es la de la continuación de la ley de Préstamo y Arriendo durante el último período de la guerra, especialmente a partir de la mitad del verano de 1944.»

Pero el tema de Rusia lo apura Kennan más exhaustivamente en el último capítulo del libro, que se titula «América y el futuro de Rusia», y del que vamos a extraer los párrafos más importantes y más interesantes para nosotros, ya que aluden a ideas y hechos que han adquirido un relieve muy singular, sobre todo a partir del fallecimiento de Stalin.

Comienza Kennan por descartar la guerra como medio de transformar la estructura interna de Rusia y por apuntar las razones por las que nunca la Unión Soviética podrá transformarse en una democracia liberal de tipo occidental:

«Si reparamos en primer lugar en la cuestión del sistema económico, vemos que Rusia apenas conoció la empresa privada tal y como nos es familiar en nuestro país. Incluso en los tiempos anteriores a la revolución, el Gobierno ruso siempre se reservó un cierto número de actividades económicas, especialmente en lo que respecta a los transportes y a la industria del armamento, que en nuestro país, tradicionalmente, o, por lo menos, normalmente, han sido privadas. A decir verdad, hubo en pasados períodos de la historia de Rusia distinguidas familias de empresarios privados, famosas por sus arriesgadas empresas comerciales,

llevadas a cabo en regiones poco desarrolladas. Pero para un gran número de indígenas el capital privado siguió siendo más conspicuo en el intercambio que en la producción de bienes. El gran negocio doméstico fué el comercio, más que la manufactura. Y los negocios no disfrutaban de tan alta reputación como en el Occidente. Había una tradicional clase mercantil profundamente rusa; pero no se distinguía ni se hacía respetar, en general, por su amplitud de miras o por un claro concepto de su propia responsabilidad dentro de la sociedad.»

«Todas estas cosas vienen a demostrar que si bien la empresa privada pudo haber existido en la Rusia zarista, no llegó a conseguir algo parecido al respeto y dignificación a los ojos del pueblo que adquirió en los viejos países mercantiles al comienzo de este siglo.»

«Si tenemos todo esto presente, vemos que no existe una base nacional rusa que nos permitiera el establecimiento allí de algo que pueda recordar al sistema de la empresa privada tal y como nosotros la conocemos. Esto no quiere decir que algo de esa base no pueda ser desarrollado un día. Puede serlo si las circunstancias son favorables. Pero nunca sería un sistema idéntico al nuestro.»

¿Cuáles son, no obstante, las posibilidades y límites de tal transformación?

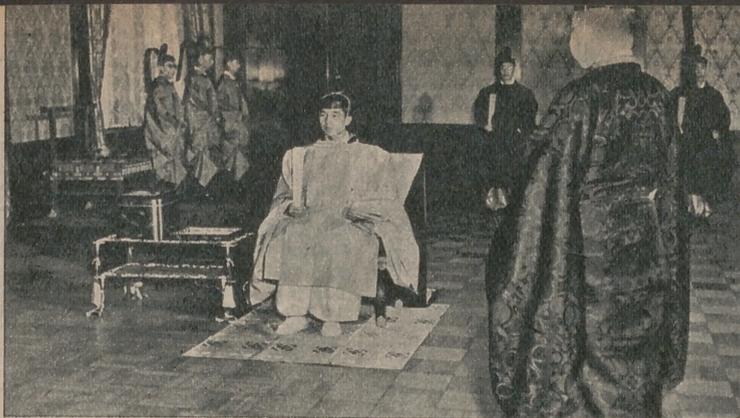
«Es verdad que el término «socialismo» ha sido empleado muchos años en estrecha relación con el término «soviet». Pero es fácil extraer erróneas conclusiones de este fenómeno. Es concebible que el comercio «al detall» y la actividad de pequeños servicios individuales, que tanto tienen que ver con lo grato de la vida diaria, puedan algún día volver, en gran medida, a las manos privadas, en Rusia. En la agricultura habrá ciertamente una amplia vuelta a la propiedad e iniciativa privada. Existe la posibilidad de que el sistema de mutua producción por cooperación entre grupos de artesanos, que es un sistema peculiarmente arraigado en la tradición rusa, pueda algún día constituir la base de instituciones económicas que podrían representar una altamente importante y prometedora innovación en orden a la aproximación a los modernos problemas del trabajo y del capital. Pero amplios sectores de la vida económica, reconocidos por nosotros como zonas normalmente acotadas para la empresa privada, seguramente permanecerán casi por entero en manos nacionales por mucho tiempo en Rusia, indiferentemente de la naturaleza de la autoridad política. Esto no sorprendería a los americanos ni les ofendería. No hay razón para que la forma de vida económica en Rusia haya de ser considerada como una cuestión que concierna vitalmente al mundo exterior.»

«En segundo lugar, al reconocer que el sistema interno de gobierno es un asunto de la exclusiva competencia de Rusia y que puede diferenciarse grandemente del nuestro, tenemos títulos para esperar que el ejercicio de la autoridad gubernamental se detendrá en la línea al otro lado de la cual está el totalitarismo. ¿Tenemos razones para esperar, en estas circunstancias, que puedan producirse en Rusia cambios de la clase a que nos hemos referido? No existe un criterio objetivo para responder a esta pregunta. No existen pruebas en un sentido o en otro. La respuesta descansa, en parte, sobre una cuestión de opinión y de juicio, pero también, en parte, sobre un acto de fe. El autor cree que la respuesta ha de ser positiva: que tenemos motivos para esperar que puedan producirse tales cambios.»

«De una cosa podemos estar seguros: ningún grande y duradero cambio en el espíritu y en los procedimientos del Gobierno de Rusia ocurrirá teniendo por principio una inspiración o consejo extranjero. Para que ese cambio fuese genuino, para que durase y recibiese una esperanzada bienvenida de otros pueblos, tendría que derivar de las iniciativas y esfuerzos de los mismos rusos.»

Queda dicho que Kennan escribió este capítulo antes de producirse el fallecimiento de Stalin y la última ofensiva de paz soviética. Pero, en todo caso, puede decirse con toda certidumbre que el acceso al Poder de un nuevo equipo de hombres no ha traído consigo el menor indicio de una derivación hacia los caminos que Kennan señala como necesarios para que la Unión Soviética deje de constituir una amenaza permanente para la paz del mundo.

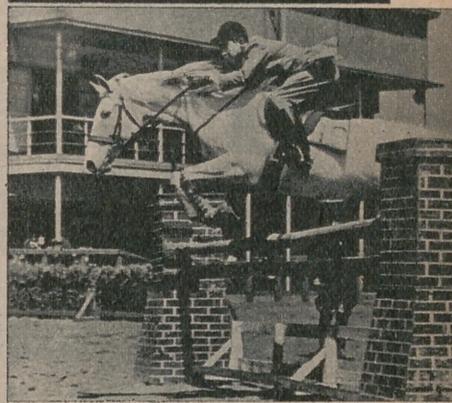
«American Diplomacy (1900-1950)», por George F. Kennan. Publicado por New American Library (A. Mentor Book).—Precio, 35 c.



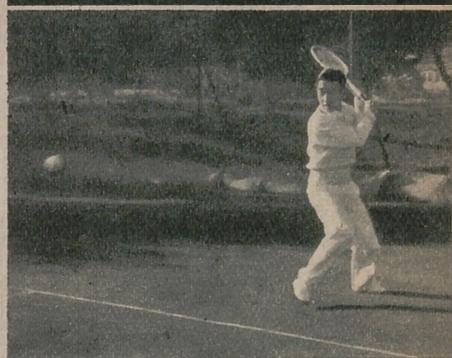
Akihito cuando fué proclamado Príncipe heredero



Practica el esquí...



... la equitación...



... y el tenis

EL PRINCIPE HEREDERO DEL JAPON VISITA ESPAÑA

ES UN JOVEN INTELIGENTE Y
TRABAJADOR QUE SABRA
APROVECHAR LAS ENSEÑAN-
ZAS DE LOS VIAJES PARA SU
FUTURO REINADO

AKIHITO TIENE

19 AÑOS Y ES EL PRIMER HIJO VARON DEL
EMPERADOR HIROHITO

EL día 21 llega a Madrid, procedente de San Sebastián, S. A. I. el Príncipe heredero del Japón, Akihito, joven de diecinueve años sobre quien recaerá un día la responsabilidad de un imperio que atraviesa ahora una fase crítica pero que está llamado a desempeñar, y desempeña ya frente a la bolchevización de las masas asiáticas continentales, un papel de inexcusable trascendencia en el concierto—o des concierto—internacional.

Akihito no hace ahora más que seguir el ejemplo de su augusto padre, Hirohito. El actual Emperador sentó el precedente, rompió por primera vez con una tradición sagrada según la cual habían sido considerados siempre no sólo intocables, sino también invisibles los príncipes y soberanos de esta dinastía de los hijos del Sol que fundara Jimu Tenno seiscientos años antes de Jesucristo y que fué respetada durante el reinado de sus 123 ascendientes directos que le precedieron en el Trono.

UNA TRADICION ROTA

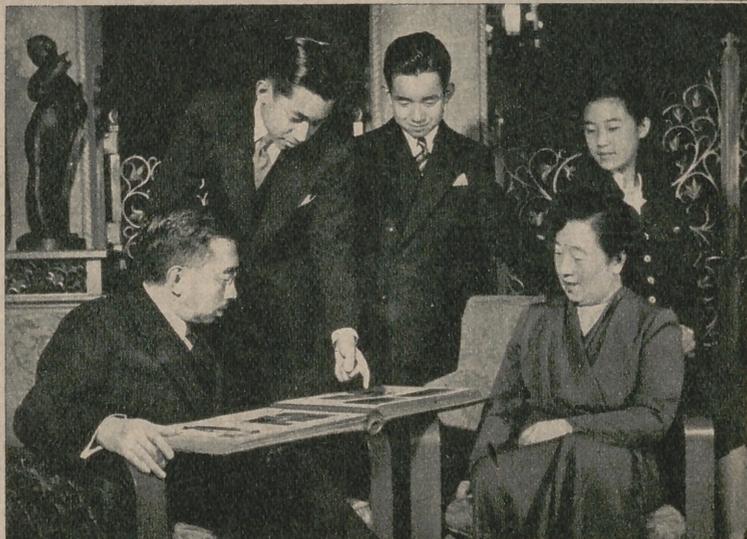
La ascendencia mítica, sagrada, de la familia imperial y el carácter sacerdotal y hasta divino del Emperador como cabeza del Sinto creaba en torno tuyo un aislamiento respetuoso tan absoluto que resultaba incompatible con la adecuada formación de un príncipe que ha de regir los destinos de más de ochenta millones de súbditos, expuestos a las contingencias y necesidades complejas de la vida moderna.

SIN BILLETE NI DINERO EN EL «METRO» DE LONDRES

Quando aun no había cumplido los veinte años—la misma

edad que tiene ahora su hijo—y a pesar del revuelo que semejante decisión produjo en algunos círculos de la Corte, Hirohito dió la vuelta al mundo y visitó con detenimiento y ánimo estudioso diversos países europeos. En Londres se alojó en el palacio de Buckingham como huésped del Rey Jorge V y viajando de incógnito se perdió en el ferrocarril subterráneo y tuvo un incidente con un empleado porque no llevaba encima ni billete ni dinero.

Podemos darnos una idea de lo que estas innovaciones habían de significar en el ánimo de los elementos tradicionalistas, teniendo en cuenta que el viejo protocolo



La Familia Real japonesa. De izquierda a derecha, S. M. el Emperador Hirohito, el Príncipe heredero Akihito, el Príncipe Masahito, S. M. la Emperatriz Nagako y la Princesa Takako

no permitía que manos humanas tocasen la persona ni los vestidos del Soberano sin ir recubiertas de unos gruesos guantes de seda, que no se le podía nombrar directamente, sino sólo referirse a él indirectamente citando algunos de sus títulos, como «Tenno» (hijo del Sol), o «Mikado» (la Puerta del cielo), algo así como cuando nosotros hablamos de la Santa Sede refiriéndonos al Papa. Los simples mortales ni siquiera le podían mirar directamente ni tener su retrato sin recubrir por un velo. La visión del hijo del Sol, dejaba ciego a quien se atreviera a tanto.

Hirohito simplificó muchas cosas y toda la vida ha permitido, por ejemplo, que le toquen sus médicos cuando sea preciso, y que su sastre le tome medidas como a cualquier otro mortal.

El conocimiento del mundo que de esta forma pudo adquirir, al mismo tiempo que satisfacía una noble ambición intelectual que le ha llevado a ser estimable poeta y destacado hombre de ciencia en el campo de la ictiología, había de serle pronto muy necesario. Poco después de su regreso de Europa, su padre empezó a dar síntomas alarmantes de locura: entre otras cosas, el Emperador Kisho, en plena reunión de la Dieta, enrolló el pergamino en el que llevaba escrito el Discurso del Trono y colocándose el tubo en un ojo estuvo un gran rato mirando a través de él a los diputados, que se habían quedado arácnidos.

Así, tuvo que asumir muy pronto sus graves responsabilidades, primero como Regente y luego ya como Emperador, y si bien es cierto que este respeto casi mítico de su pueblo le ha permitido salvar al país de la destrucción total y del caos después de la derrota, manteniendo la unidad y la disciplina, no es menos cierto que muchos han achacado a la imposibilidad práctica de romper el aislamiento tradicional, el hecho de que Hirohito no pudiese hacer prevalecer los sinceros deseos pacifistas con que empezó su reinado, evitando así la tragedia de la última conflagración mundial.

EL COCHE DE LOS CRISANTEMOS DE ORO

El joven príncipe Akihito llegará ahora a Madrid vestido a la europea. También él alternará en visitas oficiales y hasta quizá en jornadas deportivas, con los ojos bien abiertos para que nada escape a su instinto de proverbial cautela y sabiduría. En Japón, cuando embarcó en el trasatlántico americano «Presidente Wilson», rumbo a Inglaterra y Estados Unidos, los veinte kilómetros que separan el palacio imperial de Tokio del puerto de Yokohama estaban cubiertos por una abigarrada multitud de más de medio millón de personas que acudían a despedirle, a ver pasar el coche ornado de crisantemos de oro del futuro Soberano. Seguramente, el pueblo nipón vive ahora preocupado y vigilante por la suerte de su príncipe.

LA MISION DEL TUTOR

El séquito del príncipe nipón ofrece calidad y formas del severo ceremonial palatino. Como jefe de séquito viene S. E. Takano-

bu Mitani, jefe de la casa civil de S. M. el Emperador y antiguo embajador del Japón en Francia.

Otros miembros de esta comitiva real son: Akira Matsui, consejero de Embajada y antiguo director general de Información Extranjera. Ejerce las funciones de secretario, intérprete y traductor del príncipe; el doctor Hisasi Sato, consejero médico; Shegekuni Kikkawa, maestro de ceremonias y jefe de la Sección Ceremonial; Yasuhide Toda, consejero ayudante del príncipe heredero; Juuntatsu Kuroki, jefe de Intendencia del Séquito.

También le acompañan los señores Tadaji Shibuya, funcionario del Gabinete presidencial del primer ministro, que actúa como ayuda de cámara de S. A. I.; Mitsuo Ono, funcionario diplomático del Ministerio de Asuntos Exteriores, y Akiyoshi Sakamoto, funcionario del Gabinete del primer ministro.

Todo este séquito, encargado de velar por la seguridad del príncipe, tiene además, bajo la dirección del tutor, S. E. Takanobu, la misión de inculcarle—con arreglo a la más pura tradición de la familia imperial—vigor material y espiritual, conformidad con las disposiciones naturales de la creación, respeto a los demás, quitarle todo miedo, templar su ánimo y frenar todo impulso de amor propio.

UN ESTUDIANTE EN LA FACULTAD DE CIENCIAS POLITICAS

Akihito nació el 23 de diciembre de 1933 y es el primer hijo varón de S. M. el Emperador Hirohito. Su madre, la Emperatriz Nagako, hija del príncipe Kumi, excepcionalmente, no pertenecía al clan de los Fujiwara que tradicionalmente proporcionaba las esposas a los soberanos. Hirohito la conoció en un baile de la Corte y el amor le hizo romper con otra antigua tradición de su país al casarse con ella.

El Príncipe heredero ingresó en la Escuela Primaria de Gakushuin (Escuela de la Nobleza) el 1 de abril de 1940 y en la misma fecha de 1946 pasó a cursar los estudios de la Enseñanza Media. Alcanzó la mayoría de edad, a los dieciocho años, el 23 de diciembre de 1951. El 1 de abril del año pasado empezó los cursos de la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas de la Universidad de Nobles y 10 de noviembre del mismo año—entre el entusiasmo fervoroso de toda la nación japonesa—era investido príncipe heredero con arreglo al más antiguo fasto tradicional, al que se sumó la solemne imposición de la poética Orden del Crisantemo que le había sido concedida.

Akihito nació a los diez años de matrimonio de sus augustos padres y fueron emocionantes las fiestas con que en todo el país se celebró la imposición de nombre, que tuvo lugar siete días después.

Para el príncipe habían de empezar pronto las obligaciones que su futuro cargo le imponen. A los tres años de edad fué trasladado al palacio de Akasaka donde se le había de dar una educación adecuada.

FIN DE SEMANA EN EL PALACIO IMPERIAL

El Príncipe, no se mantiene en modo alguno apartado de sus compañeros de estudio y suele pasar la noche en el dormitorio común del Colegio de Nobles. Además este centro universitario es de sistema mixto y alterna, por tanto, no sólo con muchachos de su edad, sino con jóvenes japonesas que cursan allí sus estudios. Todos los fines de semana acude al palacio imperial para visitar a sus padres.

LA SEÑORA ELIZABETH GRAY VINING

La invasión norteamericana del Japón constituyó un cambio importante para toda la nación, e incluso para el joven príncipe. Su institutriz inglesa, la señora Elizabeth Gray Vining, siguiendo instrucciones del Soberano, ha procurado educar al príncipe prescindiendo de toda consideración de carácter divino-familiar, sencillamente como un hombre que tendrá que afrontar gravísimos problemas.

UN PRINCIPE, EN DEPARTAMENTOS DE TERCERA

Con sus compañeros de Universidad viaja en trenes ordinarios, e incluso, en departamentos de tercera; se dedica a la natación y a la pesca y en sus estudios muestra preferencia por la Psicología, la Filosofía y la Química. Su curiosidad hace que sus lecturas sean muy extensas. Entre sus autores preferidos se citan a Montaigne, Descartes y Pascal.

Akihito es un magnífico jinete y juega bien al tenis. Lo mismo que su padre—que se hizo famoso al escalar el Fuzi-Yama, la montaña sagrada del Japón—le gustan el montañismo y los deportes de invierno.

La transformación impuesta al Japón por la ocupación americana, ha creado nuevos problemas de tipo económico social y político al país. Entre otras cosas, la amenaza del comunismo pesa gravemente sobre el pueblo nipón en el que se fundan las más sólidas esperanzas para la defensa del mundo libre en Asia. Pero las mismas instituciones de la importada democracia liberal, entorpecen de algún modo en el interior la lucha contra el comunismo.

EL EMPERADOR CONCURRE A UNOS JUEGOS FLORES

Akihito es un joven inteligente, despierto y trabajador, que sabrá aprovechar las enseñanzas de los viajes para su futuro reinado, al que sólo cabe en estos momentos desear la paz que su augusto padre cantaba en los bellos versos cortos que presentó a los primeros juegos florales celebrados después de su coronación:

La mañana es apacible
en el jardín que rodea los santuarios.
Lo mismo debemos esperar
que la paz reine sobre el mundo.

Asegúrese usted

EL ESPAÑOL

todas las semanas
solicitando una suscripción.

ASI PASA EL ESPAÑOL SU DIA FESTIVO

Hay quien opina
que los sábados
ingleses deberían ser
sustituídos por los
lunes españoles

La discusión es uno de los deportes favoritos

DURANTE la época en que estuve encerrada en el manicomio—por mi voluntad, y cualquier versión que quiera darse al caso, debe ser considerada como tendenciosa—conoci a Charin, una de las recluidas, una verdadera maniática de la reforma. Uno de sus temas favoritos era el de que los sábados ingleses debían ser sustituidos por los lunes españoles.

La explicación que me dió acerca de este cambio, no me pareció ilógica.

—No hay nada que fatigue tanto como el descanso—dijo.

Punto de vista con el que mostré una absoluta conformidad.

—Así es que después de un domingo de no hacer nada, te quedas lo que se dice hecha polvo. Porque tú ya sabes que no hacer nada llaman a hacerlo todo. Por la mañana cola para sacar las entradas, planchado, excursiones te dejan que derrengada.

Si vas al fútbol se te quedan las cuerdas vocales que al día siguiente tienes que llamar a un afinador de pianos a que te coloque cada una en su sitio... Total, que llega el lunes y no te sacan de la cama ni con mandamiento judicial, y por la mañana, en las oficinas, no se puede hacer otra cosa que hablar de Pedrés y de Kubala. ¿No sería mejor que la gente se quedara el lunes en la cama descansando de no haber hecho nada durante el domingo, y los sábados currelar como manda la doctrina?

—Tenía o no tenía razón mi amiga del manicomio de Oviedo? Muchas veces me lo he preguntado. A la vista tengo una curiosa encuesta acerca de cómo pasan el domingo los españoles. Ella nos ayudará a dilucidar el problema.

Las preguntas que el Instituto de Opinión Pública ha formulado son las siguientes:



¿Su género de trabajo le exige trabajar los domingos y días festivos? ¿A qué hora suele levantarse esos días? ¿Qué clase de desayuno prefiere? ¿A qué hora suele oír misa? ¿Realiza excursiones? ¿Toma el aperitivo antes de comer? ¿En qué consiste la base de su aperitivo? ¿Antes de comer frecuenta algún paseo, hace visitas o se sienta en un bar? ¿Caso de asistir a algún espectáculo matinal, cuál prefiere? ¿Con qué personas se reúne esos días? ¿Almuerza con igual apetito que los días de trabajo? ¿Come algún plato especial ese día? ¿Cuánto tiempo dedica a la sobremesa? ¿Sigue usted la norma clásica según la cual la comida debe ser reposada y la cena paseada? Desde la primera comida hasta la segunda, ¿en qué invierte el tiempo? ¿Qué cantidad gasta en un día festivo? ¿Acaba ese día más cansado que otro cualquiera de trabajo? ¿Habitualmente está contento al final de la jornada de vacaciones? ¿A qué hora suele retirarse a su domicilio?

La encuesta tiene su importancia y su gracia. Observamos que si el extranjero no nos ve cómo somos en la realidad, en ciertos aspectos nos desconocemos igualmente. Algunos tantos por cientos encajan perfectamente en el fichero que hemos confeccionado del lugar común, de lo que podríamos llamar el casillero del hombre español, «que se perece por los toros y es fiero»..., mientras otros, en cambio, nos reservan sorpresas. Por otra parte podríamos destacar en ese cómputo de medidas hasta dónde llega la influencia de los medios rurales y en qué aspectos domina el sentido de las ciudades.

En esta investigación son varias las cosas interesantes que resaltan. La primera, que la discusión constituye uno de los deportes favoritos de la gente. Lo



¿A QUE HORA SUELE USTED LEVANTARSE LOS DIAS FESTIVOS?

¿REALIZA EXCURSIONES HABITUALMENTE EN ESTA EPOCA, LOS DIAS FESTIVOS?

¿TOMA APERITIVO ANTES DE COMER? ¿EN QUE CONSISTE?



que sucede es que cada periódico que se respeta tiene, por lo menos, una docena de cronistas taurinos y media brigada de cronistas de fútbol, mientras que lo que se dice un buen crítico especializado en discusiones de café no tiene ninguno. Y no vale el argumento de que hay muchos cafés y muchos discutidores, porque también hay muchos campos de fútbol y muchos equipos de Tercera División.

Los que pasan la tarde del domingo discutiendo con los amigos merecen protección oficial, que les den alguna copa, aparte de las que se toman para caldear la dialéctica. Los investigadores del Instituto de Orientación Pública no lo dicen, pero estoy segura de que los equipos de discutidores están formados por caballeros que encuentran peligroso establecer polémicas con el jefe de la oficina, y en su domicilio no pueden practicar su deporte favorito porque la señora, cuyo nombre figura en el padrón a continuación del suyo, es una entusiasta discutidora, pero con una marcada inclinación al monólogo, por lo que no está dispuesta a permitirle que encaje más que un «sí», un «bueno, mujer» o un «como tú quieras». Todo lo más, un «estás cargada de razón», y esto, hasta como entrenamiento, es poco para un hombre que aspira a representar a



¿CON QUE PERSONA ACOSTUMBRA A PASEAR LOS DIAS FESTIVOS?



¿COME USTED ALGUN PLATO EXTRA-ORDINARIO EN ESTE DIA?

España en la Olimpiada de discutidores.

Edifiquemos, sobre cifras, el día de descanso del hombre español. Una mayoría absoluta, el 70 por 100, no trabaja nada. Para ellos, el domingo es un día en que no se gana el pañ con el sudor de la frente. Queda un 20 por 100 que trabaja toda la jornada, y son, seguramente, los que forman las reservas que la sociedad utiliza para que la vida no se paralice y que hacen de su domingo otro día cualquiera de la semana. El resto se parten las horas entre el trabajo y el descanso, como gajos de naranja.

¿A qué hora se levanta el español «que hace domingo»? He aquí el mayor porcentaje: el 23 por 100. ¿Adivinan a qué hora? Seguramente me contestarán que sí, que al español le gusta la posición horizontal, que si la influencia árabe, y que un español que se respete no se levanta, un día de fiesta, antes de las doce. Pues se han equivocado. Esa mayoría que, en un buen orden democrático, haría ley, se levanta de ocho a nueve. Que, mírese por donde se mire, es una hora decente. La de la firma en las oficinas. No son menos decentes los porcentajes que oscilan de las siete de la mañana a las doce. En cambio, de cinco a seis sólo hay una heroico uno por ciento, y casi podríamos asegurar que es porque sale de viaje; y de una de la tarde en adelante, otro que aun se queda durmiendo. La encuesta no nos dice a qué hora se habrá recogido, pero no es difícil adivinarlo. En resumen: la hora de levantarse los españoles merece una buena nota. Y esta buena nota nos seguirá durante el resto del día.

Llega el momento del desayuno. También aquí existe un fuerte porcentaje: el 66 por 100. Es el de los que podríamos titular «Los amigos del café con leche», con todas sus variantes: sin acompañamiento, con acompañamiento de tostada, 5 por 100; de churros, 4 por 100; etc.

El soconusco, que era el whisky

de nuestras abuelas, ha dejado de estar de moda. Dentro de poco, en calidad de desayuno, quedará como un recuerdo histórico, como las infantas que lo llevaron de la Corte de España a la de Francia, donde no consiguieron que aclimataran los churros ni los picatostes porque, para que salgan bien, se necesita un dulce y puro aceite de oliva como el andaluz, y en la verbena de San Antonio no suscitaria el entusiasmo de nadie el churrero que se empeña en freír la masa con grasa de ballena. Sólo un 10 por 100 toma para desayunar, chocolate, y puede asegurarse que ese 10 por 100 está integrado por viejas reumáticas, de esas que la paran a una por la calle y le preguntan:

—Oiga, joven, ¿sabe si el autobús número 15 pasa por García de Paredes?

Y a una le da mucha pena contestarles:

—El autobús número 15 no es un autobús. Es una antelequia, y ni los más ancianos de la localidad recuerdan haberlo visto pasar por ninguna parte.

Luego vienen los clásicos huevos, que son como espejuelos de algunas regiones rurales, y otras variantes sólidas, entre ellas los platos regionales—3 por 100—, que se toman en forma de migas, gofio, etc. Las fórmulas forasteras, tes, zumos, etc., no han abierto sólida brecha en el país de la leche con café. Un uno por 100 que casi podría considerarse un snobismo.

Viene después la misa. Sólo un 4 por 100 deja de cumplir esta obligación religiosa. El resto acude en las distintas horas, y son especialmente las de doce a una —¡esas misas mayores de los pueblos con su viejo ceremonial de saludos, de ropas nuevas, de intercambio de noticias y de sonrisas!— las que llevan mayor número de asistentes: la cuarta parte.

El español no es andariego de caminos en excursiones donde se valúa la satisfacción por el número de kilómetros recorridos. Le encanta, por el contrario, el re-

gusto del paseo, esos paseos españoles que es el ir y volver siempre por el mismo camino, para que lo externo no impida ni distraiga el espíritu de una conversación que acaso sea la misma, pero en la que siempre hay un motivo de discusión y controversia. El 80 por 100 no salen de excursión. El 42 por 100 toman el aperitivo antes de comer. 19 por 100 prefieren vino, pero la cerveza no es desdenada, pues un 16 por 100 la degustan, 9 por 100 eligen el vermut y 3 por 100 diversas combinaciones.

Y las horas de la mañana y de la tarde, ¿cómo las invierte el español? De acuerdo con los datos que nos han facilitado, casi podríamos ordenar un libro de urbanidad. El paseo se hace por la mañana 36 por 100 contra 15 por 100 por la tarde. O se permanece en casa, un 28 por 100 contra un 17 por 100, o se va a los conciertos: un 7 por 100.

Las visitas puede decirse que han entrado en el período comatoso. Todavía quedan algunos francotiradores, pero la gente ofrece cada vez más resistencia a que le suministren pelmacerías a domicilio. El Instituto de Opinión Pública asegura—y yo lo creo a pies juntillas—que el número de pelmazos se ha reducido a 6 por 100, y aun no puede decirse que sean unos amateurs de la pelmacería, espíritus románticos que acuden a machacarle la mañana o la tarde del domingo al prójimo. No. La mayor parte de los pelmas va a visitar a la tía Baldomera para ver si es verdad que cada día está más pachucha, y para decirle que los libros de texto están carísimos y que con lo alto que se ha puesto Juanito ya no se le puede hacer un traje nuevo de uno viejo de su padre.

No sé dónde vamos a parar, si ni los pelmas quieren darnos su pelmacería gratis.

Por lo que se refiere a otros medios de pasar el día, es preciso destacar el cinematógrafo. 27



¿CUANTO TIEMPO DEDICA USTED A LA SOBREMESA?

por 100 se van a soñar en una butaca contra un 3 por 100 que asisten al teatro. Claro está que en todos los pueblos no hay compañías, pero, ¡de todos modos! Los que van al fútbol, leen u oyen la radio arrojan la misma proporción: 14 por 100 de cada grupo. Esto devuelve el optimismo a cuantos opinamos que los españoles no leen. Nos lo aumentaría mucho si viéramos un día grandes, inmensas colas de hombres, en busca de un libro, como lo hacen cuando se trata de obtener una entrada para ver perder a su equipo favorito. El porcentaje de los toros no es muy brillante: un 2 por 100. Frente al que se exalta viendo cómo dan muerte a la bestia (un 2 por 100), 4 por 100 se quedan románticamente a pensar o fumar; ya hemos citado el 8 por 100 que van al café a discutir. Y no desdénamos a un 3 por 100 que se aburren, sencillamente, ocupación como otra cualquiera, y acaso más difícil que ninguna otra. Entre los que juegan llevan la máxima los del dominó: 5 por 100, mientras que los aficionados al billar o al póker arrojan uno por ciento por barba, o por juego.

No es menos importante el apartado que refleja las frecuentaciones del hombre español. Un 35 por 100 sale con los amigos, esos terribles amigos de quienes tanto se quejan las mujeres. Solo que las casadas van ganando terreno. Son un 30 por 100 de esposas las que acompañan a su marido al fútbol o al café. «Espérame un momento, que yo te acompaño.» Y no hay disculpa que valga. Porque para eso han aprendido el nombre de los delanteros centros y conocen el último chiste de Jaimito. En cambio, las novias, las pobrecitas, con eso de que hay que darles carrete para que piquen, sólo un 11 por 100 salen con ellos. Mencionamos un 14 por 100 de hombres que salen con sus hijos y un 7 por 100 que caminan solos. ¿Por qué?

El apetito del español en un día de fiesta es semejante al res-

to de la semana, el 27 por 100 se sienten más voraces y el 19 más inapetentes. Y eso en que la mayoría de los hogares, un 59 por 100, se festeja el día con algún plato extraordinario.

¿Gasta mucho el español en ese día festivo que lleva con tanta dignidad? Pues, francamente, no. El tanto por ciento más alto es el del 28 por 100, que invierte de 11 a 25 pesetas. Y pasada esta cantidad, los porcentajes bajan al 2 por 100.

Y concluye el día.

A las diez de la noche, la mayoría de los señores que han ido a bailar, o discutieron, o jugaron al ajedrez o fueron de paseo—concretamente el 30 por 100—se van a la cama. El 21 por 100 ya están durmiendo desde las nueve y 28 por 100 van cayendo en brazos de Morfeo de diez a once. Lo que significa que la vida de los noctámbulos se está agotando.

Y cuando hacen el recuento del día, antes de que les domine el sueño, los españoles, ¿se encuentran satisfechos de su jornada? Pues, francamente, sí. Un 59 por 100 afirma y un 13 por 100 se siente descontento.

Y, por último: ¿acaban más cansados en día festivo que un día de labor?

Y he aquí cómo mi amiga del manicomio de Oviedo parecía tener razón. Un 42 por 100 no se ha dado cuenta; lo que supone que una jornada de trabajo vale por una jornada de descanso. Pero un 29 por 100 se confiesa fran-



¿QUE CANTIDAD MEDIA GASTA USTED EN UN DIA FESTIVO?



¿ACABA MAS CANSADO QUE CUALQUIER DIA LABORAL?

camente agotado de su día de ocio, mientras un 23 por 100 confía en los beneficios del descanso.

Resumiendo: el español es un ser que se levanta en día de fiesta a una hora muy conveniente, acude a misa, no va de excursión, se da un paseo, toma un chato, come un plato extraordinario, le agrada el cine, el fútbol, es parco en sus gastos, se acuesta temprano y con tendencia a estar cansado de su jornada de fiesta.

¿Será cosa de sustituir el sábado inglés por el lunes español?

Esta es una encuesta que merecería la pena que realizara el Instituto de Opinión Pública. Aunque nadie me lo pregunte, allá va mi voto.

Voto por el lunes español, por el lunes de nuestro honrado gremio de zapateros.

Y a otra cosa, mariposa.

María PALACIOS

EN LAS PAGINAS SIGUIENTES SE DETALLAN LOS RESULTADOS DE ESTA ENCUESTA

ESTE ES EL RESULTADO DE LA ENCUESTA

1.ª—Su género de trabajo, ¿le exige trabajar los domingos y días festivos?

—Sí	20 %
—No	70 %
—Media jornada	3 %
—Por la tarde	1 %
—Por la mañana	5 %
—No opinan	1 %

2.ª—¿A qué hora suele usted levantarse los días festivos?

—De 5 a 6	1 %
—De 6 a 7	3 %
—De 7 a 8	12 %
—De 8 a 9	23 %
—De 9 a 10	22 %
—De 10 a 11	20 %
—De 11 a 12	11 %
—DE 12 a 1	11 %
—De 1 en adelante	1 %
—No opinan	2 %

3.ª—¿Qué clase de desayuno prefiere usted?

—Café con leche	37 %
—Café solo	12 %
—Café y churros	4 %
—Café con leche y tostada ...	5 %
—Café con leche y bollo	2 %
—Café con leche y frutas	1 %
Total	61 %
—Leche sola	5 %
Total	5 %
—Chocolate	8 %
—Chocolate y churros	1 %
—Chocolate y tostada	1 %
Total	10 %
—Té	1 %
Total	1 %
—Huevos	5 %
Total	5 %
—Otros desayunos sólidos ...	5 %
Total	5 %
—Frutas	1 %
—Café con leche y frutas.....	1 %
—Zumos	1 %
Total	3 %

—Sopas regionales (migas, castellana, gofio)	3 %
Total	3 %
—Varios (aguardiente, infusión de manzanilla, pan) ...	3 %
Total	3 %
—No desayunan	4 %
—No opinan	1 %
Total	5 %

4.ª—¿A qué hora suele usted oír misa?

—De 5 a 7	1 %
—De 7 a 8	3 %
—De 8 a 9	10 %
—De 9 a 10	16 %
—De 10 a 11	12 %
—De 11 a 12	14 %
—De 12 a 1	25 %
—De 1 a 2	10 %
—De 2 a 3	1 %
Total	92 %
—Respuestas varias	2 %
Total	2 %
—No van a misa	4 %
—No opinan	2 %
Total	6 %

5.ª—¿Realiza excursiones habitualmente, en esta época, los días festivos?

—Sí	13 %
—No	80 %
—A veces	6 %
—No opinan	1 %

6.ª—¿Toma el aperitivo antes de comer?

—Sí	42 %
—No	52 %
—A veces	5 %
—No opinan	1 %

7.ª—¿En qué consiste la base de su aperitivo?

—Vino	19 %
—Cerveza	16 %
—Vermut	9 %
—Varios (sidra, café con leche, mosto, Jerez, bocadillo, etcétera)	3 %
—Ninguno	52 %
—No opinan	2 %

8.ª—¿Frecuenta algún paseo antes de comer, visita a sus amigos y parientes o se sienta en un bar?

—Paseo	36 %
—Hago visitas	6 %
—Me siento en un bar	26 %
—Me quedo en casa	28 %
—Varias (trabajo, excursiones, etc.)	7 %
—No opinan	2 %

9.—¿Asiste usted a algún espectáculo matinal? En caso afirmativo, ¿qué clase de espectáculo?

—Cine	4 %
—Conciertos	7 %
—Fútbol	4 %
—Otros deportes	3 %
—Conferencias	2 %
—Bailes	2 %
—No van o no opinan	77 %
—Varias (no hay, carreras, etcétera)	1 %

10.—¿Con qué persona acostumbra usted a pasear, reunirse, etc., los días festivos?

—Con mi esposa	30 %
—Con mis hijos	14 %
—Con mi novia	11 %
—Con mis amigos	35 %
—Con mis padres y hermanos	7 %
—Solo	7 %
—Varios (nietos, taxi, etc.)	2 %
—No opinan	1 %

11.—¿Almuerza con igual apetito que los días de trabajo?

—Con más apetito	27 %
—Con menos apetito	19 %
—Con igual apetito	45 %
—No desayuno	4 %
—No opinan	5 %

12.—¿Come usted algún plato extraordinario este día?

—Sí	59 %
—No	37 %
—A veces	3 %
—No opinan	1 %

13.—¿Cuánto tiempo dedica usted a la sobremesa?

—Media hora	34 %
—Tres cuartos de hora	8 %
—Una hora	17 %
—Dos horas	7 %
—Ningún tiempo	31 %
—Varias	3 %
—Varios (1 % tiempo variable, 1,5 % unos minutos, 0,5 % toda la tarde)	3 %

14.—¿Sigue usted la norma clásica, según la cual la comida debe ser reposada y la cena paseada?

—La sigo	19 %
—No la sigo	74 %
—La sigo para la comida	1 %
—La sigo a veces	1 %
—Respuestas varias (demasiado sutil para pobres, paseo las dos, reposo las dos, etcétera.)	2 %
—Sin respuesta	3 %

15.—Desde la primera comida hasta la segunda, ¿en qué invierte usted el tiempo?

—Estudio	3 %
—Leo	14 %
—Voy al cine	27 %
—Voy al teatro	3 %
—Fumo y pienso	4 %
—Bailo	6 %
—Voy a los toros	2 %
—Discuto en tertulia	8 %
—Paseo	15 %
—Hago visitas	8 %
—Me aburro	3 %
—Juego al billar	1 %
—Juego al póker	1 %
—Juego al dominó	5 %
—Oigo la radio	14 %
—Voy al fútbol	14 %
—Converso en casa	17 %
—Respuestas varias (trabajo, excursiones, ajedrez, duermo, toco piano, etc)	11 %

16.—¿Qué cantidad media gasta usted en un día festivo?

—Nada	16 %
—Menos de cinco pesetas	14 %
—De seis a diez pesetas	19 %
—De 11 a 25	28 %
—De 26 a 50	16 %
—Unas 75 pesetas	2 %
—Unas 100 pesetas	2 %
—Más de 100 pesetas	2 %
—No opinan	2 %

17.—¿Acaba usted al final del día festivo más cansado que en cualquier otra jornada laboral?

—Más cansado	29 %
—Menos cansado	23 %
—Igual de cansado	5 %
—No me doy cuenta	42 %
—No opinan	1 %

18.—¿Habitualmente, está usted contento al final de la jornada festiva?

—Sí	59 %
—No	13 %
—Enfadado	6 %
—No lo he observado	20 %
—Respuestas varias (según quedó mi equipo, aburrido, indiferente)	2 %

19.—¿A qué hora suele usted retirarse a su domicilio?

—A las nueve	21 %
—A las diez	30 %
—A las diez y media	18 %
—A las once	10 %
—Cuando puedo	9 %
—Respuestas varias (no salgo, no tengo hora fija, pronto, tarde)	11 %
—No opinan	1 %

DE LA MUERTE A LA VIDA

Una antigua tradición de los habitantes de Puebla del Caramiñal impresionó al semanario "OSTERREICH", de Viena

FIGURENSE ustedes lo emocionante que sería recibir una carta de amor con tales señas: «Ría de Villagarcía, Puebla del Caramiñal». Es como el verso final de un bello poema entre cuyas palabras adivina unió la última ola de la playa hecha espuma de tan cariñosa, o esa niebla brillante que envuelve siempre a los pueblecitos gallegos y que es el papel de celofán con que Dios prepara sus mejores regalos.

Acostumbrados al rigor filológico de Castilla, a nombres revestidos de armadura y con la espada en la mano, el mapa de Galicia es una pura flor en carne viva, un piropo entero y verdadero. Casi un suspiro. Si la Geografía pudiera jugar a las comedias, el galán se llamaría, por ejemplo, Alcalá de los Zegrías. Y, sin duda alguna, la dama joven, Puebla del Caramiñal.

Y como todas las damas, por jóvenes que sean, la Puebla en cuestión lleva a las espaldas su historia picante y maravillosa, sus cosas para contar, sus tradiciones que parecen mentira, pero que son verdad. Algunas veces dan un poco de miedo, son cosas que nadie hubiese sospechado en una dama joven. ¡Píensense ustedes! La Puebla del Caramiñal podría hablar largo y tendido, hacerse su propia biografía y hasta sacar a relucir una leyenda. Podría empezar diciendo: «Pues en el siglo XV, si no me falla la memoria...»

Pues vamos a contarlo nosotros:

En el siglo XV, época del primer balbuco imperial, cuando Don Fernando de Aragón y Doña Isabel de Castilla acababan de subir al Trono, Galicia andaba la pobre llena de bandidos, a pesar de que aun le sonaban en los oídos los ecos de las Cantigas y soñaban con Rosalía de Castro. Eran los bandoleros del «Gran Camino»; es decir, los que perturbaban la aventura de las estrellas en busca del sepulcro del apóstol Santiago. La inmensa peregrinación de Europa que entra-

ba por el «alto Pirene» hasta la Bretaña española, sufrió en muchas ocasiones el asalto y el despojo. El Gobernador de la Puebla del Caramiñal, don Juan de Linares, consiguió apresar una vez a cuatro de los más terribles bandoleros. Pocos días después, sin que pudiese adivinarse la causa, cayó enfermo de muerte. La ley en aquel siglo exigía que el Gobernador asistiese a la ejecución de los condenados, requisito esencial sin el cual no podía llevarse a cabo la ejecución. La lúgubre previsión de alguien había colocado en la habitación contigua a la que el Gobernador se moría sin remedio un ataúd. Este pequeño dato basta ya para ponerle a uno los pelos de punta. ¿Quién sería el hombre aquel que aceptaba lo irreparable con tanta ferocidad? Es, al mismo tiempo, admirable y terrible.

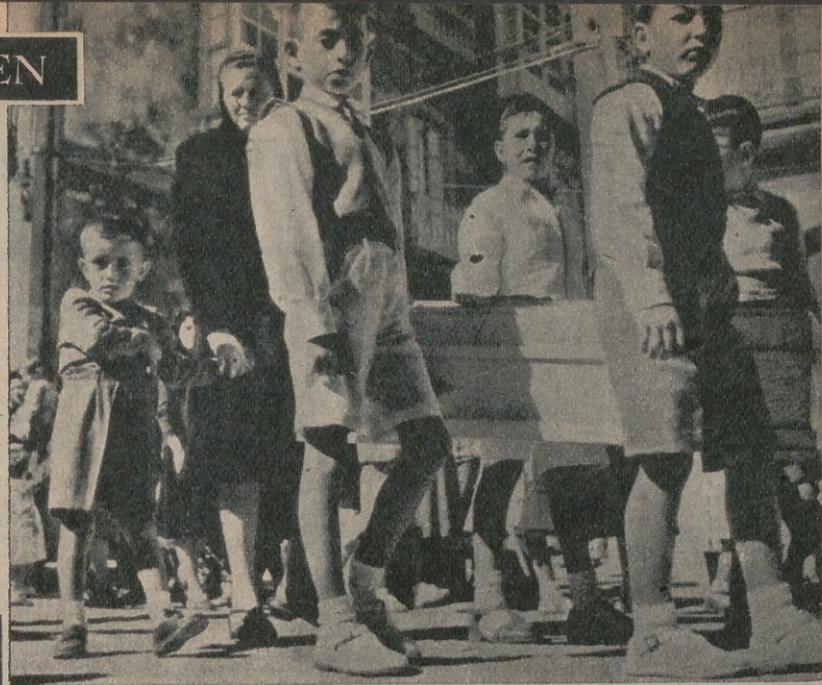
Pero un día, ya en el trance agónico, el Gobernador oyó los tañidos de las campanas de una iglesia próxima. Las campanas en Galicia suenan de otra manera, porque suenan a través de la niebla. Es necesario decir esto. Son como las esquilas de esos trágicos bueyes de su campiña que vuelven la cabeza con la infinita desesperación de quien mira a lo que ya nunca podrá volver. Como esas esquilas, pero más grandes. Clara melancolía. Y el Gobernador, de repente, se levantó curado. Naturalmente, aquello fué un milagro. El milagro de las campanas.

En acción de gracias a Jesús de Nazareth, patrón de la iglesia cuya voz le había devuelto la vida, don Juan de Linares, sintiéndose magnánimo, concedió el indulto a los condenados y regaló a Jesús el magnífico ataúd donde pudo acabar. Si la fe no lo transformara todo, el gesto del Gobernador hubiese sido digno de Voltaire. Pero hay un hondo matiz casi teológico, en la actitud de don Juan de Linares, que no puede confundirse con nada. El alma de Galicia es tan antigua,



lleva sobre sí tanta cultura, que la lógica está totalmente superada. El alma de Galicia ha entrado en los terrenos de la contradicción, que es algo así como la lógica a través de un colador. Y la contradicción es a la lógica lo que la sonrisa a la carcajada. Es más de verdad.

Desde entonces, desde lo del Gobernador, los habitantes de la Puebla del Caramiñal, que curan de lo incurable, llevan en procesión a la famosa iglesia al ataúd que les prepararon, con la espe-



ranza de no utilizarlo, a punto de morir. Nueva contradicción. Realmente da miedo esta costumbre. En la fotografía pueden verse «los pasos» de la tradición. Fueron conseguidos la última vez que a un pequeño le ocurrió lo mismo que a don Juan de Linares. Miguel Figuerido, de cuatro años de edad, desahuciado por los médicos y con un ataúd blanco con adornos de plata y asideros también de plata, hecho a medida, esperándole cerca de su cama. Y la criatura, vivió por mila-

gro de Dios. Por un milagro de las campanas, que atraieron con su tañido, a través de un aire de siglos, a los buenos espíritus que curaron al don Juan de Linares, y que ahora se posaron, tal vez, al ritmo nuevo de la penicilina, sobre el enfermito gallego. La madre lloraría abrazada al ataúd, no por la muerte, sino por la vida.

¿Qué pensará ese niño al paso de la procesión, detrás de la solemne mentira de su cadáver? Esta gran farsa, esta finura espiri-

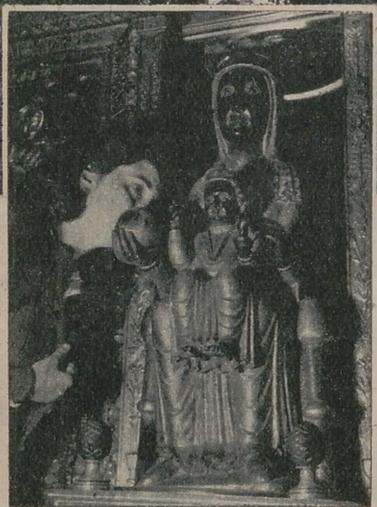
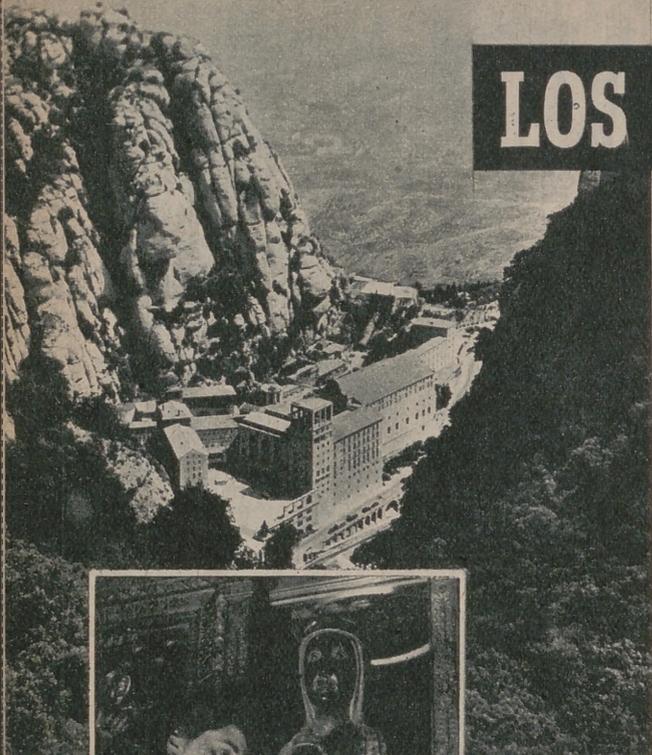
tual de agradecer a la muerte la tregua concedida metiéndose en su mismo terreno, este luto gozoso que no se comprende del todo, es el definitivo secreto de Galicia, que muchas veces llora—como los grandes mitos femeninos—por el placer de llorar.

«Y esto es todo», acabaría diciendo la Puebla del Caramiñal. El más impresionado de todos sus oyentes fué el semanario «Osterreich», de Viena, en uno de sus últimos números.

Carlos Luis ALVAREZ

LOS NIÑOS-ANGELES

“Pájaros de María, ca...”



lo que a un no había manifestado a nadie.

El buen Padre probó la voz al pequeño, tanteó sus disposiciones para los estudios, su índole, su educación. Hizo llamar a sus familiares y les citó con el niño para el próximo concurso de entrada en la Escolanía. El niño fué escolán. Lo es hoy todavía.

— ¿Desde cuándo hay escolanes en Montserrat?

¿Desde cuándo la simpática familia de niños cantores se encuentra dedicada en Montserrat al culto de la Virgen? Resulta imposible fijar con certeza una fecha para la fundación. Los documentos hablan ya de la Escolanía en el siglo XIII. Conocemos también nombres de escolanes de los primeros decenios del XIV. Con cierta verosimilitud, los cálculos pueden remontarse hasta el siglo XII, cuando no hasta el XI, en que el Abad de Ripoll, Oliva, funda el Monasterio: posiblemente, la Escolanía es tan antigua como el Monasterio. De hecho, hay que reconocer bien pronto un título a los amables pajes de la Virgen negra. Ni Montserrat ni su historia pueden concebirse sin sus escolanes.

No será sólo el contraste con la aspereza del monte o con la gravedad y reposo de los monjes lo que dará un hechico peculiar al jugueteo de esos niños. La sensación indefinible de la Montaña Santa, la proximidad del cielo, la alabanza a la Virgen, es lo que ha hecho apuntar una y otra vez junto al nombre de escolanes la palabra ángeles. Este como cielo en la tierra que para el peregrino ha sido siempre Montserrat, tiene sus ángeles inconfundibles, indispensables, en los escolanes.

Y esto que los escolanes no dejan de ser niños como los demás. Actualmente, la Escolanía los alberga en número de treinta y ocho. Su edad va de los ocho a los catorce años. Su día se distribuye entre las funciones religiosas, las lecciones y ensayos de canto, el aprendizaje de instrumentos y técnicas musicales, los estudios oficiales del Bachillerato. Todo, sin olvidar los juegos y los paseos y excursiones por la montaña. Como escuela religiosa, la escolanía les ofrece una formación constante y verdaderamente

única. Como Conservatorio de música, es en Europa una de las más antiguas, cuando no la más antigua de las instituciones subsistentes en su género. Como Colegio oficial, proporciona a los pequeños cantores la instrucción correspondiente a su edad. En un elevado ambiente de religiosidad y estudio, los escolanes viven como en familia, bajo el cuidado de un monje representante del Abad, quien deja llegar también hasta los niños su paternal solicitud para con todas las personas y cosas del Santuario.

La institución tiene su gloriosa historia. Una tradición propia en la técnica y escuela del canto, una larga lista de miembros ilustres en su mayor edad, sobre todo como compositores o, en general, como maestros e instrumentistas. Alguien escribió en 1650 que no creía que en toda Cataluña, Aragón y Valencia, hubiese iglesia particular, ni catedral, ni colegiata, ni monasterio, reformado o por reformar, de monjes o mendicante, que no tuviese como director, organista o maestro de música a algún antiguo escolán de Montserrat; añadiendo que nunca había visitado ninguna iglesia o monasterio de Castilla, Navarra o Galicia en que no hubiese encontrado antiguos alumnos de la Escolanía en funciones de chantre, de capiscol, de cantor, de organista. También los escolanes de Montserrat han dado monjes y abades insignes al monasterio.

Pero, a la verdad, lo último es accidental. Esos treinta y ocho escolanes hoy no forman ningún noviciado o colegio de postulantes. Cuando alcancen la edad, cuando pierdan simplemente la voz, volverán al hogar que no ha visitado nunca desde su ingreso en la Escolanía. Sólo después de haber podido conocer por algún tiempo las cosas del mundo y de los hombres les será permitido volver a la Montaña Santa para ingresar en el Monasterio, si se sienten llamados a la vocación monástica.

El caso no resulta, evidentemente, el más general. Para la mayoría de los escolanes, su paso por Montserrat en los años de la inocencia y de la primera formación, quedará simplemente como un hito luminoso, un primer impulso feliz, que proyectará sobre toda su vida resplandores de bendición y de santo aliento. Porque, en definitiva, lo propio y lo mejor del escolán es su dedicación a la Virgen. Para los buenos padres de hoy, como para las familias próceras de otros siglos, tener un hijo al servicio de la Virgen Negra constituye, a pesar del sacrificio, una de las máximas ilustro-

TERMINADO el ensayo de coro con los niños, el Padre Director, sólo en su salón de música, repasaba al piano algunas partituras. Su trabajo vióse interrumpido por una tímida llamada a los cristales de la puerta. El Padre Director, entre curioso y disgustado, levantó la cabeza. Tras los cristales, apenas asomaba el rostro de un niño. No era ninguno de los que aquel año se hallaban en la Escolanía y el buen Padre estaba seguro de no haberle visto nunca. Cuando el niño hubo entrado en el salón —una pieza breve, con su mesa de trabajo, su máquina de escribir sus estanterías de libros y sobre todo su piano, su radio-gramola y muchas fotografías de grupos de la Escolanía en las paredes—, se aclaró prontamente el misterio. Quiero ser escolán—había dicho resueltamente el pequeño a la pregunta del Padre Director.

A la cuenta, los familiares del niño habían ido a pasar con él unos días de recogimiento y reposo junto a la Virgen. El muchacho, siete años cumplidos, había aprovechado un descuido de los suyos para salirse de los aposentos destinados a los peregrinos y llegar por su propia iniciativa hasta el despacho de aquel Padre Director de los escolanes, a quien debía exponer con claridad

MONSERRAT

os noche y día

nes. Y los pequeños, privados de la convivencia con sus familiares, sienten más próximo y más intenso el mimo maternal de María su Madre del cielo y casi ya también de la tierra.

Los escolanes empiezan y acaban su día pasando en ordenada sucesión a besar uno tras otro la imagen de la Virgen. Más madrugadores que la aurora, cantan muy de mañana su misa matutina. Interpretan el gregoriano con habilidad. A veces es uno de ellos quien les dirige, como puede muy bien ser uno de ellos el organista y como son escolanes los que actúan de acólitos, de turiferario, de maestro de ceremonias, y el que canta la epístola. ¡Pocas cosas resultarán tan impresionantes y sugestivas como esa misa de los ángeles de Montserrat! Pero, la maravilla se renueva cuando los pequeños saludan a la Virgen con su Salve del mediodía, o cuando alternan con los monjes en la tercera de las Salves diarias, la del recogimiento, la de las vísperas. Sus intervenciones en los oficios solemnes de Navidad o de la Semana Santa prestan como nunca a los esplendorosos cultos de Santuario su sello inconfundible. De esos niños es bello el cantar y bello el silencio. Los fieles que llenan la iglesia sienten el estremecimiento de algo que no llega a explicarse, cuando les ven entrar o salir, en procesión impecable, poniendo sobre el fondo oscuro de las cogullas monacales la limpidez de sus blancos roquetes, sin mangas. (No tienen brazos—exclamó, desolado, un niño, alverles por vez primera).

La Escolanía no actúa nunca fuera de Montserrat. Con todo, esta antigua ley ha tenido últimamente dos únicas y espléndidas excepciones. La más reciente, la del Congreso Eucarístico de Barcelona. La primera, la de 1950, en Roma: los quince escolanes de la peregrinación de dos mil devotos de Montserrat desplazada con motivo del Año Santo actuaron como «schola» gregoriana en la misa papal de la proclamación del dogma de la Asunción. Por eso, desde entonces, cada año en Montserrat, a 15 de agosto, son los escolanes quienes, además de sus interpretaciones gregorianas normales, actúan como «schola» en el Alleluia de la misa pontifical.

¿Cuántas veces al día, cuántas horas al día, cantan los escolanes? La respuesta es difícil. Ensayos individuales, parciales, de conjunto, preparan las intervenciones en el culto, que, prácticamente, a menudo, hoy como ayer, es en Montserrat una alabanza continua, una laus perennis. Pero,

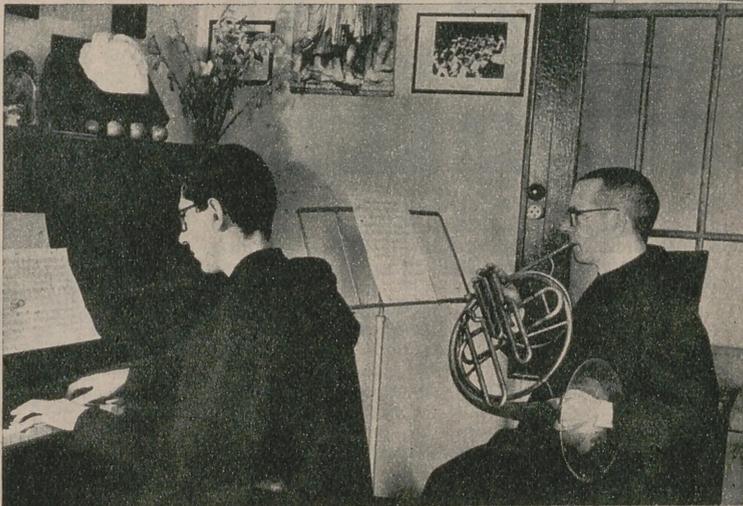


están además las actuaciones extraordinarias, casi convertidas en ordinarias. La participación en los conciertos familiares de la Comunidad o en las fiestas de la misma Escolanía, como la famosa del «Bisbetó». Los pequeños conciertos de homenaje a los huéspedes ilustres que nunca faltan en el Monasterio: conciertos íntimos, delicados, ungidos por la amable simplicidad de los antiguos cantos de los romeros o por aquellos villancicos y madrigales a lo divino en que tanto se acreditaron los maestros de los siglos de oro de la Escolanía. Y aun le queda tiempo y luz en el alma al escolán para cantar su melodía improvisada, como distraída, la propia, mientras juegan en el jardín o corren por la montaña.

Por eso, quien mejor sacó la cuenta ha sido el poeta. Verdader, el sacerdote poeta que cantó también como nadie las cosas grandes y minúsculas de Montserrat, dió la respuesta en aquella amable fórmula de una de sus canciones: «Ocells de María—cantem nit i dia». Pájaros de María—los niños-ángeles se le antojaron pájaros—cantamos noche y día.

Gregorio MONTSANT

Nicolás Muller obtuvo en Montserrat estas fotografías de los escolanes durante un ensayo del coro y en diversas clases de enseñanza de instrumentos musicales





GRANADA GANA BATALLAS

UNIVERSITARIA Y POPULAR, LA BELLA CAPITAL
ANDALUZA COBRA AIRES DE CIUDAD MODERNA



Por nuestro enviado especial Antonio COVALEDA

¿QUE nuevas sensaciones me ofrece mi ciudad? He vuelto a Granada después de una nostálgica ausencia. Mis antiguas impresiones son entrañables. ¡Inolvidables fechas de mi niñez, de mi adolescencia, de mi juventud!

Ha pasado ya el Corpus; pero el aire todavía huele a él. Hay también un raro bullicio que quiebra por mil sitios distintos el clásico silencio de la ciudad. Granada va a vivir nuevas jornadas festivas: el segundo festival de música y danza. Se ven millares de forasteros. Se cuentan por centenares las tandas de turistas. Yo recuerdo que en mis tiempos casi siempre en Granada se gozaba

EL ESPAÑOL.—Pág. 60

La tortilla al "Sacromonte", el jamón con habas tiernas y la merluza "a la granadina", son algunos de los motivos que mueven al turismo hacia Granada

de una honda paz. Pero yo no quiero adelantar mis impresiones.

EN LA GRAN VIA DE LOS REMOLACHEROS

La Gran Vía de Granada, en verdad, me ha gustado siempre poco. Ese testimonio urbano de los enriquecidos remolacheros de principio de siglo me ha parecido algo pretencioso y triston. Sus dos edificios más representativos hoy — la «casa de la perra gorda» y el Banco de España—,



a mis ojos han sido como dos macizos y pesados elefantes arquitectónicos, que me hacían evocar la erguida y elegante soledad, en la misma calle, del viejo ciprés de Santa Paula.

Este ensanche, por el centro de la ciudad y sobre las ruinas de palacios y conventos, sacudió, en parte, en su época la tradicional pereza granadina.

SIERRA NEVADA ESTA MÁS CERCA

Si la Gran Vía es la huella de una Granada repentinamente enriquecida por la remolacha, la Granada que ahora veo después de mi ausencia es la ciudad que concibiera aquel angustiado escritor, nuestro Angel Ganivet, y que ha llevado a la realidad un universitario, profesor de Arte en la Universidad y, en unos años, alcalde granadino. Me refiero a don Antonio Gallego Burín.

Es difícil que uno dé en unas escuetas impresiones lo que ha sido la reforma de Granada. Se ha urbanizado una amplia zona de la ciudad, que abarca el Embovedado, la Manigua y la Puerta Real. La reforma ha sido aquí impresionante. Yo recuerdo, sobre todo, la Manigua—sector de las manebías—, que se sostenía por pura desidia en el centro de la ciudad, en el lugar mismo donde se hallaba en el siglo XVI. Ahora, una espléndida calle con soportales, bautizada con el entrañable nombre de Angel Ganivet, corta sobre las antiguas miserias de la Manigua y abre su perspectiva a la Sierra Nevada. Otra nueva calle, que lleva el ilustre nombre de Fray Luis de Granada, comunica directamente la calle abierta al derribarse el barrio de la Manigua con el Realejo, uno de los rincones de más antiguo sabor de la Granada antigua.

Pero otras impresiones de mi ciudad tientan ahora mi vista.

NO QUEDAN CAFES.—LAS TRES «M»

¿Qué fué de los viejos cafés granadinos? Desapareció hace tiempo el café Colón, enclavado en una de las esquinas de la Puerta Real. De aquí salían los cofrades del Avellano camino de la famosa fuente.

No existen ya otros cafés. Nadie se acuerda ya del café Hollywood, que casi vió nacer a su vecino el Banco de España; se clausuraron los ventanales, sobre la calle de los Reyes Católicos, del café Regio; se cerraron las dos puertas del café Comercial; desapareció el Suizo, punto de cita de los tratantes; no pudo resistir el café Royal, de la misma plaza del Ayuntamiento, y, finalmente, el café de Salamanca, tan simpático, también desapareció.

Me acuerdo ahora del Pasaje, que poquísimos granadinos recuerdan y al que dió fama la tertulia de «La Pajarera». Quedan sólo de los antiguos cafés el pintoresco café España, en una de las esquinas más divertidas de Granada, formada por la calle Elvira y la Plaza Nueva. Yo aconsejaría siempre a quien de verdad desee conocer mi ciudad que contemple desde uno de los ventanales del café España el espectáculo de la calle.

Han aumentado, sin embargo, las bodegas y los bares. Las tres «M» han tatuado la ciudad con el nombre de una nueva bodega, que hace competencia a la vieja de Escribano, ya reformada, y a la enorme de la calle Elvira. El bar de los intelectuales—aquí, en Granada, universitarios—, es el bar Sevilla, en donde, por cierto, se cita con frecuencia a don Eugenio d'Ors, que dejó viva la anécdota de su presencia. Aumentaron los cines. El Olympia, el Regio, el Cervantes de mi niñez, se han quedado anticuados. El cine Gran Vía, el cine Aliatar, el cine..., son nuevos a mi vista.

Escribo estas notas en el café España. De nuevo Granada me espera.

LA HIJA DE «LA FARAONA» SE CASA CON UN INGENIERO BELGA

En tanto paseo por las calles granadinas un amigo me habla de algunas novedades. Son cosas de mi Granada: cuando el Darro reventó, hace ahora casi dos años, en Puerta Real y en otros puntos. El lírico río granadino, crecido y rebelde, se sintió ganivetiano.

Me cuenta la divertida y pintoresca boda de una gitana, hija de «la Faraona», con un ingeniero belga. Fué en mayo de este mismo año. Hubo



zambra sin tasa y mucho rumbo. Se casaron Amelia Heredia Amaya con René Wayaffe en esa iglesia que han popularizado millares de tarjetas: la iglesia de San Pedro.

EL LORO QUE DIRIGE LA CIRCULACION EN LA PLAZA NUEVA

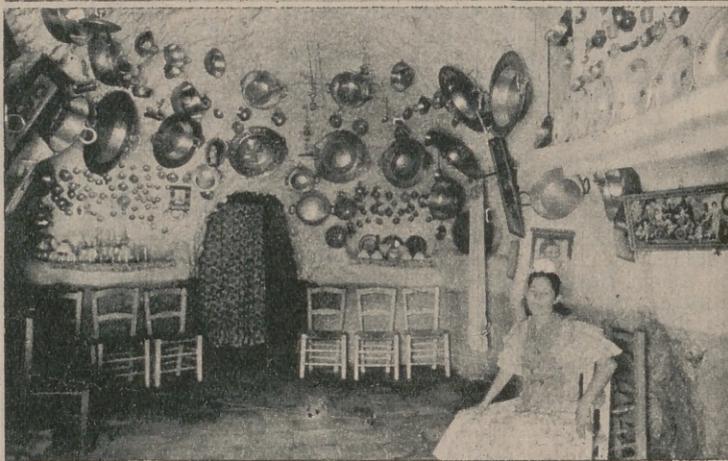
Granada, universitaria y popular, tiene sucesos tan dispares como una representación extraordinaria de una obra de Lope de Vega en la plaza de Alonso Cano, sobre el fondo de la catedral, y el bárbaro apuñalamiento de una «bailaora» del Sacromonte por un «cantor» celoso; se desaloja un Banco por una ofensiva musical, en plena calle de los Reyes Católicos, y se devuelve a los dominicos el bello y antiguo convento de Santo Domingo, en la plaza del mismo nombre, en donde se yergue ahora la estatua de Fray Luis de Granada, que en mi época figuraba en el centro de la plaza de Bibarrambla, y en tanto un loro llamado «Curro» dirige la circulación en la plaza Nueva, se concede al Ayuntamiento granadino la medalla de honor de la Academia de Bellas Artes de San Fernando. Y todo esto casi al mismo tiempo.

LA ESTACION DEPURADORA DE AGUAS MAYOR DE ESPAÑA

Granada, que fué definida poéticamente como «agua oculta que llora»; Granada, que es una pura melodía del agua, tenía desde hace mucho tiempo un problema sin resolver: el abastecimiento de este vital líquido. Ahora es distinto. Don Antonio Gallego Burín ganó también esta batalla. Mi ciudad tiene ya captadas y encauzadas las frías y claras aguas de Sierra Nevada. Y tiene también la estación depuradora de aguas mayor de España. Se ha montado una instalación capaz para 200.000 habitantes.

He visto pavimentaciones flamantes, en más de un centenar de calles granadinas, que han recobrado, por otra parte, sus antiguos y casi olvidados nombres. Se reformaron los viejos mercados y visto con mis propios ojos nuevos consultorios médicos y una Casa de Socorro distinta a la que yo conocía en el barrio desaparecido de la Manigua. Me ha encantado la urbanización de Santa Escolástica y me he maravillado con la nueva perspectiva que ofrece la catedral, con la impresionante reforma de la antigua plaza de las Flores, de las Pasiegas.

Se restauraron viejos monumentos, como la an-



Tres estampas del Sacromonte, famoso por las cuevas de los gitanos

tigua Madraza, la Alcaicería—mercado de la bella artesanía de Granada—, ese inolvidable rincón de San Jerónimo y la entrada accesoria de la catedral.

Pero hay más. Mi Granada no se ha olvidado en este tiempo de la obra social. He visto Hogares como el «Bermúdez de Castro», para niños, que la propia Pilar Primo de Rivera calificó como uno de los más hermosos de España. Han gloriado comedores de Auxilio Social en el Albaicín, tan abandonado en mi época juvenil, y en los barrios de San Cecilio y de San Ildefonso y se han multiplicado los orfelinatos municipales.

LA CALLE DEL ROMANCE Y LA CANCION

He pasado una y otra vez por la calle Elvira. Es mi Granada, la Granada de siempre. Es la Granada popular y pintoresca, áspera y señorial, que conoció la locura divina del lusitano Juan Ciudad, del Santo de las deudas: de nuestro San Juan de Dios. La calle Elvira ha tenido para mí—tiene ahora—una sugestión especial. Es la cara de la moneda urbanística, cuya cruz es la Gran Vía. Las dos calles son paralelas, las dos calles se comunican; pero la Gran Vía y la calle Elvira no pueden ser más dispares, no pueden ser más distintas. La calle Elvira, con sus menudas tiendecillas, con sus pintorescos rincones, con sus tipos singulares, con sus tabernillas, por las que se escapa el lamento hondo de un cante grande; con sus pilares antiguos, con sus viejas casas, es la calle que simboliza la Granada que, en parte, destruyó la piqueta progresista del siglo XIX. Es la que en un tiempo fué calle de los artistas granadinos, y hoy, justamente, han popularizado el romance y la canción.

LOS GITANOS Y EL BRINDIS DE DON EUGENIO D'ORS

En el brindis que en Granada hizo don Eugenio d'Ors influyó mucho la Universidad; pero yo creo que también debió influir bastante el jamón de Trévez y los dulces tan sabrosos, tan azucarados—hasta ahora Granada ha exhibido un muestrario de fábricas azucareras—de las monjas de Santiago, cuya fórmula de composición sólo ellas conocen y cuya secreto es casi igual al de la confesión.

Uno de los motivos que mueven el turismo hacia Granada — pienso yo ahora — ha debido ser siempre la tortilla «al Sacromonte», el jamón con habas tiernas y la merluza «a la granadina». Son los clásicos platos de la cocina de mi ciudad.

El jayuyo, una cosa riquísima de comer, se ha vuelto a poner de moda, y los granadinos lo consumen tanto como las habas, el agua del Avellano y la leche de cabra. La cabra granadina es, como bien se sabe, la más famosa de España. Unos treinta mil litros de esta leche consume al día Granada, según me cuentan unos amigos aficionados a la estadística. Pero Granada ha perdido ya aquella estampa rural—que yo todavía recuerdo—de las cabras por sus calles, en el más singular servicio a domicilio.

Pero yo quiero hablar de otra cosa. Pensaba en el famoso Concurso de cante «jondo» que Manuel de Falla y Federico García Lorca organizaron allá por 1922—no sé si preciso la fecha en mi memoria—, que ha tenido una continuación especial en una Exposición gitana que el alcalde de la reforma de la ciudad, don Antonio Gallego Burín, montó en el Corral del Carbón con carácter permanente.

UNA CUEVA DEL SACROMONTE CON TELEFONO Y BAÑO

Yo la he visto ahora, después de mi visita al Sacromonte; estar en la cueva de Lola Medina, con su radio, teléfono y baño; asistir a los primeros contoneos de zambra—¿la «cachucha»? ¿la «mosca»?—de una nieta de «la Faraona» e hija del primer escultor gitano del mundo, que dominando el viejo miedo de su raza por la muerte ha tenido como modelo un cadáver en la Facultad de Medicina, y observar, desde la orilla del monte, los estudios de los pequeños gitanos en las escuelas que creara don Andrés Manjón.

SEGUNDO FESTIVAL DE MUSICA Y DANZA

He subido al Albaicín y he vuelto a gozar con una costumbre juvenil mía: perderme por sus calles, buscar sus plazuelas imprevisitas, contemplar desde él la ciudad, por la parte del Zenete, o la Alhambra, desde la plaza de San Nicolás, que el mismo don Antonio Gallego Burín calificó un día

del mejor de todos los miradores granadinos, que tiene muchos y muy buenos.

Después, como antes hice en varias ocasiones, me quise trasladar a la Alhambra, la otra colina de la ciudad; pero no pude. Los años, bien dicen, no pasan en vano.

He tomado un viejo tranvía que, recordando una parte de la antigua Granada, me ha dejado muy próximo a la Alhambra. He visto los nuevos preparativos para el segundo festival de música y danza, que yo espero ha de tener tanto o más buen éxito que el pasado.

REPOBLACION FORESTAL EN LA ALHAMBRA

Si quisiera escribir sobre la Alhambra, mis impresiones serían ahora recuerdos de niñez y juventud. La Alhambra y sus bosques se ligan en mi memoria a los más entrañables días, a las más conmovedoras evocaciones y nostalgias.

Han pasado por la Alhambra millares y millares de personas. Y de ella han escrito centenares y centenares de escritores y periodistas.

La Alhambra, como escenario de los festivales de música y danza, es un sitio ideal; no se podría encontrar otro que se le igualase en el mundo.

También en la Alhambra se vivió en toda su plenitud con la ciudad las jornadas memorables y evocativas del centenario de los Reyes Católicos, en octubre del pasado año. Un amigo granadino —amigo también de las estadísticas— me ha dicho que más de un millar de turistas visitan a diario la Alhambra y que el día 7 de abril de este año se batió la marca en los últimos cincuenta años, pues se vendieron 1.495 billetes. Ese mismo amigo me ha enterado que en 1952 se plantaron cinco mil cincuenta entre chopos, olmos y acacias en el bosque de la Alhambra, ya que la necesidad de renovar el actual y ya viejo arbolado es evidente.

MADemoiselle ROCHEFOUCAUL Y ANTONIO

El primer festival de música y danza españolas que la colaboración de la Dirección General de Bellas Artes y la Comisaría General de Música celebró en Granada, en junio del pasado año, fué el arranque en un entusiasta plan de anchos horizontes. Granada es ya una melodía: su paisaje, poesía en San Juan de la Cruz, el rumor del agua, de resonancias universales; los trinos de los pájaros en el bosque alhambriño y en sus jardines, la canción del aire...

La inauguración del primer festival se dió en la plaza de los Aljibes, en la Alhambra, y actuaron juntos—en el de este año, paradoja patética, se presentan por separado—Rosario y Antonio, y bailaron maravillosamente, como nunca.

Una ilustre huésped de Granada, mademoiselle De la Rochefoucaul, declaró a un periodista local que nunca vió bailar a Antonio en París como lo hizo en la plaza de los Aljibes.

En el palacio de Carlos V intervino la orquesta nacional, bajo la dirección de Ataúlfo Argenta, con unos conciertos que tuvieron un sello absolutamente español.

Y en el teatro Isabel la Católica se escuchó la guitarra de Andrés Segovia.

UN FOSO SIN PUENTE LEVADIZO

De los puntos más distantes se han recibido este año informes y peticiones. El buen éxito del primer festival se difundió por todo el mundo.

«Granada—decía recientemente don Antonio Gallego Burín—es un valor universal... Y los festivales estaban en el ambiente. Se trataba de decidirse a realizar lo que todo el mundo presenta, y casi nunca en lugares con la belleza, tradición histórica y fuerza literariomusical de Granada.»

He visto yo las obras que, ya en sus finales, se realizan en el Generalife para la construcción del teatro donde se han de dar varias de las sesiones del segundo festival. Y he apreciado el ritmo con que se realizan estos trabajos. Doscientos obreros trabajan en las veinticuatro horas del día, en turnos que no cesan ni una sola hora. Los nuevos jardines son un espectáculo maravilloso. El escenario es impresionante y la instalación eléctrica es una alarde de técnica. El foso para la orquesta tiene una capacidad para sesenta profesores.

«ARQUITECTURA DE LUZ Y AGUA»

También se ha dicho recientemente algo que yo ahora, en mi vuelta a la ciudad, recuerdo con



Fachada y patio del Palacio de Carlos V



Gitanas «bailaoras»



Ataúlfo Argenta



Nicanor Zabaleta



J. P. Rampal

precisa y rara exactitud: «Una ciudad que brinda escenarios como el del Palacio Arabe—arquitectura de luz y agua—para los conciertos de grupos de cámara y solistas, o el palacio de Carlos V—equilibrio y gracia, sin mengua de la grandeza—para los conciertos sinfónicos, o para la danza, el Generalife, encanto de color y perfume, al que domina ese fantasmagórico cipresal abierto para dejar libre la visión de la Alhambra y la ciudad al fondo; un marco así, repito, lo tiene todo ganado.»

Yo volveré dentro de poco a Madrid. Dejo aquí, como mis recuerdos, con mis nostalgias, con parte de mi vida, una ciudad maravillosa, una ciudad universal, que será por unas jornadas escenario de un espectáculo también maravilloso y universal: el segundo de los festivales de música y danza, que ha organizado el Ministerio español de Educación Nacional.

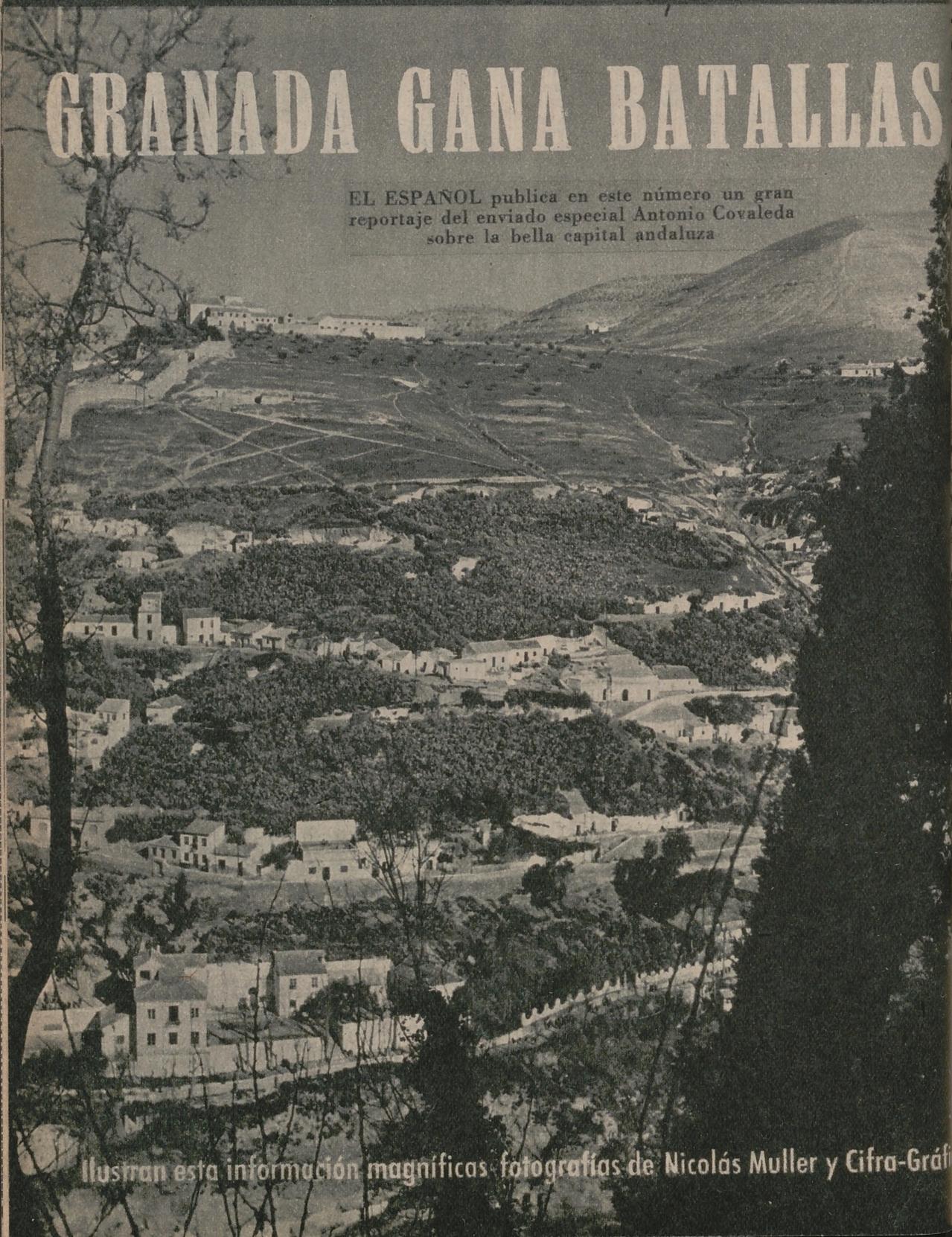
EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 2,50 ptas.-Suscripciones: Trimestre, 30 ptas.; semestre, 60; año, 110

GRANADA GANA BATALLAS

EL ESPAÑOL publica en este número un gran reportaje del enviado especial Antonio Covalada sobre la bella capital andaluza



Ilustran esta información magníficas fotografías de Nicolás Muller y Cifra-Gráf